Viaje a Oriente

Gérard de Nerval

II. "DRUSOS Y MARONITAS"

Edición y traducción
esmeralda.deluis@hotmail.com

II.1. Un príncipe del Líbano
II.2. El prisionero
II.3. Historia del Califa Hakem
II.4. Los Akkals
II.5. Epílogo

Colección: E-Libros
Fecha de Publicación: 23/05/2015
Número de páginas:
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa.**

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.01. UN PRÍNCIPE DEL LÍBANO

II.01.01. La montaña

Yo había aceptado rápidamente la invitación del príncipe del Líbano, que había venido a visitarme, de ir a pasar unos días a su palacio, situado a poca distancia de Antoura[1], en el Kesrouan, y como debía partir a la mañana siguiente sólo me quedaba tiempo para volver al albergue de Battista y negociar el precio por el alquiler del caballo que me había prometido.

Me condujeron al establo en donde no había más que caballos de gran osamenta, fuertes patas y un espinazo como el de los peces...; estos jamelgos seguro que no pertenecen a la raza de los caballos *nedjis*[2], pero me dicen que son los más seguros para trepar por las ásperas cuestas de las montañas. Los elegantes corceles árabes sólo brillan sobre el arenoso hipódromo del desierto. Señalé uno al azar, y prometieron que lo tendría a la puerta de casa por la mañana, al despuntar el día. Me propusieron además la compañía de un joven mozalbete llamado *Musa* (Moisés) que hablaba un italiano bastante aceptable.

La noche había llegado, pero las noches de Siria no son más que un día azulón; todo el mundo toma el fresco sobre las terrazas, y esta ciudad, a medida que se la observa remontando las colinas que la rodean, adopta un no sé qué de babilónica. La luna recorta las blancas siluetas de las casas escalonadas sobre las laderas. Casas que durante el día se aprecian altas y sombrías, y en donde las copas de cipreses y palmeras rompen acá y allá su uniformidad.

Al salir de la ciudad, sólo se encuentran raquíticos arbustos, áloes, cactos y nopales; ostentando, como los dioses de la India, millares de cabezas coronadas de flores rojas, y alzando, a lo largo del camino, sus temibles espadas y dardos. Aunque, aparte de estas zarzas, también se puede hallar la ligera sombra de moreras albinas, laureles y limoneros de hojas lustrosas y plateadas. Insectos luminosos revolotean, alegrando la oscuridad de los macizos montañosos. Las altas mansiones iluminadas dibujan a lo lejos sus arcos y ojivas, y desde el fondo de esas casas solariegas de severo aspecto, se oye a veces el sonido de guitarras acompañado de melodiosas voces.

En el recodo del sendero que sube hasta la casa en donde vivo, hay un cabaret colocado en el hueco de un árbol enorme. Allí se reúnen jóvenes de los alrededores que se quedan a beber y cantar con frecuencia hasta las dos de la madrugada. El acento gutural de las voces, la lánguida melopea de sus timbres gangosos, se suceden cada noche, con total desprecio a los oídos europeos que puedan estar a la escucha en los alrededores; y eso que debo admitir que esta música primitiva y bíblica, en ocasiones, no está exenta de encanto para quien sepa dejar de lado los prejuicios del solfeo.

Al regresar, encontré a mi posadero maronita y a toda su familia esperándome en la terraza contigua a mi alojamiento. Estas buenas gentes creen haceros un honor llevando a todos sus parientes y amigos a vuestra casa. Hubo que hacerles servir café y distribuir unas pipas, y aunque del resto se encargaban la dueña de la casa y las hijas; todo ello, por supuesto iba a

---

[1] Antoura es una ciudad en la provincia de Monte Líbano, a 21 km al norte de Beirut, en la región de Kesrouan. Su existencia se remonta hasta la edad de piedra, debe su nombre a su origen siríaco, y significa "manantial de montaña"

[2] *Nedji*: caballo de Arabia central (*Nedj*), reputado como uno de los mejores (GR).

* Tumba de San Jorge. Kesrouan. Líbano. Grabado sobre acero realizado por M. J. Starling, según W. H. Bartlett. (www.antique-prints.de) 17-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cargo del huésped. Algunas frases mezcladas de italiano, griego y árabe amenizaban con más pena que gloria la conversación. Yo no me atrevía a decir que, al no haber dormido nada en todo el día, y teniendo que partir al alba, me hubiera gustado irme a la cama; pero, después de todo, la dulzura de la noche, el cielo estrellado, la mar que extendía a nuestros pies, sus matices de azul nocturno, plateados aquí y allá por el reflejo de los astros; me hacían soportar bastante bien el aburrimiento de esta recepción. Por fin, estas buenas gentes se despidieron, ya que yo debía partir antes de que ellos se despertaran, y, en efecto, apenas tuve tiempo de dormir tres horas, cuando mi sueño se vio interrumpido por el canto de los gallos.

Al levantarme, encontré al joven Musa sentado delante de mi puerta, sobre el bordillo de la terraza. El caballo que había traído aguardaba abajo, junto a la escalinata, con una pata doblada y atada bajo el vientre, que es el sistema árabe de amarrar a los caballos para que no se muevan. Ya sólo me faltaba encajarme en una de esas elevadas monturas a la moda turca, que te sujetan como a tornillo y hacen imposible una caída. Llevaba unos enormes estribos de cobre, parecidos a los canjilones de recoger ascuas; colocados a tal altura, que hay que ir con las piernas dobladas; las esquinas puntiagudas de los estribos sirven para espolear al caballo. El príncipe sonrió un poco ante mis apuros para aparentar la prestancia de un caballero árabe, y me dio algunos consejos. Era un hombre joven, de una fisonomía franca y abierta, cuya acogida me había seducido desde el primer momento. Se llamaba Abu-Miran y pertenecía a una rama de la familia de los Hobeïsch, la más ilustre de Kesrouan. Sin ser los más ricos, era la Autoridad de una decena de pueblos que conformaban un distrito, y tributaba los impuestos ante el pachá de Trípoli.

Cuando estuvimos todos preparados, descendimos hasta el camino que bordea la ribera, que, fuera de Oriente, a eso lo llamaríamos un simple barranco. Al cabo de una legua más o menos, me mostraron la gruta de donde salió el famoso dragón al que, cuando estaba a punto de devorar a la hija del rey de Beirut, San Jorge lo atravesó de una lanzada. Ese lugar es muy venerado por los griegos e incluso por los turcos, que han construido una pequeña mezquita en el mismo lugar del combate.

Todos los caballos sirios están adiestrados para marchar al portante, lo que se traduce en un trote bastante suave. Yo admiraba la seguridad de sus pasos a través de los cantos rodados, de las afiladas formaciones de granito y de las resbaladizas piedras que se encuentran constantemente... Ya estaba el sol bastante alto cuando, pasamos el fértil promontorio de Beirut, que se adentra en el mar cerca de dos leguas, con sus cimas coronadas de pinares y sus terrazas de jardines escalonados; el inmenso valle que separa dos cadenas de montañas extiende su doble anfiteatro hasta perderse de vista; su tinte violeta está constelado acá y allá por puntos gredosos, que indican un gran número de pueblitos, conventos y castillos. Es uno de los panoramas más vastos del mundo, uno de esos lugares en donde el alma se expande, intentando abarcar las proporciones de tal espectáculo. Al fondo del valle discurre el Nahr-Beirut, riachuelo durante el verano y torrente en el invierno, que va a desembocar al golfo, y que nosotros atravesamos a la sombra de los arcos de un puente romano.

El agua sólo les llegaba a los caballos hasta la mitad de las patas: altibajos tapizados por espesos matorrales de rosadas adelfas dividían la corriente, y su sombra se extendía por todas partes cubriendo el lecho normal del río. Dos zonas de arena, señalando la línea extrema de las inundaciones, destacaban y hacían resaltar, sobre todo el fondo del valle, esa amplia franja de flores y verdura. Más allá, comenzaban las primeras estribaciones de la montaña; rocas de arenisca, verdosas de líquenes y musgos; algarrobos torcidos; escuálidos castaños de hojas verde oscuro; áloes y nopales, emboscados entre las

* Puente sobre Nahr-Beirut, hacia 1910 – (www.skyscrapercity.com) 17-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

piedras, como enanos armados amenazando al hombre a cada paso, pero ofreciendo refugio a enormes lagartos verdes que huían a centenares entre las patas de los caballos... esto es lo que uno se encontraba escalando las primeras alturas. Sin embargo, largos trechos de árida arena desgarraban aquí y allá ese manto de vegetación salvaje. Algo más lejos, las amarillentas landas se prestaban al cultivo y mostraban líneas regulares de olivos.

Pronto alcanzamos la cima de la primera zona de alta montaña que, desde abajo, parecía confundirse con el macizo de Sannín. Más allá, se abría un valle con un pliegue parecido al del Nahr-Beirut, que hay que atravesar para llegar a la segunda cresta, desde donde se descubre aún otra más. Y entonces se percibe que esos numerosos pueblecillos, que de lejos parecían refugiarse en los negros flancos de la misma montaña; muy al contrario, dominan o coronan cadenas de macizos separados por valles y abismos; se comprende también que esas crestas, guarnecidas de castillos y de torres, presentaran a cualquier ejército una serie de murallas inaccesibles, si los habitantes querían, como antaño, combatir por su independencia, reunidos bajo la égida de los mismos príncipes y que, por desgracia hoy en día, vemos a demasiados países interesados en aprovecharse de sus diferencias.

Nos detuvimos en la segunda meseta, sobre la que se yergue una iglesia maronita de estilo bizantino. Estaban celebrando misa; así que descabalgamos ante la puerta para ver si podíamos escuchar algo. Como era domingo, la iglesia estaba abarrotada de gente, de modo que sólo conseguimos encontrar sitio en las últimas filas.

Me pareció que el clérigo vestía casi igual que los popes griegos; sus ropas son bastante atractivas, y la lengua empleada para los ritos es el antiguo siríaco que los sacerdotes salmodian o cantan con un soniquete gangoso muy peculiar. Las mujeres estaban en una tribuna elevada y protegidas por un enrejado. Examinando los ornamentos de la iglesia, sencillos, pero bien conservados, observé con tristeza que la bicéfala águila negra de los austriacos decoraba cada uno de los pilares, como símbolo de una protección que antaño sólo perteneció a Francia. Fue tras nuestra revolución cuando Austria y Cerdeña comenzaron a luchar contra nosotros buscando influir en el espíritu y en los asuntos de los católicos sirios.

Una misa, por la mañana, no tiene por qué hacer daño, a menos que no se comience a sudar en la iglesia o que uno esté expuesto a la sombría humedad que desciende desde las volutas de los pilares; pero esta casa de Dios era tan limpia y alegre; con unas campanas que nos habían llamado con su timbre argentino y delicioso repiqueteo y además, como nos habíamos quedado justo a la entrada, salimos de allí contentos y bien dispuestos para el resto del viaje. Nuestros caballeros volvieron a cabalgar al galope charlando a voces alegremente; y haciendo como que se perseguían, lanzaban a lo lejos una especie de jabalinas; lanzas adornadas de cordones y borlas de seda, que retiraban de inmediato, sin detenerse, de la tierra o de los troncos de árbol en los que se habían clavado.

Ese juego de destreza duró poco tiempo, ya que el descenso comenzaba a resultar difícil, y las pezuñas de los caballos se posaban con precaución sobre las rocas resbaladizas y desmenuzadas en mil fragmentos puntiagudos. Hasta ese momento el joven Musa me había seguido a pie, como era costumbre entre los *moukres*[1], y eso a pesar de que le había ofrecido que subiera a la grupa; pero yo comenzaba ya a envidiarle su suerte. Adivinando mi pensamiento, se ofreció a llevarme el caballo, y así pude atravesar el valle evitando piedras y matorrales. De ese modo, tuve tiempo de descansar en la otra vertiente y admirar la destreza de nuestros compañeros cabalgando por barrancos que en Europa se juzgarían impracticables.

Por fin llegamos a la sombra de un bosque de pinos, y el príncipe echó pie a tierra como yo. Un cuarto de hora más tarde nos encontramos al borde de un valle menos profundo que el otro, formando una especie de anfiteatro de hierba. Unos rebaños pacían en torno a un pequeño lago,

[1] *Moukre*.- El que alquila caballos y mulas, o transporta mercancías (GdN)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

y me fijé en algunos de esos borregos sirios, cuyo rabo, repleto de grasa, llega a pesar hasta veinte libras. Descendimos para refrescar a los caballos hasta una fuente cubierta por un vasto arco de piedra que me pareció de antigua factura. Numerosas mujeres, graciosamente vestidas, venían a llenar sus grandes cántaras, que rápidamente colocaban sobre la cabeza. Por supuesto, estas mujeres no llevaban el alto tocado de las casadas. Eran jóvenes doncellas o sirvientas.

Aldea de Barouk en el Monte Líbano. Grabado en acero por W.H. Capone, tomado del de W. H. Bartlett, 1837 (www.antique-prints.de) 17-09-2014

Valle del Kadesha en el Monte Líbano. Grabado en acero por M. J. Starling, tomado del de W. H. Bartlett, 1836 (www.antique-prints.de) 17-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.01. UN PRÍNCIPE DEL LÍBANO

II.01.02. Una aldea y dos confesiones: drusos y maronitas

Avanzando aún algunos pasos, más allá de la fuente, y todo el tiempo bajo la sombra de los pinos, nos encontramos a la entrada de la aldea de Bethmérie[1], situada en un altiplano desde donde la vista se extiende de un lado, hasta el golfo, y del otro, sobre un valle profundo tras el que se recortan nuevas estribaciones montañosas entre una bruma azul. El contraste de este frescor y la sombra silenciosa con el ardor de las llanuras y arenales que dejamos hace apenas unas horas, es una sensación que se aprecia aún más en climas como éste. Una veintena de casas se diseminaban bajo los árboles y presentaban más o menos el aspecto de una de nuestras aldeas del Midi. Nos presentamos en la morada del sheij, que se encontraba ausente, pero cuya esposa nos hizo servir leche cuajada y fruta.

Dejamos a la izquierda una casa grande, cuyo tejado desmoronado y sus tejas carbonizadas mostraban un reciente incendio. El Príncipe me indicó que habían sido los drusos quienes habían prendido fuego a este edificio, mientras numerosas familias maronitas se encontraban reunidas allí para celebrar una boda. Por suerte los convidados pudieron huir a tiempo; pero lo más curioso del caso es que los culpables eran habitantes de la misma localidad. Bethmérie, como aldea mixta, tiene alrededor de ciento cincuenta cristianos y unos sesenta drusos. Las casas de estos últimos están separadas de las otras por apenas doscientos pasos. A causa de esta hostilidad, se había producido una lucha sangrienta y el pachá se apresuró a intervenir estableciendo entre las dos partes del pueblo un pequeño campamento de albaneses, que vivía a expensas de las poblaciones rivales.

Acabábamos de terminar la colación cuando el sheij entró en su casa. Tras los primeros saludos de cortesía, entabló una larga conversación con el príncipe, y se quejó vivamente de la presencia de los albaneses y del desarme generalizado que se había producido en su distrito. Le parecía que esta medida solo habría que haberla tomado para los drusos, únicos culpables del ataque nocturno y del incendio. De vez en cuando ambos jefes bajaban la voz, y aunque no podía captar por completo el sentido de su discusión, pensé que era conveniente alejarse un poco, so pretexto de dar un paseo.

Maronite Sheikh and his Wife.

Mi guía me informó mientras caminábamos, que los cristianos maronitas de la provincia de El Garb (El Oeste), en donde nos encontrábamos, habían intentado antes expulsar a los drusos diseminados por varias aldeas, y que estos últimos habían apelado al socorro de sus correligionarios del Anti-Líbano. De ahí que esta sea una lucha que se renueve con tanta frecuencia. La gran fuerza de los maronitas está en la provincia de Kesrouan, situada tras Djebaïl y Trípoli; así como la mayor población de los drusos habita en las provincias situadas desde Beirut hasta San Juan de Acre. Sin duda, el sheij de Bethmérie se quejaba al príncipe de que, ante la reciente circunstancia que he comentado, las gentes de Kesrouan no hubieran movido un dedo; pero no habían tenido tiempo, pues los turcos se habían puesto de su parte con

---

* *Ataque a Zahlé por los drusos, los mutualis y los beduinos.* Grabado del siglo XIX. http://sociedadycultura.com/la-debilidad-del-imperio-turco.html (18-09-2014)

[1] Beit Meri: burgo a ocho kilómetros de Beirut a vuelo de pájaro. El itinerario de Nerval no va más allá de veinte Km. al N.E. de Beirut y el relato debe mucho a notas de lectura. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

una rapidez extraordinaria. Y es que la querella se había producido justo en el momento de pagar los *miri*[1]. Primero pagad, -decían los turcos-, luego ya os pelearéis todo lo que os plazca. ¿Era éste un buen medio de recaudar impuestos entre gentes que se arruinan y se degüellan entre ellos en la estación de la cosecha?

Al final del lado de las casas cristianas, me detuve bajo un ramillete de árboles desde el que se veía el mar, que rompía a lo lejos sus olas plateadas sobre la playa. La vista domina desde allí las grupas superpuestas de los montes que acabábamos de franquear; el curso de los pequeños arroyuelos que surcan los valles, y la franja amarillenta que traza a lo largo del mar esta bella ruta de Antonino, en cuyas rocas se aprecian inscripciones romanas y bajorrelieves persas. Me había sentado a la sombra, cuando vinieron a invitarme a tomar un café en casa del *mudhir* o comandante turco, que, supongo, ejerce una autoridad momentánea tras la ocupación de los albaneses.

Me condujeron a una casa recientemente decorada, en honor, sin duda, a este funcionario, con una bella estera de Indias cubriendo el suelo, un diván de tapicería y cortinajes de seda. Tuve la irreverencia de entrar sin descalzarme, a pesar de las observaciones de varios turcos, que yo no comprendía. El mudhir les hizo señas para que se callaran, y me indicó un lugar en el diván sin que él se levantara. Hizo que trajeran café y unas pipas, y me dirigió algunas palabras de cortesía, parando de vez en cuando para aplicar su sello sobre cuartillas de papel que le pasaba su secretario, sentado en un taburete cerca de él.

Este mudhir era joven y con un rostro bastante fiero. Empezó a preguntarme en un mal italiano, con todas las banalidades al uso, sobre el vapor, sobre Napoleón y acerca del próximo descubrimiento de un medio de transporte para navegar por los aires. Después de haber satisfecho su curiosidad sobre estos aspectos, creí que podría pedirle que me proporcionara algunos detalles sobre la población que nos rodeaba. Pero parecía muy reservado acerca de este punto; no obstante me comentó que la querella se había suscitado, tanto allí como en muchos otros lugares, debido a que los drusos no querían bajo concepto alguno poner el tributo en manos de los sheijs maronitas, responsables del mismo ante el pachá. Y al revés, idéntica posición existe en las aldeas mixtas de la región de los drusos. Le pregunté al mudhir si había alguna dificultad en visitar la otra parte de la aldea. "Vaya usted donde guste, -dijo-, toda esta gente se ha convertido en un pueblo bastante pacífico desde nuestra llegada aquí. De otro modo, hubierais tenido que batiros por los unos o por los otros, por la cruz blanca o por la mano blanca." Esas son las insignias que distinguen las banderas de los maronitas de las de los drusos, cuyo fondo es, de todos modos y en ambos casos, rojo.

Me despedí de este turco, y, como sabía que mis compañeros se quedarían aún en Bethmérie durante el momento más caluroso del día, me dirigí hacia el barrio de los drusos,

acompañado sólo de Musa. El sol pegaba con toda su fuerza, y, después de diez minutos de marcha, encontramos las dos primeras casas. Delante de la primera había un jardín en forma de terraza en el que jugaban unos niños. Corrieron dando fuertes gritos cuando nos vieron pasar, cosa que hizo salir a dos mujeres de la casa. Una de ellas llevaba el *tantur*, lo que señalaba su condición de esposa o viuda; la otra, parecía más joven, y llevaba la cabeza cubierta con un simple velo, que tapaba una parte de su rostro. No obstante se podía distinguir su fisonomía que, al moverse, tan pronto quedaba al descubierto, como se ocultaba, al igual que la luna entre las nubes.

El rápido examen que pude hacer se completaba con el aspecto de los niños, todos descubiertos, y cuyos trazos, perfectamente formados, se parecían a los de las dos mujeres. La

[1] **"Miri"**.- impuesto directo que usaban los turcos como medio de recaudación ("De la propiedad", M. Thiers – Madrid, 1848) Entre la organización otomana se hallaban los *raya*, campesinos y habitantes de las ciudades y pueblos, musulmanes o no, que no gozaban de ningún privilegio. El imperio otomano declaró toda la tierra agrícola ***miri***, dependiente del estado y sin ningún derecho de propiedad privada. (http://www.galeon.com/otomanos/comercioyeconomia.htm) 18-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

más joven, al ver que yo me había parado, entró a la casa y volvió con una botija de arcilla porosa cuyo pitorro inclinó hacia donde yo estaba, a través de las gruesas hojas de los cactos que bordeaban la terraza. Me acerqué para beber, a pesar de que no tenía sed, pues acababa de tomar unos refrescos donde el mudhir. La otra mujer, al ver que yo no había bebido más que un sorbo, me dijo: *"Turid leben?* ¿Quieres leche?" Le hice un signo de negación, pero ella ya había entrado en la casa. Al escuchar aquella palabra *leben*, me acordé que en alemán significa *la vida*, y ello se debe a la blancura de las nieves que cubren las montañas, y que los árabes, a través de las arenas ardientes del desierto, entrevén de lejos como si fuera leche, -¡como la vida! La buena mujer había acudido de nuevo con una taza de leche espumosa. No podía dejar de beberla; iba a sacar algunas monedas de mi cinturón, cuando, sólo ante el movimiento de mi mano, ambas mujeres me hicieron señas muy enérgicas de rechazo. Yo ya sabía que la hospitalidad tiene en el Líbano costumbres más que escocesas: y no insistí.

Hasta donde he podido juzgar comparando el aspecto de estas mujeres y de los niños, los rasgos de la población drusa guardan cierto parecido con los de la raza persa. Ese tono de piel bronceado, que extiende su tinte ambarino sobre la cara de las niñas, no alteraba la blancura mate de las dos mujeres medio veladas, de suerte que se podría pensar que la costumbre de cubrirse el rostro es, ante todo, para las levantinas, una cuestión de coquetería. El aire vivificante de la montaña y el hábito del trabajo les colorean con intensidad labios y mejillas. El colorete de las turcas les resulta inútil; aunque de todos modos, al igual que estas últimas, la tintura (el kohlah) sombrea sus párpados y prolonga el arco de sus cejas.

Fui un poco más lejos: eran siempre casas de una o más plantas, hechas de adobe, y las más grandes de piedra rojiza, con techos planos sostenidos por arcos interiores, y escaleras hacia fuera que subían hasta el tejado, y cuyo único mobiliario, como se podía apreciar a través de las ventanas enrejadas o las puertas entreabiertas, consistía en artesonados de cedros esculpidos, esteras y divanes, los niños y las mujeres animaban todo el conjunto sin extrañarse demasiado por el paso de un extranjero, o dirigiéndome con benevolencia el habitual *sal-kher* (buenos días). Cuando llegué al final del pueblo, donde termina la meseta de Bethmérie, divisé al otro lado del valle un convento adonde Musa quería conducirme; pero la fatiga comenzaba a pasarme factura y el sol era ya insoportable: me senté junto a la sombra de un muro sobre el que me apoyé con una especie de somnolencia debido a la poca tranquilidad de la noche pasada. Un anciano salió de la casa, y me invitó a entrar y reposar dentro. Se lo agradecí, temiendo que no se hubiera hecho tarde y mis compañeros se estuvieran inquietando ante mi ausencia. Al ver que también rehusaba tomar cualquier refresco, me dijo que no debía dejarle sin aceptar alguna cosa. Entonces se fue a buscar unos pequeños albaricoques *(mechmech)*, y me los dio; después insistió en acompañarme hasta el final de la calle. Pareció contrariado al enterarse por Musa que yo había comido en casa del sheij cristiano. "Yo soy el verdadero sheij, -dijo-, y soy yo quien tiene derecho a dar hospitalidad a los extranjeros." Musa me dijo entonces que efectivamente, aquel anciano había sido el sheij o señor de la aldea en tiempos del emir Béchir[1]; pero como había tomado partido a favor de los egipcios, la autoridad turca no quería reconocerle como tal, y la elección había recaído en un maronita.

*

[1] El emir Béchir, príncipe del Líbano, permaneció leal a Méhémet-Ali y fue, después de 1840, despojado de su poder por los turcos. (GR)

* El emir Beshir II Sheháb el Grande - 1789-1840 (www.chouf1.com) 18-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.01. UN PRÍNCIPE DEL LÍBANO
II.01.03. La mansión fortificada

Estuvimos ascendiendo por el monte durante tres horas, y bajamos hasta el valle en cuyo fondo discurre un arroyuelo. Seguimos su curso hacia el mar, y enseguida nos encontramos en medio de roquedales y pinares, salpicados aquí y allá por fértiles valles en los que abundaban moreras, olivos y algodoneros, sembrados de trigo y cebada. Por fin llegamos al borde de Nahr-el-Kelb[1], el río del perro, el antiguo Lycus, que derrama su escasa agua entre rojizos peñascos y matorrales de adelfas. Este río, que en el verano apenas es un arroyuelo, nace en las cimas nevadas del alto Líbano, al igual que los otros cursos fluviales que corren paralelos y surcan esta ladera hasta llegar a Antakié[2], para desembocar en el mar de Siria. Las elevadas terrazas del monasterio de Antura se alzaban a nuestra izquierda, y daba la impresión de que los edificios podían tocarse con la mano, aunque de hecho, nos encontrábamos separados por valles profundos. Otros conventos griegos, maronitas, o pertenecientes a órdenes lazaristas europeas, aparecían dominando numerosas aldeas, y todo lo que por su apariencia podía compararse con el paisaje de los Apeninos o de los Bajos Alpes, causaba un efecto de contraste prodigioso, en especial, cuando uno piensa que se halla en un país musulmán, a pocas leguas del desierto de Damasco y de las polvorientas ruinas de Baalbek[3].

Lo que también hace del Líbano una pequeña Europa industriosa, libre y sobre todo inteligente, es que allí cesa la impresión de esos tremendos calores que tanto enervan a los pueblos de Asia. Los sheijs y la población acomodada disponen, según las estaciones del año, de varias residencias que, situadas a más o menos altura, en los valles escalonados entre los montes, les permiten vivir en medio de una eterna primavera.

La zona a la que llegamos al ponerse el sol, ya muy elevada, pero protegida por dos cadenas de cumbres boscosas, me pareció que disfrutaba de una deliciosa temperatura. Allí comenzaban las propiedades del príncipe, según me advirtió Musa. Así pues habíamos llegado al final de nuestro recorrido; aunque hasta bien entrada la noche, y después de atravesar un bosque de sicómoros, por el que era muy difícil guiar a los caballos, no percibimos un grupo de edificios dominando un cerro en torno al que discurría un sendero escarpado. Tenía todo el aspecto de un castillo gótico; algunas ventanas iluminadas recortaban sus estrechas ojivas que,

---

* Fotografía de maronitas libaneses (principios s. XIX) www.libreria-mundoarabe.com (19-09-2014)

[1] **Al-Kalb River,** Arabic **Nahr Al-Kalb**, Latin **Lycus**, river, west-central Lebanon, flowing westward and emptying into the Mediterranean Sea north of Beirut. Apart from a small section near the coast the river is seasonal; in summer its only source is a spring at the Jiītā Cave. The river is about 19 miles (30 km) in length. The ravine through which the Kalb River flows was inhabited as early as Paleolithic times. Inscriptions commissioned by Nebuchadrezzar II (*c.* 630–562 BC), king of the Chaldean (Neo-Babylonian) empire, are found on the right bank of the river. Other historical inscriptions, also commemorating the victories of their authors, were carved on stelae on the left bank of the river. These include inscriptions made for Ramses II the Great (1290–1224 BC), in hieroglyphics; King Esarhaddon (680–669 BC), in Assyrian; Emperor Marcus Aurelius (AD 211–217), in Latin; and az-Zahir Sayf ad-Din Barquq (1382–1399), in Arabic. There are also commentaries in French and English on affairs of the region as recent as 1946. Agriculture along the river consists of citrus fruit and bananas grown on the coastal plain; grapes, olives, and grains raised on the highland slopes; and figs, vegetables, and grains cultivated in the higher part of the river valley. The major town along the river is Biskintā. (http://www.britannica.com/EBchecked/topic/310081/Al-Kalb-River)

[2] **Antakié**: ¿Antakya o Antioquía?, hoy dentro del territorio Turco, antes perteneciente a la antigua Siria.

[3] **Baalbek**, en árabe **Ba'lbakk** (بعلبك), es actualmente una localidad de Líbano de 25.000 habitantes a unos 200 km. al este de Beirut. La economía se basa en el cultivo de viñas y árboles frutales. En la antigüedad fue un **santuario fenicio** dedicado al dios Baal; fue ciudad griega, y a partir de la época de los seléucidas se le llamó **Heliópolis**, siendo colonia romana desde Augusto. Es uno de los yacimientos arqueológicos más importantes del cercano oriente, declarado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1984. Es notable una zona de templos de entre los siglos I-III d.C. en honor de la Tríada heliopolitana: Júpiter, Mercurio y Venus. Las primeras excavaciones se iniciaron hacia 1900 (http://es.wikipedia.org/wiki/Baalbek)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

formaban la única decoración externa de una torre cuadrada y un recinto de grandes muros. Una vez que nos abrieron una pequeña puerta de cimbra rebajada, nos hallamos en un vasto patio con soportales de columnas. Numerosos sirvientes y negros se afanaban alrededor de los caballos, y a mí me introdujeron en la sala baja o *serdar*, amplia y decorada con divanes, en los que tomamos asiento esperando la cena. El príncipe, después de ordenar que nos sirvieran refrescos, me presentó sus excusas porque lo avanzado de la hora no le permitía presentarme a su familia, y pasó a esa parte de la casa que, tanto en el caso de los cristianos como en el de los turcos, está especialmente consagrada a las mujeres; y sólo bebió con nosotros un vaso de "vin d'or" (¿vino de oro?) cuando se sirvió la cena.

Al día siguiente, me desperté con el ruido que hacían en el patio los saïs y los esclavos negros que se ocupaban del cuidado de los caballos. Había también muchos montañeses que llevaban provisiones, y algunos monjes maronitas, de capuchón negro y hábito azul observándolo todo con una benévola sonrisa. Pronto bajó el príncipe y me condujo hasta un jardín escalonado cuyos extremos quedaban protegidos por las murallas del castillo, pero con vistas al exterior y al valle por el que discurre el Nahr-el-Kelb, profundamente encajonado. En aquel reducido terreno se cultivaban plátanos, palmeras enanas, limoneros y otros árboles propios de los llanos, que, en aquella elevada meseta, se convertían en una rareza y en una señal de lujo. Me puse a fantasear un poco con las castellanas, cuyas ventanas enrejadas daban quizá sobre ese pequeño edén, pero no hubo nada que hacer. El príncipe me habló durante largo tiempo de su familia, de los viajes que su abuelo había hecho por Europa, y de los honores que allí había recibido. Se expresaba bastante bien en italiano, como la mayoría de los emires y sheijs del Líbano, y parecía dispuesto a hacer un viaje por Francia, en algún momento.

A la hora de comer, hacia el mediodía, me condujeron hasta una galería en lo alto, abierta sobre el patio, y cuyo fondo formaba una especia de alcoba guarnecida de divanes, con un suelo en forma de estrado. Dos mujeres muy vestidas de gala estaban sentadas sobre el diván, las piernas cruzadas al estilo turco, y una niña pequeña que estaba a su lado, en cuanto entré vino a besarme la mano, según es costumbre. Yo, a mi vez, habría rendido gustoso el mismo homenaje a las dos damas, de no haber pensado que esto habría sido contrario a sus usos. Únicamente saludé, y pasé con el príncipe hasta una mesa de marquetería que sostenía una gran bandeja repleta de manjares. Cuando me iba a sentar, la niña me trajo una servilleta de seda larga y bordada de hilillos de plata por ambos lados. Las damas siguieron posando en el estrado, hieráticas como ídolos, durante toda la comida. Sólo cuando se recogió la mesa, fuimos a sentarnos frente a ellas, y fue la más mayor quien dio la orden de que nos trajeran unos narguiles.

Vestían, por encima de los chalecos, que ajustaban el pecho, y el *cheytian* (pantalón) de delgados plisados, túnicas largas de seda a rayas; un pesado cinturón de orfebrería; aderezos de diamantes y rubíes testimoniaban un lujo, por otra parte muy generalizado en Siria, incluso entre las mujeres de menor rango. En cuanto al cuerno que la señora de la casa balanceaba sobre la frente, que le hacía hacer movimientos de cisne, era bermejo y cincelado con incrustaciones de turquesas; el cabello trenzado con racimos de cequíes descendía sobre la espalda, siguiendo la moda generalizada por todo Levante. Los pies de estas damas, recogidos sobre el diván, ignoraban el uso de las medias, lo que en estos países es normal, y añade a la belleza un medio de seducción bastante alejado de nuestras ideas. Mujeres que apenas caminan, que varias veces al día se sumergen en baños perfumados, cuyo calzado no oprime en absoluto los dedos de los pies, llegan, uno se lo puede imaginar perfectamente, a hacer que sus pies sean tan encantadores como sus manos; la tintura de la *henna*, que da ese color rojizo a las uñas, las ajorcas de los tobillos, tan ricas como los mismos brazaletes, completan la gracia y el encanto de esta parte de la mujer, bastante sacrificada en nuestro mundo a mayor gloria de los zapateros.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Las princesas me hicieron muchas preguntas sobre Europa y me hablaron de muchos viajeros que ellas ya habían visto. En general se trata de "legitimistas" en peregrinaje hacia Jerusalén, lo que explica la cantidad de ideas contradictorias extendidas entre los cristianos del Líbano acerca de la situación en Francia. Sólo se puede decir que nuestras disensiones políticas tienen poca influencia sobre los pueblos cuya constitución social difiere tanto de la nuestra. Católicos obligados a reconocer como soberano al emperador de los turcos no se hacen una idea muy clara en lo tocante a nuestra política. Aunque, en su relación con el sultán, sólo se consideran tributarios. Para ellos el auténtico soberano es todavía el emir Béchir, entregado por los ingleses al sultán tras la expedición de 1840.

En muy poco tiempo ya me encontraba de lo más cómodo con esta familia, y vi, con placer, desaparecer la ceremonia y la etiqueta del primer día. Las princesas, vestidas con sencillez, igual que las demás mujeres del país, se mezclaban en los trabajos de toda la gente, y la más joven bajaba a las fuentes con las otras jovencitas de la aldea, al igual que la Rebeca de la Biblia y la Nausica de Homero[1]. En ese momento se ocupaban de la cosecha de la seda, y me llevaron a ver las cabañas, barracones de una construcción ligera que servían para la cría de los gusanos. En algunas salas, todavía se estaba alimentando a los gusanos colocados sobre tableros superpuestos; en otras, el suelo ya estaba cubierto de espinas cortadas sobre las que las larvas de los gusanos habían obrado su transformación. Los capullos, extendidos como olivas de oro por las ramas amontonadas, parecían espesos matorrales. Ahora, había que arrancarlos de allí y exponerlos a vapores sulfurosos para destruir la crisálida, y luego vaciarlos de esos hilos casi imperceptibles. Centenares de mujeres y de niños se afanaban en estos trabajos, supervisados también por las princesas.

Nahr al-Kalb en 1860 (Líbano).
Dibujo de Hércules Brabazon Brabazon (1821-1906)
collections.vam.ac.uk (19-09-2014)

[1] *Génesis* XXIV, 16; *La Odisea* VI.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.01. UN PRÍNCIPE DEL LÍBANO
II.01.04. Una cacería

A la mañana siguiente de mi llegada, que era un día de fiesta, al despuntar el día vinieron a despertarme para ir de cacería. Iba a disculparme por mi escasa habilidad en este ejercicio, ya que temía comprometer, ante estos montañeses, la dignidad europea; pero se trataba simplemente de una cacería con halcón. El prejuicio que no permite a los orientales más que la caza de los animales dañinos les ha conducido, desde hace siglos, a servirse de aves de presa sobre las que recae el pecado de la sangre derramada. La naturaleza es la que tiene toda la responsabilidad del cruel acto cometido por las rapaces. Esto explica por qué esta modalidad de caza haya sido siempre típica de Oriente, aunque después de Las Cruzadas se extendió entre nosotros.

Creía que las princesas se dignarían acompañarnos, lo que habría otorgado a este entretenimiento un carácter totalmente caballeresco; pero ni se las vio aparecer por allí. Sirvientes encargados del cuidado de las aves, fueron a buscar los halcones de las jaulas colocadas en el patio interior, y se los llevaron al Príncipe y a dos de sus primos, que eran los personajes más importantes del grupo. Yo preparé mi puño para recibir uno de los halcones, cuando se me advirtió que los halcones solo podían ser llevados por las personas que conocían. Había tres, todos blancos, con unas caperuzas muy elegantes y, como se me explicó, pertenecientes a esa raza propia de Siria, cuyos ojos tienen el brillo del oro.

Descendimos hasta el valle, siguiendo el curso del Nahr-el-Kelb, hasta el punto en que el horizonte se hacía más amplio, y en donde extensas praderas se extendían a la sombra de álamos y noguerales. El río, al formar un recodo, dejaba escapar hacia el llano grandes charcos de agua semiocultos por juncos y cañaverales. Nos detuvimos y esperamos a que los pájaros, asustados al principio por el trote de los caballos, retomaran de nuevo sus hábitos de movimiento o reposo. Cuando todo se quedó en silencio, distinguimos, entre las aves que perseguían a los insectos del humedal, dos garzas posiblemente ocupadas en pescar, y cuyo vuelo trazaba de vez en cuando círculos por encima de la hierba. Había llegado el momento; tiramos algunos disparos para hacer volar a las garzas, después quitaron las caperuzas a los halcones, y cada uno de los caballeros que los llevaban los lanzó al aire incitándolos con sus gritos.

Los pájaros comenzaron volando al azar, buscando cualquier presa; pero pronto percibieron a las garzas que, atacadas aisladamente, se defendieron a picotazos. Hubo un momento en que temimos que uno de los halcones fuera atravesado por el pico de la garza a la que atacaba él solo; pero, es posible que al percatarse del peligro de la lucha, se fuera a reunir con sus compañeros de percha. Una de las garzas, desembarazada de su enemigo, desapareció entre la espesura de los árboles, mientras que la otra se elevó en línea recta hacia el cielo. Entonces comenzó el interés real de la cacería. En vano la garza perseguida se había perdido en el espacio hasta donde nuestros ojos no alcanzaban a verla, pero los halcones la veían por nosotros y, no pudiendo seguirla hasta esa altura, esperaron a que bajara de nuevo. Era un espectáculo emocionante ver planear a aquellos tres combatientes apenas visibles, y cuya blancura se fundía en el azul del cielo.

Al cabo de diez minutos, la garza, fatigada o tal vez al no poder respirar el aire rarificado de las alturas por las que volaba, volvió a aparecer a poca distancia de los halcones,

* Halcón blanco provisto de pihuelas y capirote en el puño del halconero. Grabado. www.odisea2008.com (19-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que se precipitaron sobre ella. Fue una lucha de un instante que, al aproximarse a la tierra, nos permitió escuchar los gritos y ver una furiosa mezcla de alas, cuellos y patas entrelazadas. De golpe, los cuatro pájaros cayeron en bloque sobre la hierba, y los capataces se vieron obligados a ir a buscarles rápidamente. Por fin recogieron la garza que todavía estaba con vida, y a la que cortaron la garganta para que no sufriera por más tiempo. Entonces, arrojaron a los halcones un trozo de carne cortada del estómago de la presa, y transportaron triunfalmente el despojo sangrante del vencido. El Príncipe me habló de las cacerías que organizaba algunas veces en el valle de la Beqa'a, en el que se usaba al halcón para cazar gacelas. Por desgracia hay algo más cruel aún que el uso de las armas en esta modalidad de cacería, ya que los halcones son adiestrados para posarse sobre las cabezas de las pobres gacelas, a las que revientan los ojos. Francamente, yo no sentía curiosidad alguna en asistir a tan tristes esparcimientos.

www.cervantesvirtual.co

Esa misma tarde hubo un banquete espléndido al que habían sido convidados muchos vecinos. Se habían colocado en el patio pequeñas mesas a la turca, multiplicadas y dispuestas según el rango de los invitados. La garza, víctima triunfal de la expedición, decoraba con su cola desplegada por medio de hilillos de hierro y las alas en abanico el punto central de la mesa principal, colocada sobre un estrado, y a la que fui invitado a sentarme junto a uno de los padres lazaristas del convento de Antura, que se hallaba allí con ocasión de la festividad. Cantantes y músicos se habían colocado sobre la escalinata del patio, y la galería inferior estaba llena de gente sentada en otras mesitas de cinco a seis personas. Los platos, apenas comenzados, pasaban de las primeras mesas a las siguientes, y terminaban por circular en el patio, en donde los montañeses, sentados en el suelo, los recibían a su vez. Nos habían puesto antiguos vasos de Bohemia; pero la mayoría de los invitados bebían en tazas que hacían la ronda. Largas velas de cera iluminaban las mesas principales. Los platos consistentes eran cordero asado, pirámides de arroz coloreado con polvo de canela y azafrán; luego había guisos variados, pescado hervido, verduras rellenas de carne picada, sandías, bananas y otras frutas del país. Al terminar la comida se hicieron los brindis con la música de fondo y los gritos alegres de la asamblea; la mitad de la gente sentada a la mesa se levantaba y bebía a la salud de la otra mitad. Esta ceremonia se repitió bastante, y ni que decir tiene que las damas, tras asistir al comienzo de la comida, pero sin tomar parte de ella, se retiraron al interior de la casa.

La fiesta se prolongó durante la noche. En general, no hay mayores diferencias entre la vida que llevan emires y sheijs maronitas con respecto a la de los demás orientales, con la excepción de esa mezcla de costumbres árabes y ciertos usos de nuestra época feudal que se encuentra entre los maronitas. Es la transición de la vida tribal, como se la puede apreciar todavía al pie de estas montañas, a esta era de civilización moderna que ya ha invadido y transforma las ciudades industriosas de la costa. Aquí parece que se vive en el siglo XIII francés; pero al mismo tiempo no se puede dejar de pensar en Saladino y en su hermano Malek-'Adel, al que los maronitas presumen de haber vencido entre Beirut y Saïda. El lazarista, al lado del que estuve sentado durante la comida, el padre Adán, me proporcionó muchos detalles sobre el clero maronita. Hasta entonces yo creía que los maronitas eran una especie de católicos mediocres, dada la facultad que tenían para poderse casar. Pero esa era una prerrogativa de tolerancia concedida en particular a la Iglesia Siria. Las mujeres de los sacerdotes son llamadas sacerdotisas a título honorario, aunque no ejercen ninguna función sacerdotal. El Papa también admite la existencia de un Patriarca maronita, nombrado por un cónclave y que, conforme al derecho canónigo, ostenta el título de Obispo de Antioquía; pero ni el Patriarca, ni sus doce obispos elegidos por sufragio pueden casarse.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.01. UN PRÍNCIPE DEL LÍBANO
II.01.05. El Kesruán (El-Kesrouan)

Al día siguiente fuimos a acompañar al padre Adán a Antura. El convento de Antura es un edificio bastante grande construido sobre un altiplano que domina toda la región, y en cuya parte inferior se encuentra un extenso huerto plantado de enormes naranjos. Un arroyuelo que baja de las montañas y cuyas aguas se recogen en una gran alberca atraviesa la finca. La iglesia se ha construido fuera del convento, cuyo interior se compone de un edificio amplio, dividido por una doble hilera de celdas; los padres se ocupan, como los otros monjes de la montaña, del cultivo de los olivos y de las viñas, y dan clase a los niños de la comarca; su biblioteca contiene muchos libros impresos en la montaña, ya que tienen también monjes impresores; yo he encontrado incluso la colección de una revista titulada *La ermita de la montaña*, que se dejó de publicar años atrás. El padre Adán me ha comentado que la primera imprenta se estableció allí hacía cien años, en Mar-Hanna[1], gracias a un religioso de Alepo llamado Abdallah-Zeker, que grabó y fundió él mismo los tipos de imprenta. Muchos libros de religión, de historia, e incluso colecciones de cuentos salieron de aquellas benditas imprentas. Es curioso contemplar, al pasar por la parte baja de los muros del convento, hojas impresas secándose al sol. Por lo demás, los monjes del Líbano ejercen todo tipo de trabajos, y desde luego a ellos no se les puede tildar de perezosos.

Aparte de los numerosos conventos de jesuitas y lazaristas europeos, que hoy en día luchan por mantener su influencia y no siempre son amigos, hay en Kesruan cerca de doscientos conventos de monjes ordenados, eso sin contar un gran número de ermitaños en la comarca de Mar-Élicha. También hay gran número de conventos de mujeres, cuya mayor parte está consagrada a la educación. ¿Pero no es una cantidad de personal religioso demasiado considerable para una comarca de ciento dos leguas cuadradas, y que no cuenta con más de cien mil habitantes? Es cierto que esta parte de Fenicia siempre ha sido célebre por el ardor de sus creencias. A unas leguas del punto en el que nos encontramos discurre el Nahr-Ibrahim[2], el antiguo Adonis, que aún hoy se tiñe de rojo al llegar la primavera, en la época en la que se lloraba la muerte del simbólico favorito de Venus. Cerca del entorno en que este río desemboca en el mar, está situada Djébaïl, la antigua Biblos, en donde nació Adonis, de todos sabido que era hijo de Cynire – y de Myrrha, la mismísima hija de ese rey fenicio. Estos recuerdos de la Fábula, esas adoraciones, los honores divinos rendidos en otro tiempo al incesto y al adulterio aún indignan a los buenos religiosos lazaristas; asuntos estos que, para su tranquilidad, los monjes maronitas ignoran totalmente.

El príncipe me quiso acompañar y guiar en numerosas excursiones a través de esta comarca del Kesruan, que nunca hubiera creído yo tan vasta ni poblada. Gazir, la ciudad principal, tiene cinco iglesias y una población de seis mil almas; es la residencia de la familia

---

* Fortaleza cerca de Jouni, en el Monte Líbano. Grabado sobre acero, de M. J. Starling, según W.H. Bartlett. 1837 (www.antique-prints.de) 21-09-2014

[1] Volney se hospedó en ese convento, y Nerval encontró en su *Viaje por Egipto y Siria* los detalles que se aportan aquí. (GR)

[2] The **Abraham River** (Arabic: Nahr Ibrahim) also known as **Adonis River**, is a small river in the Mount Lebanon Governorate in Lebanon. It passes through the town of Nahr Ibrahim before emptying into the Mediterranean Sea. The city that takes its name from the river (*nahr* means river in Arabic). Today, it is one of the tourist attractions in Lebanon. According to Greek mythology, Adonis the god of love and beauty, was killed by a boar sent by Ares, the god of war (or by Ares himself disguised as a boar, depending on the version) near the river. According to the myth, Adonis's blood flowed in the river, making the water reddish for centuries. (http://en.wikipedia.org/wiki/Abraham_River)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Hobeïsch, una de las tres más nobles de la nación maronita; las otras dos son la de los Avaki y los Jazen. Los descendientes de estas tres casas se cuentan por centenares y, según es costumbre en el Líbano, el reparto equitativo de bienes entre hermanos ha reducido lógicamente mucho las propiedades de cada uno, lo que explica el apodo local que se da a algunos de estos emires: *Príncipes del queso y la aceituna*, haciendo alusión a sus magros medios de subsistencia.

Las propiedades más extensas pertenecen a la familia Jazen, que reside en Zuk-Mikel, ciudad aún más poblada que Gazir. Luis XIV contribuyó mucho al esplendor de esta familia, confiando a muchos de sus miembros funciones consulares. En total hay cinco distritos en la parte de la provincia llamada el Kesruan Gazir, y tres en el Kesruan Bekfaya, situado del lado de Ba'albek y Damasco. Cada uno de estos distritos tiene una cabeza de partido gobernada generalmente por un emir, y una docena de aldeas o parroquias colocadas bajo la autoridad de los sheijs. El entramado feudal así constituido tiene como cabeza final al emir de la provincia que, asimismo, recibe sus poderes del gran emir residente en Deïr-Jamar, en la actualidad cautivo de los turcos, por lo que su autoridad ha sido delegada en dos *kaïmakans* o gobernadores, uno maronita, y el otro druso, obligados a someter al pachá todas las cuestiones de índole política. Estas disposiciones tienen el inconveniente de mantener entre los dos pueblos un antagonismo de intereses e influencias que antes, cuando vivían unidos bajo un mismo príncipe, no existía. La gran idea del príncipe Fakardín[1], de mezclar las poblaciones y así borrar los prejuicios religiosos y raciales, ahora se había convertido en un escollo, y se persigue formar dos naciones enemigas allí donde sólo había una, unida por lazos de solidaridad y tolerancia mutuas.

A veces me pregunto cómo los soberanos del Líbano conseguían asegurarse la simpatía y fidelidad de tantos pueblos de tan diversas religiones. A este propósito, el padre Adán me dijo que el emir Béchir era cristiano por el bautismo, turco durante su vida, y druso a la hora de su muerte, pues los drusos poseen el derecho inmemorial de amortajar y dar sepultura a los soberanos de la montaña. Me contó también una anécdota de por allí que venía al caso: Un druso y un maronita que iban caminando juntos se preguntaban:

- Entonces, ¿cuál es la religión de nuestro soberano?
- Es druso, -decía uno.
- Es cristiano, -decía el otro.

Un *métuali* (seguidor de una secta musulmana) que pasaba por allí fue escogido como árbitro, y ante la cuestión no dudó en responder:

- Es turco.

Esas buenas gentes, más resueltas que nunca, acordaron ir adonde el emir para pedirle que les pusiera de acuerdo. El emir Béchir[2] les recibió muy bien, y una vez que se puso al corriente de la querella, dijo volviéndose hacia su visir:

- ¡Pero qué gente tan curiosa! ¡Que les rebanen a los tres la cabeza!

Sin quererle dar una creencia exagerada a la sangrante moraleja de esta historia, en ella se puede reconocer la eterna política de los grandes emires del Líbano. Es cierto que en su palacio hay una iglesia, una mezquita y un *jalué* (templo druso). Ese fue durante mucho tiempo el triunfo de su política y puede que también se haya convertido en su escollo.

[1] El emir druso Fajr Ed-Din (1595-1634) consiguió crearse en el Líbano un reino casi independiente. Fue vencido por los turcos y estrangulado en Constantinopla por orden de Amurat. Sobre sus contactos con Europa ver p. 370-371. (GR)

[2] Estampilla con el Emir Bechir Chehab. Sello conmemorativo del día de la proclamación de la independencia del Líbano, el 26 de noviembre de 1941 (www.delcampe.net) 21-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.01. UN PRÍNCIPE DEL LÍBANO

II.01.06. Un combate

Andaba yo muy feliz viviendo en estas montañas, con un clima templado, en medio de costumbres apenas diferentes de las que podemos ver en nuestras provincias del Midi. Era un reposo para los largos meses pasados bajo los ardores del sol de Egipto, y en cuanto a las gentes, era justo lo que el alma necesita, esa simpatía que jamás es completa con los musulmanes, o que, entre la mayoría, se ve coartada por los prejuicios raciales. Encontré en la lectura, la conversación, las ideas, esas cosas de las que huimos en Europa por aburrimiento, por cansancio, pero con las que soñamos de nuevo después de cierto tiempo, tal y como soñamos con lo inesperado, o lo extraño, por no hablar de lo desconocido. No se trata de admitir que nuestro mundo valga más que este; es tan sólo recaer insensiblemente en sensaciones de la infancia; es aceptar el yugo común. En una obra en verso de Henri Heine se puede leer el lamento de un abeto del norte cubierto de nieve, que daría cualquier cosa por gozar de la árida arena y el cielo de fuego del desierto, mientras que a la misma hora una palmera, abrasada por la atmósfera seca de las llanuras egipcias, suspira por respirar en las brumas del norte, bañarse en la derretida nieve y sumergir sus raíces en la tierra helada[1].

Por culpa de mi espíritu contradictorio e inquieto, ya estaba pensando en volver al llano, mientras me decía que, a fin de cuentas, yo no había venido hasta Oriente para pasar el tiempo en un paisaje de los Alpes; cuando, una tarde, oigo a todo el mundo hablar muy inquieto y veo a los monjes bajando de los conventos vecinos, muy asustados. Se comenta que un gran número de drusos ha dejado sus provincias y se ha lanzado contra los cantones mixtos, que están desarmados por orden del pachá de Beirut. El Kesruan, que forma parte del pachalik de Trípoli, ha conservado sus armas; así que habrá que ir a ayudar a sus indefensos hermanos, atravesando el Nahr-el-Kelb, la frontera entre las dos comarcas, un auténtico Rubicón, que no se cruza salvo en circunstancias muy graves. Los montañeses armados se apretujaban impacientes alrededor de la aldea y en medio de los prados. Los jinetes recorrían los pueblos vecinos lanzando el viejo grito de guerra: "¡Por el celo de Dios! ¡por el de los combates!"

El príncipe me llevó a un aparte y me dijo: "No sé de qué se trata; puede que la información que nos han hecho llegar sea exagerada, pero de cualquier modo nosotros vamos a estar siempre prestos a socorrer a nuestros vecinos. El socorro de los pachás llega siempre cuando el mal ya ha sido hecho... Usted haría bien yéndose hasta el convento de Antura, o por el mar, hasta Beirut.

- No, -le dije-; permítame acompañarle. He tenido la mala suerte de nacer en una época poco guerrera, y tan sólo he visto combates en el interior de nuestras ciudades en Europa, tristes combates, ¡se lo juro!: ¡nuestras montañas eran grupos de casas, y nuestros valles, calles y plazas! Ojalá que en mi vida pueda participar en una batalla importante, en una guerra religiosa. Sería tan hermoso morir por la causa que usted defiende."

Andaba yo diciendo y pensando estas cosas, pues el entusiasmo que me rodeaba se me había contagiado, y me pasé toda la noche soñando con hazañas que seguro me alzarían a los más altos destinos[2].

---

* Cuadro de Jean-Baptiste Huysmans representando las masacres de maronitas de 1860 - laatalayadeltraductor.blogspot.com

[1] Henri Heine, *Intermezzo*, 28, traducido por Nerval, en *Revue des Deux Mondes*, 15 de julio de 1848. (GR)

[2] El relato de este capítulo es un buen ejemplo, al parecer, de pura ficción. En las cartas a su padre del 25 de julio y del 19 de agosto de 1843, Nerval no menciona ninguna proeza de ese tipo. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Al despuntar el día, cuando el príncipe montó a caballo, en el patio, con sus hombres, yo me disponía a hacer otro tanto; cuando el joven Musa se opuso resueltamente a que me sirviera del caballo que me habían rentado en Beirut; él estaba encargado de devolverlo vivo, y temía, con razón, los avatares de una expedición de guerra.

Comprendí lo justo de su reclamación, y acepté uno de los caballos del príncipe. Por fin atravesamos el río no más de una docena de caballeros y puede que unos trescientos hombres de a pie.

Después de cuatro horas de marcha, nos detuvimos cerca del convento de Mar-Hanna, adonde todavía se nos unieron bastantes montañeses. Los monjes basilios nos dieron de desayunar; pero, según ellos, convenía esperar, pues nada anunciaba que los drusos hubieran invadido el distrito. Sin embargo los recién llegados opinaban lo contrario, y se decidió avanzar. Dejamos los caballos para atajar a través de los bosques, y, hacia la tarde, tras algunas alertas, escuchamos algunos disparos de fusil que repercutían por las rocas.

Yo me separé del príncipe, subiendo por una cuesta para llegar a un pueblo que se veía detrás de los árboles, y me encontré con algunos hombres en la parte baja de unos cultivos en terrazas escalonadas. Algunos parecía que andaban acordando algo, hasta que se pusieron a atacar el seto de cactos que formaba una valla, y yo, pensando que se trataba de penetrar hasta donde se ocultaban los enemigos, me afané en lo mismo con mi yatagán. Las espátulas espinosas rodaban por tierra como cabezas cortadas, y la brecha no tardó en abrirnos paso. Allí, mis compañeros se desplegaron por todo el terreno, y al no encontrar a nadie, se pusieron a talar con una rabia indescriptible, moreras y olivos. Uno de ellos, al ver que yo no hacía nada, quiso darme un hacha grande que yo rechacé. Aquel espectáculo de destrucción me revolvía. Acababa de darme cuenta de que el lugar en el que nos encontrábamos no era otro que la parte drusa de la aldea de Bethmérie, en donde tan bien me habían acogido, sólo unos días antes.

Por fortuna, vi de lejos al grueso de nuestra gente que llegaba al lugar, y me reuní con el príncipe, que parecía ser presa de una gran irritación. Me acerqué a preguntarle si no teníamos más enemigos que combatir, que unas moreras y unos cactos; pero él estaba ya lamentándose de todo lo que acababa de ocurrir, y andaba corriendo para impedir que prendieran fuego a las casas. Viendo a algunos maronitas que se acercaban con ramas de pino a guisa de antorchas, les ordenó regresar. Los maronitas le rodearon gritando: “Los drusos hacen lo mismo con los cristianos; hoy nosotros somos fuertes, así que ¡hay que pagarles con la misma moneda!”.

El príncipe dudaba ante estas palabras, porque la ley del Talión es sagrada entre los montañeses. Por una muerte, otra muerte, y lo mismo para los destrozos e incendios. Intenté señalarle que ya se había cortado un buen número de árboles, y que esto podría pasar por una compensación. Pero él encontró una razón aún más concluyente que dar: “¡¿No os dais cuenta, -les dijo-, de que el incendio se vería desde Beirut, y de nuevo nos enviarían aquí a los albaneses?!”

Este razonamiento acabó por calmar los ánimos. A pesar de que en las casas sólo habían encontrado a un anciano tocado con un turbante blanco, al que se llevaron, y en el que reconocí enseguida al buen hombre que, durante mi estancia en Bethmérie, me había ofrecido descansar en su casa. Le llevaron a la casa del sheij cristiano, que parecía un poco incómodo por todo aquel tumulto, y que trataba, al igual que el príncipe, de reprimir tanta agitación. El viejo druso guardaba una compostura bastante tranquila, y dijo, mirando al príncipe:

- “La paz sea contigo, Mirán; ¿qué has venido a hacer a nuestra tierra?
- ¿Dónde están tus hermanos? –dijo el príncipe-; sin duda que han huido al vernos de lejos.
- Ya sabes que no acostumbran a eso, -dijo el viejo-; pero sólo había unos pocos contra todo un pueblo, y se han llevado lejos de aquí a las mujeres y los niños. Pero yo he preferido quedarme.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Pues nos habían dicho que habíais llamado a los drusos de la otra montaña, y que habían bajado en gran cantidad.
- ¡Os han engañado! ¡Habéis escuchado a mala gente; a extranjeros que estarían encantados de hacernos degollar, con objeto de que nuestros hermanos vinieran aquí para tomar venganza sobre vosotros!"

El anciano se había quedado de pie durante las explicaciones. El sheij, en cuya casa nos encontrábamos, parecía impresionado por sus palabras, y le dijo:

- "¿Te crees tú aquí prisionero? Hace tiempo éramos amigos; ¿por qué no te sientas con nosotros?
- Porque eres tú el que estás en mi casa, -dijo el viejo.
- Vamos, -dijo el sheij cristiano-, olvidemos todo eso. Siéntate en este diván; vamos a traer unos cafés y un narguile.
- ¿Acaso no sabes, -repuso el viejo-, que un druso jamás acepta nada de casa de un turco, ni de la casa de sus amigos, por temor de que lo que le den sea producto de las exacciones e impuestos injustos?
- ¿Un amigo de los turcos? ¡Yo no soy amigo de los turcos!
- ¿No fueron los turcos los que te nombraron sheij de este pueblo, sabiendo que yo lo era antes, en tiempos de Ibrahim, cuando tu raza y la mía vivían en paz? ¿No fuiste tú quien corrió a quejarse al pachá por un asunto de unos alborotadores, una casa quemada, una querella de buenos vecinos, que podríamos haber arreglado fácilmente entre nosotros?".

El sheij movió la cabeza sin hacer ningún reproche; pero el príncipe cortó en seco la explicación, y salió de la casa cogiendo al druso de la mano.

- "¿Querrás tomar el café conmigo que no he aceptado nada de los turcos? –le dijo, mientras ordenaba a su *cafedji* que preparara el café bajo los árboles-.
- Yo era un buen amigo de tu padre, -dijo el anciano-, y en aquel tiempo, drusos y maronitas vivían en paz."

Y se pusieron a charlar tranquilamente de aquellos tiempos en que ambos pueblos estaban unidos bajo el gobierno de la familia Schehab, y no habían sido abandonados a la arbitrariedad de los vencedores.

Se acordó que el príncipe retirara a toda su gente; que los drusos volvieran al pueblo sin pedir socorros lejanos, y que los daños que se acababan de producir en sus terrenos se considerarían como una compensación del anterior incendio de una casa cristiana.

Así acabó esta terrible expedición en la que yo me había prometido cosechar tanta gloria; aunque bien es cierto que no todas las querellas de las aldeas mixtas encuentran árbitros tan conciliadores como lo había sido el príncipe Abu-Mirán. No obstante, a pesar de algunos asesinatos aislados, las peleas, en general, raramente son sangrientas. Es un poco como los combates de los españoles, en los que ambas partes se andan persiguiendo por los montes sin llegar a encontrarse nunca, porque los unos siempre se esconden cuando ven que los otros son más fuertes. Se grita mucho, se queman casas, se cortan árboles, y los boletines, redactados por las partes interesadas, sólo dan cuenta del número de muertos.

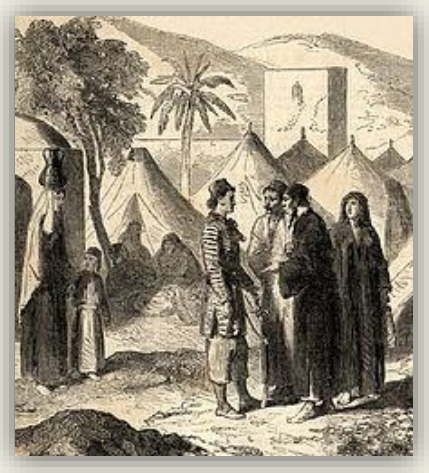
En el fondo, estos pueblos se estiman entre ellos más de lo que uno pueda imaginar, pues no pueden olvidar los lazos que antaño les unían. Atormentados y excitados, bien sea por los misioneros, bien por los monjes, en interés de las influencias europeas, acaban componiéndoselas a la manera de los condotieros de otros tiempos, que libraban grandes combates sin efusión de sangre. Que los monjes predican..., hay que correr a coger las armas; que son los misioneros ingleses los que reclaman y pagan; pues hay que mostrarse valeroso; pero en el fondo de todo esto, lo único que se percibe es la duda y el desencanto. Todos han comprendido ya lo que algunas potencias europeas desean, enfrentadas tanto por sus objetivos como por sus intereses y secundadas por la falta de previsión de los turcos. Suscitando peleas

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

entre las aldeas mixtas se pretende demostrar la necesidad de una entera separación entre ambas razas, en otros tiempos, unidas y solidarias. El trabajo que se está realizando en este momento en el Líbano, bajo el pretexto de la pacificación, consiste en llevar a cabo el intercambio de las propiedades que poseen los drusos en los cantones cristianos, contra las que tienen los cristianos en los cantones drusos. Así pues habrá más luchas intestinas tantas veces exageradas; solo que en ese momento ya se habrán convertido en dos pueblos totalmente distintos; uno de los cuales, es posible que sea colocado bajo la tutela de Austria, y el otro, bajo la de Inglaterra. Y para entonces será difícil que Francia recupere la influencia que, en tiempos de Luis XIV, se extendía al por igual sobre las razas drusa y maronita.

No me corresponde a mí el pronunciarme sobre asuntos tan serios. Lo único que sentiré es no haber podido tomar parte en el Líbano en luchas más homéricas.

Pronto tuve que abandonar al príncipe para presentarme en otro punto de la montaña. Y mientras tanto, la reputación del asunto de Bethmérie se iba agrandando conforme avanzaba; gracias a la enfebrecida imaginación de los monjes italianos, aquel combate contra las moreras había tomado poco a poco las dimensiones de una cruzada.



Refugiados cristianos durante la contienda de 1860 entre drusos y maronitas en Líbano.
Grabado de autor desconocido
http://pt.wikipedia.org/wiki/Conflito_do_Libano_de_1860
(22-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.02. EL PRISIONERO

II.02.01. Aurora y ocaso

¡Qué podríamos decir de la juventud, amigo mío, que sin apenas haberla conocido, ya hemos dejado atrás sus más vivos ardores!, así que es preferible que hablemos con modestia, sin casi haber comprendido que nosotros mismos pronto tendríamos que llegar a cantar la oda de Horacio[1]: *Eheu fugaces, Posthume...* tan poco tiempo tras haberlo entendido... ay! ¡el estudio se ha llevado nuestros más bellos instantes! y el gran resultado de tanto esfuerzo perdido es tan solo el poder comprender, por ejemplo, como me ha pasado a mí esta mañana, el sentido de una cancioncilla griega que resonaba en mis oídos, mientras salía de la vinosa boca de un marinero levantino:

Nè kalimèra! Nè orà kali!

Tal era el estribillo que ese hombre lanzaba indiferente al viento de los mares, a las estruendosas olas que batían la orilla:

"Ni buenos días, ni buenas tardes"

Y éste es el sentido que encontré a esa letrilla, y que pude entresacar de otros versos de esa canción popular, que creo que encerraba esta reflexión:

¡Se marchó la mañana;
aún no llegó la tarde!
y sin embargo
ya se apaga el brillo en nuestros ojos;

y el estribillo siempre se repetía:

Nè kalimèra! Nè orà kali!

aunque la canción continuaba...

¡y aunque el bermejo ocaso se asemeje a la aurora,
más tarde, la noche, nos traerá el olvido![2]

¡Triste consuelo es soñar con esas tardes bermejas de la vida y la noche que les ha de seguir! Muy pronto llegamos a esa hora solemne, que ya no es la alborada, ni tampoco llegó del todo a ser ocaso, y nada en el mundo podría hacer que esto fuera de otro modo. ¿Qué otro remedio encontrarías tú?

Yo vislumbro uno para mí: continuar viviendo en esta orilla de Asia adonde la suerte me ha arrojado; tengo la sensación, desde hace unos meses, de que he remontado el círculo de mis días; me siento más joven, en efecto, lo soy, ¡sólo tengo veinte años!

---

* "Sidón y el Monte Líbano desde el mar". Grabado de 1850 coloreado a mano (W. H. Bartlett y S. Fisher). www.antique-prints.de (22-09-2014)

[1] *Odas*, II, 14: "¡Por desgracia! Póstumo, los años corren fugitivos." (GR)

[2] Poema recogido en *Odelettes*. J. Richer explica que el verso citado es en griego de Constantinopla, con el ***ne*** turco, que significa "ni...ni".

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Ignoro el por qué en Europa se envejece tan deprisa; nuestros mejores años los pasamos con los estudios, lejos de las mujeres, y apenas adultos, dejamos también de ser jóvenes. ¡La virgen de los primeros amores nos acoge con una burlona sonrisa, las bellas damas más experimentadas puede que sueñen junto a nosotros con los vagos suspiros de Querubín!

Es un prejuicio, no lo dudo, sobre todo en Europa, en donde los querubines son tan raros. No conozco nada más torpe, peor hecho y menos gracioso, en una palabra, que un europeo de dieciséis años. Reprochamos a las adolescentes sus manos enrojecidas, sus flacos hombros, sus angulosos gestos, su voz chillona; ¿pero qué podríamos decir del jovencillo de figura enclenque, nuestra desesperación, frente a los consejos de ir al médico? Sólo con el paso del tiempo se modelan los miembros, el perfil se define, músculos y carnes se desarrollan poderosos sobre el andamiaje óseo de la juventud.

Puede que en Oriente, los niños sean menos hermosos que los nuestros; los de los ricos son cebones, los de los pobres, delgados y con un enorme vientre, sobre todo en Egipto; pero la segunda edad es bella en ambos sexos. Los jóvenes varones tienen un cierto aire de mujeres, y a los que se les ve vestidos con largas túnicas, apenas se les distingue de sus madres y hermanas; pero justamente por eso, el hombre en realidad no tiene nada de seductor hasta que los años no le proporcionan una apariencia más varonil, un carácter fisionómico más marcado. Un amante imberbe no es ni mucho menos objeto de deseo de las bellas damas de Oriente, en cambio, al que los años le han dotado de una majestuosa y bien poblada barba, tiene muchas más posibilidades de convertirse en el punto de mira de todos los ardientes ojos que brillan tras los orificios del *yamak*, cuyo velo de gasa blanca apenas amortigua su negrura.

Y, créeme, tras esta época en que las mejillas se revisten de un espeso vellón, llega otra en que la gordura, haciendo sin duda al cuerpo más hermoso, lo convierte en algo absolutamente falto de elegancia por culpa de la ajustada vestimenta al uso en Europa, bajo la que el mismísimo Antínoo tendría el aspecto de un tosco campesino. Es justo en ese momento, cuando los holgados ropajes, las chaquetas bordadas, los calzones de amplios pliegues y los anchos cinturones erizados de armas, de los levantinos, les dan el aspecto más majestuoso. Pero avancemos aún otro lustro: ahí están ya los hilos de plata que se mezclan con la barba y que invaden el cabello; que a su vez comienzan a clarear, y desde ese momento, hasta el hombre más activo, el más fuerte, incluso el más capaz todavía de emociones y de ternura, debe renunciar en nuestra tierra para siempre a cualquier esperanza de convertirse en un héroe de novela. En Oriente, en cambio, ese es el instante más bello de la vida; bajo el tarbúsh o el turbante poco importa que se tenga poco pelo o que ya esté gris, y ni siquiera los jóvenes pueden sacar ventaja de este adorno natural, ya que todos llevan la cabeza rapada, y desde que nacen ignoran si la naturaleza les ha dotado de un cabello liso o rizado. La barba teñida con una mixtura persa, los ojos animados con un ligero trazo de betún, un hombre está, hasta los sesenta años, seguro de complacer, a poco que se sienta capaz de amar.

Sí, seamos jóvenes en Europa, tanto como podamos, pero vayamos a Oriente a envejecer, el país de los hombres dignos de ese nombre, ¡la tierra de los patriarcas! En Europa, en donde las instituciones han suprimido la fuerza material, la mujer se ha hecho bastante fuerte. Con todo el poder de seducción, de astucia, perseverancia y persuasión que el cielo le ha deparado, la mujer de nuestros países es socialmente igual al hombre, más de lo que haría falta para que este último a buen seguro no fuera vencido. Espero que no me vengas con la escena feliz de los matrimonios parisinos, para desviarme de un deseo en el que fundo mi porvenir; ya he lamentado bastante el haber dejado una ocasión similar en El Cairo. ¡Tengo que unirme a una ingenua hija de esta tierra sagrada, la primera patria de todos; sumergirme en las vivificantes fuentes de la humanidad, de las que han manado la poesía y las creencias de nuestros padres!

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Te ríes de este entusiasmo que, tengo que reconocer, desde el comienzo de mi viaje, se lleva volcando en numerosos objetivos; pero piensa también que se trata de una seria resolución, en la que es de lo más natural el que me surjan dudas. Tú ya lo sabes, y es, puede ser, lo que ha dado hasta ahora algún interés a mis confidencias, me gusta conducir mi vida como si fuera una novela, y me coloco fácilmente en la situación de esos héroes activos y resueltos que desean a cualquier precio crear el drama en torno a ellos; la aventura, el interés, en una palabra, la acción. El azar, por muy poderoso que sea, jamás ha reunido los elementos para un argumento pasable, y todo lo más que ha hecho ha sido disponer la puesta en escena; por lo demás, dejémosle hacer, y todo fracasará por mucho que se hayan tomado las mejores disposiciones. Y ya que hemos convenido en que no hay más que dos tipos de desenlace: el matrimonio o la muerte, aspiremos al menos a uno de los dos... pues hasta aquí mis aventuras casi siempre se han detenido en la exposición; apenas he conseguido llevar a cabo alguna pobre peripecia, cargando sobre mi fortuna la amable esclava que me vendió Abdelkarím. Esto, sin duda, no era demasiado complicado, pero todavía hacía falta tener la idea y sobre todo el dinero. He sacrificado toda esperanza de un recorrido por Palestina, que había marcado en mi itinerario, y al que he debido renunciar. ¡Con las cinco bolsas de dinero que me ha costado esa hija dorada de Malasia, habría podido visitar Jerusalén, Belén, Nazaret, el Mar Muerto y Jordania! Como el profeta castigado por Dios, me detengo en los confines de la tierra prometida, y apenas puedo, desde lo alto de la montaña, lanzar una mirada de desolación. La gente responsable diría al llegar a este punto que uno siempre se equivoca cuando procede de forma contraria a la de todo el mundo, y pretende hacerse el Turco, cuando no se es más que un pobre Nazareno de Europa. ¿Tendrán razón? ¡quién sabe!

http://www.antique-prints.de/ (22-09-2014)
A. Geyer y A. H. Payne. 1853
Beirut. Líbano.

No cabe duda de que soy un imprudente, sin duda me he atado una enorme piedra al cuello, y además no me cabe duda alguna de que he incurrido en una grave responsabilidad moral; ¿pero acaso no hay que creer también en la fatalidad que todo lo regula en esta parte del mundo? ¡Es la fatalidad la que ha querido que la estrella de la pobre Zeynab se encontrara con la mía, que yo cambiase, puede que favorablemente, la condición de su destino! ¡Una imprudencia! –habrías dicho- ¡y ahí estáis vosotros con vuestros prejuicios de europeos!, ¡y quién sabe si de haber tomado yo la ruta del desierto, solo y más rico, con las cinco bolsas de dinero, no habría podido ser atacado, robado, masacrado por una horda de beduinos que hubieran olido desde lejos mi riqueza!. Pero basta ya, bien está, lo que pudiera estar peor, tal y como lo reconoce desde siempre la sabiduría popular.

Puede que pienses, después de estos comentarios, que he tomado la decisión de casarme con la esclava india y desembarazarme, por un medio así de vulgar, de mis escrúpulos de conciencia. Tú ya me sabes suficientemente delicado como para haber pensado en algún momento en revenderla; le he ofrecido la libertad, cosa que no ha aceptado por una razón muy sencilla, y es que no hubiera sabido lo que hacer con ella; aparte de que yo no habría podido asumir el obligado aderezo para tan hermoso sacrificio, a saber, otorgar una asignación propia y de por vida, por encima de sus necesidades, a la persona manumitida, ya que me han explicado que esa es la costumbre en casos parecidos. Por último, y para ponerte al corriente de otras dificultades de mi posición, voy a contarte lo que me ha sucedido hace poco...

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.02. EL PRISIONERO
II.02.02. Una visita a la escuela francesa

Tras mi excursión a la montaña, volví a la pensión de Mme. Carlès, en donde había dejado a la pobre Zeynab, pues no había querido llevarla a aquellas incursiones tan peligrosas.

La pensión se encontraba en una de esas altas casas de arquitectura italiana, cuyos edificios disponen de una galería interna que encuadra un vasto espacio, mitad terraza, mitad patio, sobre la que flota la sombra de un tenderete a rayas. Esa casa había alojado al consulado francés anteriormente, y aun se podían apreciar sobre el frontis los escudos con las flores de lis, antaño doradas. Naranjos y granados, plantados en hoyos redondos practicados entre los embaldosados del patio, alegraban algo ese lugar cerrado por todas partes a la naturaleza exterior.

De vez en cuando, las palomas de la mezquita vecina atravesaban un trozo de cielo azul, recortado por los frisos; pues ese era el único horizonte de las pobres escolares. Desde la entrada, escuché el murmullo del recitado de las lecciones, y subiendo la escalera de la primera planta me encontré en una de las galerías que precedían a los apartamentos. Allí, sobre una estera de la India, las niñas pequeñas formaban un corro, agachadas a la manera turca, alrededor de un diván en el que estaba sentada Mme. Carlès. Las dos mayores estaban a su lado, y en una de ellas reconocí a la esclava, que vino hacia mí con grandes muestras de alegría.

Mme. Carlès se apresuró a hacernos pasar a su habitación, dejando a la otra chica mayor en su lugar que, por un movimiento natural en las mujeres del país, rápidamente se había tapado la cara con su libro. Así que esa no es cristiana, pues estas últimas se dejan ver sin dificultad en el interior de las casas. Largas coletas de pelo rubio entrelazadas con cordoncillos de seda, manos blancas de dedos afilados, con esas uñas largas que indican la raza, era todo lo que podía apreciar de esa agraciada aparición. Apenas me fijé en el resto; pero comprendí que yo estaba demorándome en interesarme sobre cómo se encontraba mi esclava ante su nueva situación. ¡Pobre muchacha! Lloraba a raudales apretándome la mano contra su frente. Yo estaba muy emocionado, sin saber todavía si es que tenía alguna queja que darme, o si mi larga ausencia era la causa de tal efusividad.

Le pregunté si se hallaba bien en esta casa. Entonces se abrazó al cuello de su maestra diciendo que era su madre...

"Es bastante buena, me dijo Mme. Carlès con su acento provenzal, pero no quiere hacer nada; aprende bien algunas palabras con las pequeñas, pero eso es todo. Si se intenta hacerla escribir o enseñarla a coser, no quiere. Yo ya le he dicho: yo no puedo castigarte, así que cuando vuelva tú amo, él verá lo que quiere hacer contigo."

Lo que me acababa de contar Mme. Carlès me contrariaba vivamente; pues había creído resolver la cuestión del porvenir de esta muchacha haciendo que aprendiera lo necesario para que más adelante encontrara donde colocarse y vivir por su cuenta; y ahora yo me encontraba en la posición de un padre de familia que ve sus proyectos frustrados por la mala voluntad o la pereza de su hijo. Por otra parte, también puede ser que mis derechos no estén tan justificados como los de un padre. Entonces adopté el aire más severo que pude, y mantuve con la esclava la siguiente conversación, con ayuda de la maestra:

- ¿Y por qué no quieres aprender a coser?

* *Princesa drusa y dama del Líbano*. Grabado (F. Méaulle after E. Zier. 1884) www.antique-prints.de (22-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Porque en cuanto me vieran trabajar como una sirvienta, me convertirían en una sirvienta.

- Las mujeres de los cristianos, que son libres, trabajan sin ser por ello sirvientas.

- ¡Pues vaya! Yo no pienso casarme con un cristiano, -dijo la esclava- en mi religión, el marido debe dar una sirvienta a su mujer.

Iba ya a responderle que una esclava, como ella, era menos que una sirvienta; cuando me acordé de la distinción que ella ya me había establecido entre su posición de *cadine* (dama) y la de *odaleuk*, las destinadas a los trabajos.

- ¿Por qué –retomé yo- tampoco quieres aprender a escribir? Después, muy pronto, te enseñarán a cantar y a bailar; y eso no es trabajo de sirvienta.

- No, pero todo eso forma parte de la ciencia de una *almée*, de una bailarina, y yo prefiero quedarme como estoy.

Ya sabemos del poder de los prejuicios en el espíritu de las mujeres de Europa; pero hay que añadir que la ignorancia y la fuerza de las costumbres, apoyadas en las tradiciones antiguas, convierten esos prejuicios en indestructibles en las mujeres de Oriente. Éstas, consienten dejar sus creencias antes que abandonar las ideas que puedan afectar a su amor propio. Al mismo tiempo, Mme. Carlès me dijo: "Quédese tranquilo; en cuanto se haya convertido al cristianismo, ella misma se dará cuenta de que las mujeres de nuestra religión pueden trabajar sin por ello atentar contra su dignidad, y entonces aprenderá lo que queramos. Ya ha venido muchas veces a la misa del convento de los Capuchinos, y el superior se ha conmovido por su devoción.

- Pero eso no prueba nada, -dije- yo he visto en El Cairo a santones y derviches entrar en las iglesias, bien por curiosidad, bien por escuchar la música, demostrando mucho respeto y recogimiento.

Sobre la mesa, cerca de donde estábamos, había un Nuevo Testamento en francés; abrí maquinalmente el libro y me encontré en la portada con una imagen de Jesucristo, y un poco más allá, la de María. Mientras yo examinaba esos grabados, la esclava se acercó a mí y me dijo, poniendo el dedo sobre el primero: *Aïssé!* (¡Jesús!) –y sobre el segundo-: *Myriam!* (¡María!). Entonces yo, sonriendo, le aproximé a sus labios el libro abierto; pero ella retrocedió con espanto, gritando: *Mafish!* (¡No, no!).

- ¿Por qué retrocedes? –le dije– ¿acaso no honráis vosotros, en vuestra religión, a *Aïssé* como a un profeta, y a *Myriam* como a una de las tres santas mujeres?

- Sí, -dijo ella-; pero ha sido escrito: *No adorarás las imágenes.*

- Como puede ver. –le dije a Mme. Carlès- la conversión no ha avanzado mucho.

- Espere, espere, -me respondió Mme. Carlès.

Desembocadura del Nahr-el-Kalb. Líbano. Grabado. 1867

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.02. EL PRISIONERO

II.02.03. La *akkalé* Salema, una dama espiritual

Me levanté preso de una gran indecisión. En esta situación yo me veía como un padre, pues experimentaba un sentimiento de una naturaleza por así decirlo casi familiar hacia esta pobre muchacha, que como único apoyo solo me tenía a mí. Esto es, por cierto, lo único bueno que tiene la esclavitud tal y como es entendida en Oriente. ¿La idea de la posesión, que tan fuertemente nos ata a objetos materiales y animales, tendrá sobre el espíritu una influencia menos noble e intensa cuando se trata de criaturas parejas a nosotros? No querría aplicar esta idea a los desgraciados esclavos negros de los países cristianos, yo me refiero aquí, tan solo a los esclavos que poseen los musulmanes, y de que su situación está regulada por la religión y las costumbres.

Tomé la mano de la pobre Zeynab, y la miré con tanta ternura que Mme. Carlès sin duda interpretó equivocadamente este gesto.

- Eso es, -dijo-, lo que yo la he intentado hacer comprender: fíjate bien hija mía, si quieres hacerte cristiana, es muy posible que tu amo se case contigo y te lleve a su país.
- ¡Oh!¡Mme. Carlès! –exclamé yo–, ¡no vaya usted tan rápido con su sistema de conversión... ¡menuda idea que se ha hecho usted!.

Ni se me habría ocurrido esa solución... Sí, no cabe duda de que es triste, en el momento de dejar Oriente para volver a Europa, no saber qué hacer con una esclava que hemos comprado; ¡pero de ahí a casarme con ella!, eso sería demasiado cristiano. Mme. Carlès, ¡ni se le ocurra pensar en algo así! Esta mujer tiene ya dieciocho años, lo que para Oriente son ya demasiados años; no le quedan más allá de diez años para conservar su belleza; tras los cuales, yo todavía sería joven, y el esposo de una mujer amarilla, con dos soles tatuados en la frente y en el pecho, y con un agujero en la nariz, para el aro que antes llevaba allí. Además, piense que no es mal parecida vestida a la levantina, pero que estaría espantosa con la moda europea. ¡Me ve usted entrar en un salón acompañado de una belleza de la que se podrían sospechar incluso gustos de antropofagia! Todo esto sería tan ridículo para ella como para mí.

No, la conciencia no me exige eso, ni el afecto me lo aconseja. Sin duda esta esclava me resulta muy querida, pero a fin de cuentas, ha pertenecido antes a otros amos. Le falta educación, y no muestra ninguna voluntad por aprender. ¿Cómo poner a nuestro nivel a una mujer que, aunque no sea ni grosera ni tonta, es desde luego una analfabeta? ¿Comprenderá más adelante la necesidad del estudio y del trabajo? ¿Le podría añadir algo más, Mme. Carlès?: mucho me temo que no sea posible establecer una gran empatía entre dos seres de razas tan diferentes como las nuestras.

Y aun así voy a dejar a esta mujer con pena...

Que explique quien pueda estos sentimientos de indecisión, estas ideas contradictorias que en este momento se entremezclan en mi cerebro. Me levanté, como si tuviera prisa por la hora que era, a fin de evitar darle una respuesta concreta a Mme. Carlès, y pasamos de su habitación a la galería, en donde las niñas seguían estudiando bajo la supervisión de la más mayor, y la esclava se abrazó a su cuello, impidiéndola por ello cubrirse el rostro, tal y como había hecho a mi llegada.

- ¡*Ya makbouba!* (es mi amiga), -exclamó la esclava. Y la joven, dejándose ver por fin, me dejó admirar unos trazos cuya blancura europea se aliaba al puro perfil aquilino que en Asia, al

* Beirut. Líbano. Grabado de Weger, 1850. http://www.antique-prints.de (26-10-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

igual que en nuestras tierras, tiene un no sé qué de realeza. Un aire de orgullo, atemperado por la gracia, extendía por su cara un toque de inteligencia, y su seriedad habitual daba aún más valor a la sonrisa que me dirigió cuando la saludé. Mme. Carlès me dijo:

- Es una pobre muchacha muy interesante; su padre es uno de los sheijs de la montaña. Por desgracia hace poco que lo han cogido preso los turcos. Fue muy imprudente al arriesgarse a bajar a Beirut cuando se produjeron los disturbios, y le metieron en prisión porque no había pagado los impuestos desde 1840. No quería reconocer a las actuales autoridades; por ello se han incautado de sus bienes. Así que viéndose cautivo y abandonado por todos, ha hecho venir a su hija, que solo puede ir a verle una vez al día; el resto del tiempo se queda aquí. La enseño italiano, y ella se encarga de enseñar a las niñas el árabe literal... ya que es una erudita. Entre su pueblo, las mujeres de cierta cuna pueden instruirse e incluso dedicarse a las bellas artes, algo que entre los musulmanes se contempla como señal de una condición inferior.
- Entonces ¿a qué pueblo pertenece? –dije-
- Es de la raza de los drusos, -respondió Mme. Carlès.

Entonces la miré más atentamente, y se dio cuenta de que hablábamos de ella, lo que daba la impresión de que le avergonzaba un poco. La esclava, que estaba medio tendida en el diván a su lado, jugaba con las largas trenzas de su cabello.

Mme. Carlès me dijo:

- Están a gusto juntas; son como el día y la noche. Les divierte charlar entre las dos, porque las otras son más pequeñas. De vez en cuando yo le digo a la vuestra: si al menos tomaras ejemplo de tu amiga, alguna cosa aprenderías... Pero esta esclava solo es buena para andar jugando y cantando todo el día. ¿Qué quiere usted? Cuando se las coge tan tarde, no se puede hacer nada.
- Yo prestaba poca atención a las quejas de la buena de Mme. Carlès, siempre marcadas por su acento provenzal, y al estar muy preocupada por mostrarme que no debía culparla por el poco progreso de la esclava, no se daba cuenta de que en ese momento lo único que me interesaba a mí era obtener información sobre su otra pensionista. Sin embargo no osé descubrir demasiado claramente mi curiosidad; me parecía que no debería abusar de la simplicidad de una buena mujer habituada a recibir a padres de familia, eclesiásticos y otras personas respetables... y que en mí solo veía a un cliente igualmente respetable.

Apoyado sobre la rampa de la galería, con aire pensativo y la frente baja, aprovechaba el tiempo que me regalaba la facundia meridional de la excelente institutriz para admirar el cuadro encantador que se encontraba ante mis ojos. La esclava había cogido de la mano a la otra muchacha, y comparándola con la suya; con una alegría imprevista, continuaba con esa pantomima acercando sus trenzas oscuras a las rubias de su vecina, que sonreía ante ese infantilismo. Estaba claro que la esclava no pensaba que saldría perjudicada con esas comparaciones, y lo único que buscaba era una excusa para jugar y reír con esa naíf predisposición que tienen los orientales; y aun así esa escena para mí presentaba un peligroso encanto, que no tardaría en experimentar.

- Pero, -le dije a Mme. Carlès con el aire de quien se interesa por simple curiosidad-, ¿cómo es que esta pobre muchacha drusa se encuentra en una escuela cristiana?
- En Beirut no existen instituciones conforme al culto que cada cual profese; y nunca se han fundado asilos públicos para mujeres; así que esta joven no podía alojarse respetablemente más que en una residencia como la mía. Además, como usted sabe, los drusos tienen muchas creencias parecidas a las nuestras: admiten la Biblia y Los Evangelios, y rezan sobre las tumbas de nuestros santos.

En esta ocasión no quise seguir preguntando más a Mme. Carlès. Me daba cuenta de que las clases se habían suspendido a causa de mi visita, y las crías sorprendidas parecían charlar

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

entre ellas. Había que devolver a este refugio su tranquilidad habitual; también necesitaba reflexionar sobre todo un mundo de nuevas ideas que acababan de surgir ante mí.

Me despedí de Mme. Carlès y le prometí volver a verla a la mañana siguiente.

Al leer las páginas de este diario, sonríes ¿no es cierto? de mi entusiasmo por una jovencita árabe encontrada al azar en los bancos de una escuela; tú no crees en las pasiones súbitas, y me sabes suficientemente experimentado como para no concebir nuevas pasiones tan a la ligera; sin duda tú culparás en parte al ejercicio, al clima, al lirismo de estos lugares, a los atuendos, a toda esta puesta en escena de cadenas montañosas y del mar, a esas grandes impresiones de recuerdos y de lugares que dan calidez al alma por una ilusión pasajera. Te parecerá, no que estoy enamorado, sino que creo estarlo... ¡como si eso no fuera lo mismo.

He oído a gente muy honorable bromear sobre el amor que se concibe por actrices, por reinas, por mujeres poetas, por todo aquello que, según ellos, agita a la imaginación más que al corazón, y sin embargo, con amores tan locos, se desemboca en el delirio, en la muerte, o en sacrificios increíbles de tiempo, de fortuna o de inteligencia. ¡Ay!, ¡creo que me estoy enamorando!, ¡ay! estaré enfermo, ¿no? ¡Pero, si creo estar enamorado, es que lo estoy!

Te estoy confesando mis emociones; lee todas las historias posibles de amantes, desde los que ha recogido Plutarco hasta *Werther*, y si en nuestro siglo todavía se pueden encontrar algunos, piensa que seguro que tienen más mérito por haber triunfado por todos los medios del análisis que nos presentan la experiencia y la observación. Y ahora, escapemos a las generalidades.

Al dejar la casa de Mme. Carlès, he llevado mi amor como una presa cobrada en la soledad. ¡Qué feliz era de fijarme una idea, un objetivo, una voluntad, algo con lo que soñar, algo que intentar alcanzar! Este país que ha reanimado toda la fuerza e inspiración de mi juventud, sin duda, no me debía menos; ya me había dado cuenta de que al pisar esta tierra maternal, al sumergirme en las veneradas fuentes de la historia y de nuestras creencias, iba a detener el curso de mis años, que tornaría a mi infancia en esta cuna del mundo, aún joven en el seno de esta eterna juventud.

Preocupado por estos pensamientos, he atravesado la ciudad sin percatarme del habitual movimiento de la gente. Buscaba la montaña y la sombra, sentía que la aguja de mi destino había cambiado de orientación de un golpe; tenía que reflexionar largo y tendido y buscar el medio de fijarla en un punto. Al salir de las puertas fortificadas por el lado opuesto al mar, se hallan caminos profundos, sombreados por zarzales y bordeados de frondosos jardines de las casas de campo; más arriba, está el bosque de pinos plantados desde hace dos siglos, para impedir la invasión de las arenas que amenazan el promontorio de Beirut. Los troncos rojizos de esta plantación singular, que se extiende escalonada sobre un espacio de muchas leguas, semejan columnas de un templo erigido a la naturaleza universal, que domina, de un lado la mar, y del otro, el desierto, esas dos caras taciturnas del mundo. Ya había venido yo en otras ocasiones a soñar hasta este lugar, sin un objetivo preciso, sin otro pensamiento que esos vagos problemas filosóficos que siempre se agitan en las mentes desocupadas, en presencia de tales panoramas. Pero de ahora en adelante traería hasta aquí una idea fecunda; ya no me encontraba solo; mi porvenir se dibujaba sobre el luminoso fondo de ese marco: la mujer ideal que todos perseguimos en nuestros sueños se había hecho realidad para mí; todo lo demás estaba olvidado.

No me atrevo a contarte qué vulgar incidente vino a sacarme de estos elevados pensamientos, mientras daba soberbias patadas a la arena roja del sendero. Un insecto enorme lo atravesaba, empujando delante de él una bola más gruesa que él mismo; era un tipo de escarabajo que me recordó a los escarabeos egipcios, que llevan el mundo encima de su cabeza. Ya sabes que soy algo supersticioso, y haces bien en pensar que inmediatamente yo saqué un

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

augurio de esta simbólica intervención trazada a través de mi camino, y volví sobre mis pasos pensando acerca de un obstáculo contra el que tendría que luchar.

A la mañana siguiente, me apresuré a volver adonde Mme. Carlès. Para dar algún pretexto a esta visita tan cercana a la anterior, me fui al bazar para buscar algunos complementos de mujer, un mandil de Brousse, algunos picos de seda trabajada en madejas y festones para adornar un vestido, así como guirnaldas de pequeñas flores artificiales que los levantinos combinan con su peinado.

Una vez hube entregado todo esto a la esclava, Mme. Carlès, viéndome llegar, había hecho entrar en su cuarto a la esclava, que se levantó lanzando gritos de alegría y se fue a la galería para enseñar sus riquezas a su amiga. Yo la seguí para volverla a traer, excusándome con Mme. Carlès de ser la causa de esta locura; pero ya toda la clase se había unido con el mismo sentimiento de admiración, y la joven drusa me dirigió una mirada atenta y sonriente que me llegó al alma. ¿Qué piensa? –me andaba diciendo yo-; sin duda creerá que yo estoy prendado de mi esclava, y que estos detalles son muestras de mi afecto. También puede ser que todo esto sea demasiado brillante para haberlo traído a una escuela; tendría que haber elegido cosas más útiles, por ejemplo unas babuchas, porque las de la pobre Zeynab no son demasiado frescas que digamos. Incluso me percaté de que más me hubiera valido comprarla un vestido nuevo que pasamanería para coser en los suyos. Esa misma observación me hizo Mme. Carlès, que se había unido amablemente al movimiento que este episodio había producido en su clase:

- ¡Haría falta una hermosa ropa para adornarla con detalles tan suntuosos!
- ¿Ves? –dijo a la esclava- si quisieras aprender a coser, el *sidi* (señor) iría al bazar a comprarte de siete a ocho picos de tafetán, y tú podrías hacerte un vestido de gran dama.

Pero era evidente que la esclava hubiera preferido el vestido ya confeccionado.

Me dio la impresión de que la joven drusa echó una mirada bastante triste sobre aquellos adornos, que no estaban hechos para su fortuna, y que tampoco lo estaban para la que la esclava podría esperar de mí; yo los había comprado al azar, sin inquietarme demasiado por su conveniencia o sus posibilidades. Estaba claro que un aderezo de encaje pide un vestido de gasa o de satén; esos eran más o menos los aprietos en los que imprudentemente me había metido. Y encima, yo estaba interpretando el difícil papel de un peculiar hombre rico, presto a mostrar lo que nosotros llamamos un lujo asiático, y que, en Asia, más bien da la idea de un lujo europeo.

Pero me pareció percibir que esta suposición no me era, en general, desfavorable. Por desgracia, las mujeres son un poco igual en todos los países. Y puede que Mme. Carlès me tuviera en más consideración desde entonces, y de ese modo interpretara sólo como una simple curiosidad de viajero las preguntas que le hice sobre la muchacha drusa. Tampoco me costó demasiado hacerla comprender que lo poco que ella me había comentado el primer día, había excitado mi interés por el infortunio del padre.

- Es posible, -dije a la institutriz-, que yo pudiera ser de alguna utilidad para estas personas; conozco a uno de los empleados del pachá; y además, usted sabe que un europeo medianamente conocido tiene influencia sobre los cónsules.
- ¡Oh! sí, hágalo si usted puede, -me dijo Mme. Carlès con su viveza provenzal-, ella bien lo merece y, sin duda, también su padre. Es lo que llaman un *akkal*, un hombre santo, un sabio; y su hija, a la que él ha instruido, ya detenta el mismo título entre los suyos: *akkalé-siti* (dama espiritual).
- Pero eso es tan sólo un sobrenombre, -dije-; ¿no tiene también otro nombre?
- Sí, se llama Salema; el apelativo de akkalé es común a todas la mujeres que pertenecen a su orden religiosa. Pobre niña –añadió Mme. Carlès-, yo he hecho todo lo que he podido por convertirla al cristianismo, pero ella me dice que su religión es la misma cosa; ella cree en todo lo que nosotros creemos, viene a la iglesia como las otras... ¡Y bien! ¿qué quiere usted que le diga? Estas gentes son igual que los turcos; por ejemplo, de vuestra esclava musulmana, me

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

dice que también respeta sus creencias, de forma que yo he terminado por no hablarle más de ello. Aunque por otra parte, ¡cuando se cree en todo, no se cree en nada! Eso es lo que yo digo.

Beirut. Líbano. Grabado de Weger, 1850. http://www.antique-prints.de (26-10-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.02. EL PRISIONERO
II.02.04. El sheij druso

En cuanto abandoné la casa, me encaminé rápidamente al palacio del pachá, debido a las prisas que me habían entrado de serle útil a la joven *akkalé-siti*. Encontré a mi amigo armenio en su lugar de costumbre, en la sala de espera, y le pregunté qué sabía acerca de la detención de un jefe druso encarcelado por no haber pagado los impuestos.

- ¡Oh! si sólo fuera eso, -me dijo-, dudo mucho de que el asunto fuera tan grave, ya que ninguno de los sheijs drusos ha pagado "el miri" (el impuesto) desde hace tres años. Debe ser que a esa falta se ha añadido algún otro delito en particular.

Se fue a buscar algo más de información entre los otros empleados, y al poco volvió para informarme de que al sheij Seïd-Eschérazy se le acusaba de haber hecho prédicas sediciosas entre los suyos.

- Es un hombre peligroso en tiempos de disturbios, añadió el armenio. Además el pachá de Beirut no puede ponerlo en libertad, pues este asunto depende del pachá de Acre.
- ¡Del pachá de Acre!, -exclamé-; ¡pero si es el mismo para el que tengo una carta, el mismo que conocí en París!

Y mostré tal alegría por esta circunstancia, que el armenio pensó que me había vuelto loco. Estaba lejos, desde luego, de sospechar el motivo.

No hay nada que añada más fuerza a un amor recién nacido que las circunstancias inesperadas que, por poco importantes que sean, parecen indicar la acción del destino. Fatalidad o providencia, pero da la impresión de que se nos muestra, bajo la uniforme trama de la vida, cierta línea trazada sobre un patrón invisible que nos indica una ruta a seguir, bajo pena de extraviarnos. Enseguida comencé a imaginarme que siempre había estado escrito el que yo tenía que casarme en Siria; que era la suerte quien había previsto este inmenso acontecimiento, y que para poder llegar a él había sido preciso que se encadenaran mil circunstancias extrañas a lo largo de mi existencia; de las cuales, sin duda, yo exageraba su relación.

Gracias al armenio, obtuve con facilidad un permiso para ir a visitar la prisión del Estado, situada en un grupo de torres que forman parte de la muralla oriental de la ciudad. Me fui con él hasta allí y valiéndome del *bakchis* (propina) que di a la gente de la casa pude hacer que preguntaran al sheij druso si aceptaría recibirme. La curiosidad de los europeos es tan conocida y aceptada por la gente de este país, que mi petición no halló dificultad alguna. Yo esperaba encontrarme con un recinto lúgubre, muros rezumantes de humedad, celdas; pero no había nada parecido en la parte que me mostraron de la prisión. Esta morada se parecía en su totalidad al resto de las mansiones de Beirut, lo que no significa que se haga de ello un elogio; lo único que había de más eran guardianes y soldados.

El sheij, que gozaba de un apartamento completo para él solo, tenía el privilegio de pasearse sobre las terrazas. Nos recibió en una sala que hacía las veces de locutorio, e hizo traer café y unas pipas a un esclavo que tenía a su servicio. Él se abstuvo de fumar, conforme a la costumbre de los *akkals*. Una vez que nos acomodamos y pude observarle con atención, me extrañé de encontrarle tan joven; me pareció que tenía sólo algunos años más que yo. Rasgos nobles y varoniles traducían en el otro sexo la fisonomía de su hija, en tanto que el penetrante timbre de su voz me impresionó sobremanera por el mismo motivo.

* Reunión de sheijs drusos (www.proyectopv.org) 23-10-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Yo había deseado mantener esta entrevista sin habérmelo pensado bien, y ya me empezaba a sentir emocionado e incómodo, más de lo que convenía a un visitante simplemente curioso; la acogida sencilla y confiada del sheij me tranquilizó. Estaba a punto de revelarle a fondo mi pensamiento, pero las palabras que andaba buscando para ello, no hacían más que advertirme de lo extravagante de mi conducta. Así que por esta vez me limité a mantener una charla de turista. Él ya había recibido en su prisión a numerosos ingleses, y estaba acostumbrado a las preguntas acerca de su raza y sobre sí mismo.

Su situación, por otro lado, le hacía bastante paciente y deseoso de conversación y compañía. El conocimiento de la historia de su país me servía sobre todo para probarle que el saber era el único motivo que me guiaba. Sabiendo cuántas dificultades se encontraban para hacer que un druso diera detalles acerca de su religión, yo empleaba esa fórmula semi-interrogativa: ¿Es verdad que...? y entonces desarrollaba las aserciones de Niebuhr, de Volney y de Sacy[1]. El druso asentía con la cabeza, con la prudente reserva de los orientales, y simplemente me decía:

- ¿Cómo?, ¿Eso es así?, ¿Tan sabios son los cristianos?... ¿Cómo habrán podido saber eso? – y otras frases igual de evasivas -.

Pronto vi que ya no se podría sacar mucho más por esta vez. Nuestra conversación fue en italiano, idioma que el sheij hablaba con bastante corrección. Le pedí permiso para volver a verle con objeto de consultarle algunos fragmentos de una historia sobre el emir Fakardín, diciéndole que la estaba estudiando. Yo suponía que el amor propio nacional, al menos, le conduciría a rectificar los hechos poco favorables para su pueblo; pero me equivoqué. Puede que el sheij comprendiera que, en una época en la que Europa tiene tanta influencia sobre los pueblos orientales, convenía abandonar un poco esa pretensión sobre una doctrina secreta que no ha podido resistir a la penetración de nuestros sabios.

- Piense que, -le dije-, en nuestras bibliotecas poseemos un centenar de sus libros religiosos; que todos han sido leídos, traducidos, comentados.
- ¡Grande es nuestro Señor!, -dijo suspirando-.

No creo equivocarme si pienso que esta vez él me tomó por un misionero, pero no dejó traslucir nada en su exterior, y me invitó con presteza a que volviera a verle, si con ello yo encontraba algún placer.

No puedo darte más que un resumen de los encuentros que mantuve con el sheij druso, y durante los que tuvo a bien rectificar las ideas que yo me había formado de su religión basadas en fragmentos de libros árabes, traducidos al azar y comentados por los sabios de Europa. En otro tiempo estas materias eran secretas para los extranjeros, y los drusos[2] guardaban sus libros con cuidado en los lugares más ocultos de sus casas y de sus templos.

---

[1] Se trata de las tres principales fuentes de Nerval sobre la religión de los drusos: **Niebhur**, *Voyage en Arabie* (1776); **Volney**, *L'Alfabet européen appliqué aux langues asiatiques* (1819). Son *Voyage en Egypte et en Syrie pendant les années 83-85* (1787) fue muy leido en el siglo XIX y lo conocía Nerval. **Silvestre de Sacy**, *Exposé de la Religion des Druxes* (1838).

[2] Los drusos se llaman a sí mismos *Ahl al-Tawhīd* 'gente de un solo Dios' (monoteístas). Se discute cuál es el origen del nombre «druso», que se suele atribuir al ismailita Muhammad al-Darazi, muerto en 1021, uno de los primeros profetas de la secta, considerado un hereje por los drusos actuales. Su origen se encuentra a finales del siglo X y principios del XI cuando algunos de sus seguidores consideraron al califa fatimí Al-Hakim como una manifestación de Dios, lo que les apartó de los otros ismailíes. El fundador de la religión fue el persa Hamza ibn Ali ibn Ahmad. Los drusos mantienen en secreto buena parte de los detalles de su fe. No aceptan la poligamia, el tabaco, el alcohol y el consumo de carne de cerdo. La religión drusa no permite el matrimonio mixto con musulmanes, judíos o miembros de ninguna otra religión. Lo han aceptado recientemente al tener problemas de enfermedades genéticas por endogamia. Los drusos no oran en una mezquita y mantienen los principios de su religión en secreto. Están divididos en dos grupos. El grupo interno se llama uqqal, "Iniciados conocedores". Los hombres uqqal usan bigote, se afeitan la cabeza y se visten de negro con turbantes blancos. El grupo externo, llamado juhhal, "los Ignorantes", no tiene permitido el acceso a la literatura sagrada drusa secreta. Entre un 10% y un 20% de los drusos son uqqal. El resto tiende a conformar la dirigencia política y militar drusa y, en general, se distancia de los asuntos religiosos. (http://unsacerdoteentierrasanta.blogspot.com.es/2010/02/los-drusos.html)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Durante las guerras que mantuvieron, bien contra los turcos, bien contra los maronitas, fue cuando se llegó a reunir un gran número de manuscritos y a hacerse una idea del conjunto de su doctrina; pero es imposible que una religión establecida desde hace ocho siglos no haya producido un buen fárrago de disertaciones contradictorias, obra de las diversas sectas y de sus sucesivas fases a lo largo del tiempo. Algunos escritores han visto en este dogma uno de los monumentos más complicados de la extravagancia humana; otros han exaltado la relación que existe entre la religión drusa y la doctrina de los antiguos misterios iniciáticos. A los drusos se les ha comparado, sucesivamente, con los pitagóricos, los essenios, los gnósticos, y también, según parece, con los templarios, los rosa-cruz y los modernos francmasones, que han adoptado gran parte de su ideario. No hay duda de que los escritores de Las Cruzadas con frecuencia les han confundido con los Ismailíes, una de cuyas sectas fue aquella famosa asociación de los Asesinos que, durante un tiempo fue el terror de todos los soberanos del mundo; pero estos últimos ocupan el Kurdestán, y su *sheij-el-djebel*, o *Viejo de la Montaña*, no tiene relación alguna con el *príncipe de la montaña* del Líbano[1].

La particularidad de la religión de los drusos consiste en que pretende ser la última revelada al mundo. En efecto, su mesías apareció hacia el año 1000, cerca de cuatrocientos años después de Mahoma. Como nuestro mesías, él se encarnó en el cuerpo de un hombre; pero escogió bien su envoltura carnal y así pudo llevar la existencia de un dios, incluso sobre la tierra, ya que fue, ni más ni menos, que Comendador de los Creyentes, Califa de Egipto y de Siria, al lado del cual, los otros príncipes de la tierra eran más bien poca cosa en aquel glorioso año 1000. En el momento de su nacimiento todos los planetas se hallaban reunidos bajo el signo de Cáncer, y el brillante *Pharouïs* (Saturno) los presidía en el instante en que el califa vino al mundo. En resumen, que la naturaleza le había proporcionado todo lo necesario para jugar ese papel: tenía el rostro de un león, la voz vibrante y atronadora, y no se podía soportar el resplandor de sus ojos de un azul sombrío.

Parece difícil que un soberano dotado de todas esas ventajas no pudiera hacer creer su palabra de que él era dios. Sin embargo, Hakem no encontró entre su pueblo más que un pequeño número de seguidores. En vano hizo cerrar las mezquitas, las iglesias y las sinagogas, también fue en vano que estableciera casas de conferencias en donde los doctores, a sus expensas, demostraban su divinidad: la conciencia popular rechazaba al dios, aunque respetaba al príncipe. El poderoso heredero de los fatimíes obtuvo menos poder sobre las almas que el que logró en Jerusalén el hijo del carpintero, y en Medina, el camellero Mahoma. Solo el futuro le deparó un pueblo de fieles creyentes que, aunque poco numerosos, se consideran a sí mismos, como en otro tiempo los hebreos, depositarios de la verdadera ley, de la regla eterna, de los arcanos del porvenir. En un tiempo ya próximo, Hakem debe aparecer otra vez bajo una nueva forma y establecer por todas partes la superioridad de su pueblo, que ganará en gloria y poderío a musulmanes y a cristianos. La época fijada en los libros drusos es aquella en la que los cristianos habrán triunfado sobre los musulmanes en todo Oriente.

El califa fatimí Al-Hakim
(http://en.wikipedia.org/wiki/Al-Hakim_bi-Amr_Allah)
23-09-2014

Era sabido de todo el mundo que Lady Stanhope, que vivía en el país de los drusos, y que se vanagloriaba de sus ideas, tenía en su patio un caballo perfectamente enjaezado para el

[1] Marco Polo introdujo en Europa la leyenda del Viejo de la Montaña, un jefe persa que, por medio del hachís, fanatizó a una armada de jóvenes (*hachischins*, etimología de *asesinos*), enteramente devotos a sus órdenes. Silvestre de Sacy (ver la nota anterior) actualiza la leyenda en su *Mémoire sur la dynastie des Assassins et sur l'origine de leur nom* (1809), que tuvo una vasta audiencia en el siglo XIX, particularmente en la literatura del hachís (como en *Histoire de Hakem*, en Beaudelaire, *Les Paradis artificiels*).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Mahdi[1], que es el mismo personaje apocalíptico al que ella esperaba acompañar en su triunfo[2]. También se sabe que esta promesa no pudo llevarse a cabo. No obstante, el futuro caballo del Mahdi, que lleva sobre su dorso una montura natural formada por los repliegues de la piel, aún existe y ha sido adquirido por uno de los sheijs drusos.

¿Tenemos derecho a juzgar que todo esto es una locura? En el fondo no hay ni una religión moderna que no presente conceptos parecidos. Más aún, podemos decir que la creencia

---

[1] ***El Mahdi para los sunníes***.- *Para la parte mayoritaria del islam, los sunníes, el concepto de* Mahdi *tiene una escatología según la cual el Mahdi nacerá én los* Últimos Tiempos, *por lo que no se admite que fuera una persona concreta que ya hubiera existido (a diferencia de los chiíes, para quienes su nombre original fue Muhammad ibn Hasan ibn Ali). El entendimiento sunnita no admite por consiguiente que el* Mahdi *haya ingresado en un período de ocultamiento (clave sin embargo del concepto imamí chía), aunque se coincide en la validez de la profecía (en un hadith atribuido a Mahoma) de que será un descendiente de los* Ahl al-Bayt *(la familia del mismo Mahoma), que en un futuro vendrá, inmediatamente antes del regreso de Jesús, que también esperan los musulmanes, para establecer una sociedad islámica perfecta en la tierra antes del* Yaum al-Qiyamah *(literalmente "Día de la Resurreccoón" o "Día de la Incorporación", equivalente al Día del Juicio Final). También se indica que tendrá una relación especial con los pobres. Hay en la actualidad importantes Shaykhs sunnis que afirman que estamos en la época de la venida del* Mahdi, *incluso algunos afirman haber tenido contacto con el* Mahdi.

El Mahdi para los Chiíes.- El Mahdī para los chiíes, nació en Samarra el año 256 de la Hégira (868) y habría vivido hasta que su padre, el undécimo imán, fue martirizado el día 8 del mes Rabi'al-awwal del año 260 de la Hégira (1 de enero de 874). En ese momento, siendo niño, alegan que "desapareció". Según la creencia chií, viviría desde entonces oculto (Imán oculto), y en un futuro (de debatido pronóstico) habrá de volver como redentor.

El Mahdi para los Ismailíes.- Para la rama Chií de los Septimanos o Ismailíes el Mahdi es fundamental: el origen del ismailismo se remonta a la muerte, en 765, del sexto imán chií y las discusiones a propósito de su sucesión. Dicho imán, Ya'far as-Sadiq, había nombrado sucesor a su primogénito Ismael pero este murió unos años antes que su padre. La parte de la comunidad chií que más adelante formará la rama de los *imaníes* decidió que le sucediera su otro hijo, Musa al-Kazim, como séptimo imán. El grupo llamado después *ismailí*, sin embargo, no admitió la muerte de Ismail y extendieron la creencia de que se había ocultado y que volvería al final de los tiempos como el Mahdi.

Movimientos sociales en torno a la creencia.- Como muchas creencias similares de otros ámbitos culturales (mesianismo entre los judíos, sebastianismo en Portugal, falso Dimitri en Rusia), ésta contiene el componente milenarista que las hace tan populares. Por lo mismo, se han sucedido esporádicamente movimientos sociales y políticos originados por personas que han afirmado ser el Mahdi, no reconocidos mayoritariamente, aunque con diverso impacto temporal o local. Así Muhammad Ahmad Ibn Abd-Allah (1843-1885) dirigió la sublevación de los derviches en el Sudán de finales del siglo XIX. Ocupó Jartún y derrotó al general inglés Gordon (Gordon Bajá), provocando una intervención inglesa que alteró la política exterior del primer ministro Gladstone. Esta revuelta del Mahdī contra ingleses y egipcios fue el origen de la subsiguiente batalla de Omdurmás (1898), con la victoria de Lord Kitchener.

Movimientos religiosos en torno a la creencia.- Diversos líderes religiosos se han autoproclamado como el profetizado Mahdi, aunque en ningún caso con aceptación de la mayoría de la población musulmana, entre ellos se incluyen los quizás más destacados:

- Bahá'ulláh, iraní fundador del bahaísmo (también aseguró ser el mesías judío, la segunda venida de Jesús, el Avatar Kalki hindú y el Buda Maitreya, es decir, la figura mesiánica prometida de las religiones mayoritarias del mundo).
- Mirza Ghulam Ahmad, fundador de la Comunidad Ahmadía en Hindustán.
- Dwight York, estadounidense fundador del Nuwaubianismo.

Signos de la venida o regreso del Mahdi.- Una de las razones por las cuales su declaración como Mahdi no fue aceptada generalizadamente es que, según las profecías del islam, el teatro principal de los acontecimientos del Mahdi sería en las ciudades sagradas del islam en lo que hoy es Arabia Saudí, así como en Damasco, lo que no ocurrió en el caso de Muhammad Ahmad Ibn Abd-Allah.

La posibilidad de que esta época sea entendida como la época de la venida del *Mahdi* (para los sunníes) (o, para la versión chií, su regreso) se ha interpretado actualmente en relación con que uno de los signos que habrían de preceder a la venida del *Mahdi* según los hadices sería la presencia militar masiva de tropas cristianas en la península arábiga. Los sheijs sunníes, frecuentemente de afiliación espiritual sufí, que afirman que estamos ante la inminente aparición pública del *Mahdi*, ven allí la posibilidad de un retorno del Califato islámico. Un sheij sufí de ortodoxia sunní que ha sido particularmente enfático en este punto es Sheij Nazim al Haqqani, que ha ofrecido una detallada descripción acerca de la época del Mahdi, con base en los hadices del Profeta del Islam así como a lo que vendría a ser el depósito de conocimiento tradicional de la tariqa de la que forma parte. La afirmación le ha valido algunas críticas, si bien su reputación en el círculo de otros sheijs sufíes por lo general ha permanecido como bien considerada, y en los últimos años han surgido otros sheijs que afirman algo parecido a pesar de proceder de tendencias muy distintas entre sí.

[2] **Lady Esther Stanhope**: Empujada por su gusto por la acción y secretas ambiciones políticas, Lady Esther Stanhope (1776-1839) partió hacia Oriente en 1810. Tras años de viaje a través de Siria, se instaló cerca de Saida, en donde, vestida a la oriental, vivió rodeada de sirvientes árabes. Orgullosamente independiente frente a los señores del país, muy preocupada por mantener su prestigio y asombrar a los visitantes con sus excéntricas maneras (ver la descripción que hace Lamartine en su *Voyage en Orient*), Lady Stanhope profesaba una especie de iluminismo en el que se mezclaban el culto del duque de Reichstadt, la creencia en un próximo retorno de Mahoma sobre un caballo ensillado por la naturaleza, y prácticas tomadas de la religión de los drusos o de la astrología árabe. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de los drusos no es más que un sincretismo de todas las religiones y de todas las filosofías anteriores.

Los drusos no reconocen más que a un solo dios, que es Hakem; sólo ese dios, al igual que el Buda de los hindúes, se ha manifestado en el
mundo bajo muchas y diferentes formas. Se ha reencarnado diez veces en distintos lugares de la tierra; primero en la India, más tarde en Persia, en el Yemen, en Túnez y aún en otros sitios. A estas reencarnaciones las llaman *estaciones*.

En el cielo, Hakem se llama *Albar*; tras él vienen cinco ministros, emanaciones directas de la divinidad, cuyos nombres son los de los ángeles Gabriel, Miguel, Israfil, Azariel y Metratón; que simbolizan la Inteligencia, el Alma, la Palabra, el Precedente y el Siguiente; a otros tres ministros, de un grado inferior, se les conoce, en sentido figurado, como la Aplicación, la Obertura y el Fantasma; tienen además nombres de hombres que se aplican a sus diversas encarnaciones, ya que también ellos intervienen de vez en cuando en el gran drama de la vida humana.

De este modo, en el catecismo druso, el ministro principal, llamado Hamza, es el mismo Gabriel, al que se le reconoce que ha aparecido hasta siete veces: se llamaba Schatnil en época de Adán; más tarde Pitágoras, David y Schoaïb. En tiempos de Jesús, él era el mesías auténtico, y se llamaba Eleazar; en tiempos de Mahoma, se le llamaba Salmán-el-Farési, y finalmente, bajo el nombre de Hamza, fue el profeta de Hakem, califa y dios, y auténtico fundador de la religión drusa.

Hete aquí, ciertamente, una creencia en la que el cielo se preocupa constantemente de la humanidad. Las épocas en las que esas potencias intervienen se llaman *revoluciones.* Cada vez que la raza humana se extravía y cae en el olvido profundo de sus deberes, el Ser Supremo y sus ángeles se hacen hombres y, sólo con sus medios humanos, restablecen el orden de las cosas.

En el fondo es siempre la idea cristiana con una intervención más frecuente de la Divinidad, pero la idea cristiana sin Jesús, ya que los drusos suponen que los apóstoles entregaron a los judíos un falso mesías, que puso toda su abnegación en ocultar al otro. El verdadero (Hamza) se encontraba entre los discípulos, bajo el nombre de Eleazar, y no cesó de insuflar sus pensamientos a Jesús, hijo de José. A los evangelistas les llaman *los pilares de la sabiduría*, y la única variante que hacen sobre sus escrituras es que suprimen la adoración de la cruz y el pensamiento de un dios inmolado por los hombres.

Y ahora, por ese sistema de revelaciones religiosas que se suceden de una época a la otra, los drusos admiten también el credo musulmán, pero sin Mahoma. Siempre es Hamza quien, bajo el nombre de Salmán-el-Farési, siembra la nueva palabra. Más tarde, la última encarnación de Hakem y de Hamza vino para coordinar los diversos dogmas revelados al mundo siete veces desde Adán, y que llegan hasta los tiempos de Enoch, Noé, Abraham, Moisés, Pitágoras, Cristo y Mahoma.

Se aprecia que esta doctrina reposa en el fondo sobre una peculiar interpretación de la Biblia, pues nadie podría decir que en toda esta cronología exista alguna divinidad de los idólatras, y Pitágoras es el único personaje que se aleja de la tradición mosaica. Esto puede también explicar cómo esta serie de creencias han podido hacer pasar a los drusos tanto por turcos, como por cristianos.

Hemos contado hasta ocho personajes celestes que intervienen entre la multitud de los hombres, los unos, luchando como el Cristo con la palabra; los otros, con la espada, como los dioses de Homero. También existen necesariamente ángeles de las tinieblas, que juegan un rol totalmente opuesto. Asimismo, en la historia del mundo que describen los drusos, se aprecia que en cada uno de los siete periodos se ofrece el interés de una acción grandiosa, en donde

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

estos eternos enemigos se buscan bajo esa máscara humana, y se reconocen por su superioridad o por su odio.

De modo que el espíritu del mal será alternativamente Iblís o la serpiente; Méthousaël, el rey de la ciudad de los gigantes en la época del diluvio; Nemrod, en tiempos de Abraham; Faraón, en tiempos de Moisés; más tarde sería Antíoco, Herodes y otros monstruosos tiranos, secundados por siniestros acólitos que renacían en las mismas épocas para contrariar al reino del Señor. Según algunas sectas, este regreso ocurre conforme a un ciclo milenario establecido mediante la influencia de ciertos astros; en ese caso, no se tiene en cuenta la época de Mahoma como gran revolución periódica; el drama místico que renueva cada vez la faz del mundo es, tanto el paraíso perdido, como el diluvio; bien sea la huida a Egipto, bien el reinado de Salomón; la misión de Cristo y el reinado de Hakem conforman los dos últimos episodios. Bajo este punto de vista, ahora el Mahdi no podría reaparecer hasta el año 2000.

En toda esta doctrina, no se encuentra ni rastro del pecado original; tampoco hay un paraíso para los justos, ni un infierno para los malvados. Recompensa y expiación tienen lugar en la tierra mediante la reencarnación de las almas en otros cuerpos. Belleza, riqueza, poderío son dones ofrecidos a los elegidos; los infieles son los esclavos, los enfermos, los que sufren. No obstante, una vida pura les puede devolver al rango del que fueron arrojados, y del mismo modo, hacer caer en ese oprobio, al elegido demasiado orgulloso de su prosperidad.

La trasmigración se opera de una forma bastante sencilla: el número de hombres es constante y siempre el mismo sobre la tierra. A cada segundo, muere uno y nace otro; el alma que huye es atraída magnéticamente por el destello del cuerpo que se forma, y la influencia de los astros regula providencialmente este cambio de destinos; pero los hombres no tienen, al contrario que los espíritus celestes, conciencia de sus migraciones[1]. Sin embargo, los fieles pueden, elevándose a través de los nueve grados de la iniciación, llegar poco a poco al conocimiento de todas las cosas y al de ellos mismos. Es la bienaventuranza reservada a los akkals (espirituales), y todos los drusos pueden llegar a ese rango mediante el estudio y la virtud. En cambio, quienes únicamente siguen la ley sin buscar la sabiduría, se llaman *djahels*, es decir ignorantes. Aunque conservan siempre la posibilidad de elevarse en otra vida y purificar sus almas demasiado atadas a lo material.

Y en cuanto a los cristianos, judíos, mahometanos e idólatras, se entiende bastante bien que consideren inferiores a todas estas religiones. Sin embargo, hay que reconocer en honor a la religión drusa, que es la única que no condena a sus enemigos a las penas eternas. Cuando el Mesías haya aparecido de nuevo, los drusos serán elevados a los más altos cargos: realezas, gobiernos y propiedades de la tierra, conforme a sus méritos, y los otros pueblos pasarán al estado de sirvientes, esclavos y obreros; en fin, que se convertirán en vulgar plebe. El sheij me aseguró a este respecto, que los cristianos no serían los peor tratados. Esperemos entonces que los drusos sean buenos amos.

Todos estos detalles me interesaron de tal manera, que quise conocer la vida de aquel ilustre Hakem, que los historiadores describieron como un loco furioso, mitad Nerón, mitad Heliogábalo[2]. Intuía que el punto de vista de los drusos acerca de este personaje debía ser totalmente diferente.

---

[1] Mismas teorías, asumidas por el narrador, en *Aurelia* II, 6.

[2] **Heliogábalo** (Emesa, Siria, c. 203 – Roma, 11 de marzo de 222) fue un emperador romano de la dinastía Severa que reinó desde el año 218 hasta el 222. Su nombre de nacimiento era **Vario Avito Bassiano**, hijo de Julia Soemia y Sexto Vario Marcelo, y en su juventud sirvió como sacerdote del dios El-Gabal en su ciudad natal, Emesa. Al convertirse en emperador tomó el nombre de **Marco Aurelio Antonino Augusto**, y sólo fue conocido como *Heliogábalo* mucho tiempo después de su muerte. En 217, el emperador Caracalla fue asesinado y reemplazado por su prefecto del pretorio, Marco Opelio Macrino. La tía materna de Caracalla, Julia Mesa, promovió con éxito una revuelta entre la *Legio III Gallica* para conseguir que su nieto mayor, Heliogábalo, fuera declarado emperador en su lugar. Macrino fue derrotado el 8 de junio de 218, en la Batalla de Antioquía, con lo cual Heliogábalo, de apenas catorce años de edad, ascendió al trono imperial y comenzó un reinado marcado por la polémica. Durante su mandato, Heliogábalo ignoró las tradiciones religiosas y los tabúes sexuales de Roma. Reemplazó

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

El buen sheij no se quejaba demasiado de mis frecuentes visitas; y además, sabía que yo podría serle útil ante el pachá de Acre. Así que con mucho gusto quiso contarme, con toda la pompa romanesca del genio árabe, esta historia de Hakem, que voy a transcribir tal y como él me la contó. En Oriente todo se convierte en un cuento; aunque los hechos principales de esta historia están fundados en tradiciones auténticas; y no me ha disgustado, tras haber observado y estudiado el Cairo moderno, encontrar recuerdos del antiguo Cairo, conservados en Siria entre las familias exiliadas de Egipto hace ochocientos años.

Mezquita de Hakem. El Cairo
lerparacrer.wordpress.com
23-09-2014

al dios Júpiter, cabeza del panteón romano, por un nuevo dios de carácter menor, *Deus Sol Invictus*, y obligó a miembros destacados del gobierno de Roma a participar en los ritos religiosos en honor de esta deidad, que él dirigía personalmente. Se casó hasta cinco veces y se dice que otorgó favores a personas que se creía pudieran ser sus amantes homosexuales, hasta el punto de que se le acusó de haberse prostituido él mismo en el palacio imperial. Su comportamiento provocó el rechazo de la Guardia Pretoriana, el Senado romano y el pueblo de Roma. En medio de una creciente oposición, Heliogábalo, de sólo 18 años de edad, fue asesinado y reemplazado por su primo, Alejandro Severo el 11 de marzo de 222, en un complot tramado por su abuela, Julia Mesa, y por miembros de la Guardia Pretoriana. Heliogábalo desarrolló entre sus contemporáneos una reputación de excentricidad, decadencia y fanatismo que fue probablemente exagerada por sus sucesores y rivales políticos. Esta propaganda trascendió posteriormente y, como resultado de ello, Heliogábalo es uno de los emperadores romanos más vilipendiados por los historiadores antiguos. Por ejemplo, Edward Gibbon escribió que Heliogábalo "se abandonó a los placeres más groseros y a una furia sin control." B. G. Niebuhr consideró que el nombre de Heliogábalo quedaba grabado en la historia por encima de otros debido a su "indescriptiblemente desagradable vida". (http://es.wikipedia.org/wiki/Heliog%C3%A1balo)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.03. HISTORIA DEL CALIFA HAKEM

II.03.01. El hachís

Sobre la orilla derecha del Nilo, a cierta distancia del puerto del Fostat, en donde se encuentran las ruinas del viejo Cairo y no lejos de la montaña del Mokatam, que domina la ciudad nueva, había, poco después del año 1.000 de la era cristiana, en el siglo IV de la Hégira musulmana, una aldea habitada en su mayor parte por gente de la secta de los Sabeos[1].

Desde las últimas casas que bordean el río se gozaba de una hermosa vista; el Nilo envuelve con la caricia de sus olas la isla de Roda, y es como una esclava que sostuviera entre sus brazos una cesta de flores. En la otra orilla se percibe Gizeh, y por la tarde, cuando acaba de ocultarse el sol, los gigantescos triángulos de las pirámides desgarran la franja de bruma violeta del poniente. Las copas de las palmeras *dum*, de los sicomoros y las chumberas destacan en negro sobre la claridad del fondo. Rebaños de búfalos parecen guardar desde lejos la esfinge, sentada en la llanura como un perro alerta, y descienden en vastas manadas hasta el abrevadero, mientras las luces de los pescadores clavan sus estrellas de oro en la sombra opaca de la ribera.

En la aldea de los Sabeos[2], justo en el lugar en que se podía disfrutar mejor de esas vistas, había un *okel* de blancas murallas, rodeado de algarrobos, cuyos bancales sumergían sus raíces en el agua, y adonde todas las noches los bateleros que descendían o remontaban el Nilo podían ver titilar sus lamparillas nadando en charcos de aceite.

A través de los vanos de las arquerías, cualquier curioso que se hubiera colocado en una barcaza en medio del río, habría distinguido fácilmente en el interior del *okel* a los que iban de paso y a los habituales, sentados ante pequeñas mesas, sobre cajones de madera de palma o escaños cubiertos de esteras, y es posible que se hubiera extrañado de su raro aspecto. Sus gestos extravagantes, seguidos de una estúpida inmovilidad; risas insensatas y gritos inarticulados que se escapaban por momentos de su pecho, le habrían permitido adivinar rápidamente que se trataba de uno de esos lugares en donde, desafiando las prohibiciones, iban los infieles a emborracharse con vino, *buza* (cerveza) o hachís.

Una tarde, una barca bogada con la certeza que da el conocimiento del lugar, vino a abordar a la sombra de la terraza, al pie de una escalera cuyos primeros peldaños besaba el agua. Un joven de buen aspecto bajó de ella; parecía un pescador, y subiendo los escalones con

---

[1] Los Sabeos podrían ser cristianos. Aunque se trata más bien de una secta pagana que rendía culto a Hermes y Agathodaemon (nombre griego de una divinidad egipcia asimilada al Nilo y, con Hermes, autoridad invocada por los alquimistas).

[2] "El sabeísmo es una antigua religión de la Península Arábiga preislámica surgida en la región de Saba (actual Yemen) en el sur. El sabeísmo era una religión que rendía culto a los astros, especialmente al Sol y a la Luna, aunque afirmaba adorar a un solo Dios denominado Alá Taala, asistido por siete ángeles que custodiaban el firmamento llamados al-Illat. Cada tribu sabea rendía culto a diferentes deidades planetarias como el Sol, la Luna, Júpiter, Mercurio y Venus (que tenía un templo en Sanaa). También creían en espíritus totémicos de cada tribu y en los djins. Sus profetas eran Sabi y Henoc, y rendían culto haciendo tres oraciones diarias hacia el sur o hacia el astro de su propia tribu. Los sabeos también aducían que su religión era la verdadera religión practicada por Noé antes de que fuera alterada, y practicaban el bautismo igual que sus primos mandeos. En la Kaaba, el altar de La Meca, habían muchos ídolos sabeos que fueron destruidos tras la conquista islámica de la ciudad. Los sabeos se dispersaron por todo el Medio Oriente e incluso se afirma (especialmente por parte de la Fe Bahai) que esta era la religión de Abraham antes de su conversión al monoteísmo. Mahoma estableció la tolerancia hacia la "*Gente del Libro*" en el Corán, aduciendo que estos eran los judíos, cristianos y sabeos (es decir las religiones monoteístas), los cuales tenían derecho a practicar su credo aunque pagando un impuesto. Los teólogos musulmanes tuvieron siempre dudas sobre la identidad exacta de los sabeos, y el estatus de Gente del Libro fue asignado tanto a los practicantes del sabeísmo como a los mandeos y los zoroastrianos. Sin embargo, a diferencia de los mandeos y zoroastrianos que se mantuvieron ininterrumpidamente, los sabeos antiguos desaparecieron gradualmente siendo absorbidos por el Islam". Fragmento del artículo escrito por Édouard Schuré (1841-1929) y recogido en: http://oldcivilizations.wordpress.com/

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

paso firme y rápido, se sentó en una esquina de la sala, en un lugar que parecía ser el suyo. Nadie prestó atención a su llegada; era evidente que se trataba de un parroquiano habitual.

Al mismo tiempo, por la puerta opuesta, es decir, la que daba a tierra, entraba un hombre vestido con una túnica de lana negra; llevaba, contra la costumbre, el cabello largo bajo un *takieh* (bonete blanco).

Su inopinada aparición causó alguna sorpresa. Se sentó en un rincón a la sombra, pero muy pronto, una vez que la embriaguez generalizada siguió su curso, nadie le prestó atención. Aunque su ropa era miserable, el recién llegado no reflejaba en su cara la inquieta humildad de la pobreza. Sus rasgos, firmemente dibujados, recordaban las líneas severas de una máscara leonina. Sus ojos, de un azul sombrío como el del zafiro, mostraban un poder indefinible; que a la vez asustaba y hechizaba.

Yusuf, ese era el nombre del joven que había llegado en la barquichuela, sintió enseguida en su corazón una simpatía secreta hacia el desconocido en el que se había fijado por su inusual presencia. Al no haber comenzado aún a tomar parte en la orgía, se acercó hasta el diván en el que se había acuclillado el extranjero.

"Hermano, -dijo Yusuf-, pareces fatigado; ¿vienes de lejos?, ¿quieres tomar algún refresco?

− En efecto, he recorrido un largo camino, respondió el extranjero. He entrado en este *okel* para descansar; pero ¿qué podría yo beber aquí, en donde no se sirven más que brebajes prohibidos?

− Vosotros, los otros musulmanes, no osáis mojaros los labios más que con agua pura; pero nosotros, que somos de la secta de los Sabeos, podemos, sin ofender nuestra ley, desinhibirnos con la generosa sangre de la viña o el rubio licor de la cebada.

− Pues siendo así, ¿cómo es que todavía no veo ante ti ninguna bebida fermentada?

− ¡Oh! Hace mucho tiempo que he despreciado su grosera embriaguez, -dijo Yusuf haciendo una señal a un negro que puso sobre la mesa dos pequeñas tazas de vidrio envueltas en filigrana de plata y una caja repleta de una pasta verdosa en la que se sumergía una espátula de marfil. Esta caja contiene el paraíso prometido por tu profeta a sus creyentes, y si tú no fueras tan escrupuloso, yo te colocaría en una hora en brazos de las huríes sin hacerte pasar por el puente de Al-Sirat[1], -continuó riéndose Yusuf.

− Pero esta pasta es de hachís, si no me equivoco, -respondió el extranjero rechazando la taza en la que Yusuf había puesto una porción de la fantástica mixtura-, y el hachís está prohibido.

− Todo lo que es agradable está prohibido, -dijo Yusuf tomando una primera cucharadita.

El extranjero clavó en él sus pupilas azul oscuro; la piel de su frente se contrajo en unas arrugas tan violentas, que su cabello seguía sus ondulaciones; hubo un momento en que bien se hubiera dicho que quería arrojarse contra el despreocupado joven y hacerle pedazos; pero se contuvo, distendió su semblante y, cambiando de pronto de opinión, alargó la mano, tomó la taza, y se puso a degustar lentamente aquella pasta verde.

Al cabo de algunos minutos, los efectos del hachís comenzaron a hacerse sentir sobre Yusuf y sobre el extranjero; un dulce sopor se extendió por todos sus miembros, una vaga sonrisa revoloteaba en sus labios. Y aunque apenas llevaban juntos media hora, les parecía que se conocían desde hacía mil años. Cuando la droga les afectó con más intensidad, comenzaron a reír, agitarse y a hablar con extrema volubilidad; sobre todo el extranjero que, estricto

[1] El puente de Al-Serat, más fino que un cabello y más estrecho que el filo de una espada, franquea tanto las puertas del infierno, en donde caen los malvados, como las que conducen a los buenos al paraíso. (GR)
(GR es la abreviatura que llevarán las notas recogidas de la excelente edición del "Voyage en Orient" hecha por Gilbert Rouger)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

observante de las prohibiciones de su fe, jamás había tomado ese preparado y notaba vivamente sus efectos. Parecía preso de una exaltación extraordinaria; enjambres de nuevos pensamientos, inauditos, inconcebibles, atravesaban su alma en torbellinos de fuego; sus ojos brillaban como iluminados interiormente por el reflejo de un mundo desconocido, una dignidad sobrehumana le mantenía erguido, después, la visión se extinguía, y él se dejaba llevar con indolencia por todas las bienaventuranzas del kif[1].

- ¡Bueno! compañero, -dijo Yusuf, embargado en esa intermitencia de la embriaguez de lo desconocido-, ¿qué te parece esta honrada confitura de pistachos? ¿Continuarás ahora anatematizando a la buena gente que se reúne en un salón para ser feliz a su manera?

- El hachís nos asemeja a Dios[2], -respondió el extranjero con una voz lenta y profunda.

- Sí, -replicó Yusuf con entusiasmo-; los bebedores de agua sólo conocen la apariencia grosera y material de las cosas; la embriaguez, turba los ojos del cuerpo, pero aclara los del alma; el espíritu, separado de la carne, su pesada carcelera, huye como un prisionero cuyo guardián se ha dormido, dejando la llave de la puerta de la celda; fluye gozoso y libre por el espacio y la luz, conversando tranquilamente con los genios que encuentra y que le deslumbran con revelaciones espontáneas y cautivadoras; atraviesa en un fácil aleteo atmósferas de una dicha indescriptible, y todo ello en el espacio de un minuto que parece eterno, tal es la rapidez con la que allí se suceden esas sensaciones. Yo, tengo un sueño que se repite sin cesar, siempre el mismo y siempre con variaciones: cuando me retiro en mi barca, vacilante ante el esplendor de mis visiones, cerrando las pupilas a ese chorro perpetuo de jacintos, carbunclos, esmeraldas, rubíes, que forman el fondo sobre el que el hachís dibuja fantasías maravillosas..., como en el seno del infinito, percibo una figura celestial, más bella que todas las creaciones de los poetas, que me sonríe con una dulzura penetrante, y desciende de los cielos para llegar hasta mí. ¿Es un ángel, un genio? No lo sé. Se sienta a mi lado en la barca, cuya basta madera se convierte de pronto en nácar perlado y flota sobre un río de plata, empujada por una brisa cargada de perfumes.

− ¡Feliz y singular visión! –murmuró el extranjero moviendo la cabeza.

− Eso no es todo, -continuó Yusuf-. Una noche, que tomé una dosis menos fuerte; me desperté de mi embriaguez, mientras mi barca pasaba por uno de los extremos de la isla de Roddah. Una mujer, similar a la de mi sueño, posaba sobre mí sus ojos que, de ser humanos, no habrían poseído aquel resplandor celestial; su velo entreabierto dejaba brillar a los rayos de la luna un ropaje cuajado de piedras preciosas. Mi mano fue al encuentro de la suya; su piel dulce, suave y fresca como pétalo de flor, sus joyas, cuyas cinceladuras me rozaban, me convencieron de que aquello era real.

− ¿Cerca de la isla de Roddah? –se dijo para sí el extranjero con aire meditabundo.

− No había estado soñando, −prosiguió Yusuf sin percatarse del comentario de su improvisado confidente-; el hachís no había hecho otra cosa que desarrollar un recuerdo sepultado en lo más profundo de mi alma, pues aquel divino rostro me resultaba conocido. Por ejemplo, ¿dónde la había visto antes? ¿en qué mundo nos habíamos encontrado? ¿qué existencia anterior nos había puesto en contacto? No lo sabría decir; pero esa extraña aparición, esa aventura tan rara no me causaba sorpresa alguna; me parecía tan natural que esa mujer, que

[1] Gautier, en *Le Hachich* (1843) y en *Le Club des Hachichins* (1846, un año antes de la aparición de *Hakem)* y luego Bodelaire, en *Le Poème du Haschisch*, analizan con más amplitud las diferentes fases de la ensoñación del haschischin.

[2] Esencial para comprender la leyenda de Hakem, este tema es también un leitmotiv de la obra de Nerval, que se declara a sí mismo aquejado de "Théomanie" (carta a Mme. Dumas, 9 de nov. 1841). Ver sobre todo *Aurélia* y M. Jeanneret, *La Lettre perdue*, 2ª parte.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

respondía por completo a mi ideal, se encontrara en mi barca, en medio del Nilo, como si hubiera sido arrojada desde el cáliz de una de esas grandes flores que emergen sobre la superficie de las aguas. Sin pedirle explicación alguna, me arrojé a sus pies, y como al genio de mis sueños, le dediqué todo cuanto el amor en su exaltación habría podido imaginar de más ardiente y sublime; me afloraban palabras de profundo e inmenso significado, expresiones que encerraban universos de pensamientos, frases misteriosas en las que vibraba el eco de mundos desaparecidos. Mi alma se expandía hacia el pasado y hacia el porvenir; el amor que experimentaba, tuve la convicción de haberlo sentido así toda la eternidad.

- A medida que yo hablaba, veía sus grandes ojos iluminarse y lanzar efluvios; sus manos transparentes se extendían hacia mí prolongándose en haces de luz. Me sentía envuelto en una red de llamas, y pasé, muy a mi pesar, de ese duermevela al ensueño. Cuando me pude sacudir el invencible y delicioso torpor que aquejaba mis miembros, ya estaba en la orilla opuesta a Gizeh, recostado en una palmera, y mi esclavo negro dormía tranquilamente al lado de la barquichuela que había dejado sobre la arena. Un resplandor rosa matizaba el horizonte; el día iba a aparecer.
- Ese es un amor que no se parece en absoluto a los amores terrestres, dijo el extranjero sin hacer la menor objeción a lo imposible de lo relatado por Yusuf, ya que el hachís con facilidad vuelve verosímiles los prodigios.
- Esta increíble historia nunca se la he contado a nadie; ¿por qué te la he confiado a ti, que jamás te había visto? Me resulta difícil de explicar. Un misterioso atractivo me arrastra hacia ti. Cuando penetraste en este salón, una voz gritó en el fondo de mi alma: “Helo ahí, por fin.” Tu llegada ha calmado una inquietud secreta que no me dejaba un momento de reposo. Tú eres el que yo esperaba sin saberlo. Mis pensamientos se alzan ante ti, y he tenido que contarte todos los misterios de mi corazón.
- Lo que tu experimentas, -respondió el extranjero- yo también lo siento, y voy a decirte lo que hasta ahora nunca he osado reconocer. Tú vives una pasión imposible, pero yo... yo sufro de una pasión monstruosa; tú amas a un genio; yo, yo amo... te vas a horrorizar... ¡yo amo a mi hermana!, y sin embargo, cosa extraña, no puedo sentir remordimiento alguno por esta inclinación ilegítima; por más que me quiera condenar, me veo absuelto por un misterioso poder que siento dentro de mí. Mi amor nada posee de las impurezas terrenales. No es la voluptuosidad lo que me empuja hacia mi hermana, pues aunque iguala en belleza al fantasma de mis visiones, lo que yo siento es un atractivo indefinible, un afecto profundo como el mar, vasto como el cielo, tal y como podría experimentarlo un dios. La idea de que mi hermana se pudiera unir a un hombre me inspira el mismo disgusto y horror de un sacrilegio; ella posee un algo celestial que adivino tras los velos de la carne. Y a pesar de su nombre humano, ella es la esposa de mi alma divina, la virgen que me fue destinada desde los primeros días de la creación; hay momentos en los que creo adivinar a través de los tiempos y de las tinieblas la apariencia de nuestra secreta filiación. Escenas que suceden antes de la aparición de los hombres sobre la tierra me vuelven a la memoria, y yo me veo bajo las ramas de oro del Edén sentado junto a ella y servido por obedientes espíritus. Si me uniera a otra mujer me expondría a prostituir y disipar el alma del mundo que palpita en mi interior. ¡Por la concentración de nuestras sangres divinas, querría obtener una raza inmortal, un dios definitivo, más poderoso que todos los que hasta ahora se han manifestado bajo diferentes nombres y apariencias!.

Mientras Yusuf y el extranjero intercambiaban estas prolongadas confidencias, los habituales del okel, agitados por la ebriedad, se libraban a extravagantes contorsiones, a insensatas risas, a pasmos de éxtasis, a convulsas danzas; luego, poco a poco, al ir disipándose la fuerza del cannabis, volvían a su calma habitual, yaciendo a lo largo de los divanes en el estado de postración que normalmente sigue a estos excesos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Un hombre de aspecto patriarcal, cuya barba inundaba su larguísima túnica, entró en el okel y avanzó hasta el centro de la sala.

- Hermanos míos, levantaos, -dijo con voz sonora-; acabo de observar el cielo; la hora es favorable para sacrificar ante la esfinge un gallo blanco en honor de Hermes[1] y de Agathodaemon[2].

Los sabeos se levantaron y parecían prestos a seguir a su sacerdote; cuando el extranjero, al escuchar esa propuesta, cambió de color dos o tres veces: sus ojos azules se hicieron negros, terribles arrugas surcaron su rostro, y de su pecho escapó un sordo rugido que hizo temblar de miedo a todos los allí reunidos, como si un auténtico león hubiera caído en medio del okel.

- ¡Impíos!, ¡blasfemos!, ¡brutos inmundos!, ¡adoradores de ídolos! –gritó con voz atronadora-.

Ante esa explosión de cólera, el gentío se quedó estupefacto. El desconocido se había investido de tal aire de autoridad y agitaba los pliegues de su ropaje con tan fieros gestos, que nadie osaba responder a sus injurias.

El viejo se acercó y le dijo:

- Hermano, ¿qué mal encuentras tú en sacrificar un gallo, siguiendo el ritual, a los buenos genios Hermes y Agathodaemon?

Al extranjero, nada más oír esos dos nombres, le rechinaron los dientes.

- Si tú no compartes las creencias de los sabeos, ¿qué has venido a hacer aquí?, ¿eres un sectario de Jesús o de Mahoma?

- ¡Mahoma y Jesús son impostores!, - el desconocido gritó a pleno pulmón aquella blasfemia increíble -.

- Seguro que tú eres un seguidor de la religión de los farsis, veneras al fuego...

- ¡Todo eso no son más que fantasmagorías, irrisiones, mentiras!, -interrumpió el hombre de la túnica negra con redoblada indignación-.

- Entonces tú, ¿a quién adoras?

- ¡Me pregunta que a quién adoro!... ¡yo no adoro a nadie, porque yo soy el mismo dios!, ¡el único, el verdadero, aquel ante el que los otros no son más que sombras!

Ante esa afirmación inconcebible, inaudita, demencial; los sabeos se arrojaron sobre el blasfemo que hubiera salido mal parado de no ser porque Yusuf, cubriéndole con su cuerpo, le arrastró a empujones y reculando hasta la terraza bañada por el Nilo, y eso, a pesar de que el extranjero se debatía y gritaba como un poseso. Rápidamente, Yusuf propinó un vigoroso

[1] En la mitología griega **Hermes** es el dios olímpico mensajero, de las fronteras y los viajeros que las cruzan, de los pastores y las vacadas, de los oradores y el ingenio, de los literatos y poetas, del atletismo, de los pesos y medidas, de los inventos y el comercio en general, de la astucia de los ladrones y los mentirosos. En la mitología romana era denominado como Mercurio. Hijo de Zeus y la pléyade Maya. En la interpretación griega de los dioses egipcios, se lo equipara a Tot. (http://www.twakan.com/numero29/Mitos.htm)

[2] Though he was little noted in Greek mythology (Pausanias conjectured that the name was a mere epithet of Zeus), he was prominent in Greek folk religion; it was customary to drink or pour out a few drops of unmixed wine to honor him in every symposium or formal banquet. In Aristophanes' *Peace*, when War has trapped Peace *Eirene* in a deep pit, Hermes comes to give aid: "Now, oh Greeks! is the moment when, freed of quarrels and fighting, we should rescue sweet *Eirene* and draw her out of this pit... This is the moment to drain a cup in honour of the *Agathos Daimon*." *Agathos Daimon* was the spouse or companion of *Tyche Agathe* "Good Fortune"; Latin, and dialect, Agatha; "Tyche we know at Lebadeia as the wife of the Agathos Daimon, the Good or Rich Spirit." His numinous presence could be represented in art as a serpent or more concretely as a young man bearing a cornucopia and a bowl in one hand, and a poppy and an ear of grain in the other. The **agathodaemon** was later adapted into a general daemon of fortuna, particularly of the continued abundance of a family's good food and drink. In the syncretic of Late Antiquity, Agathodaemon could be bound up with Egyptian bringers of security and good fortune: a gem carved with magic emblems bears the images of Serapis with crocodile, sun-lion and Osiris mummy surrounded by the lion-headed snake Cnum–Agathodaemon–Aion, with Harpocrates on the reverse (http://en.wikipedia.org/wiki/Agathodaemon)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

puntapié a la barca que reposaba en la orilla, mandándola al centro del río. Y en cuanto entraron en la corriente, Yusuf le dijo a su amigo:

- ¿Adónde necesitas que te lleve?
- Allá abajo, a la isla de Roddah, adonde ves brillar aquellas luces, -respondió el extranjero, cuya exaltación se había calmado con el aire nocturno.

Con unos cuantos golpes de remo llegaron a la orilla, y el hombre de la túnica negra, antes de saltar a tierra, dijo a su salvador, ofreciéndole un anillo de antigua factura que se sacó de un dedo:

- Allá donde quiera que me encuentres, solo con que me presentes este anillo, haré lo que tú quieras.

Después se alejó y desapareció bajo los árboles que circundaban el río. Yusuf, para recuperar el tiempo perdido, pues deseaba asistir al sacrificio del gallo, se dispuso a atravesar las aguas del Nilo con doblada energía...

Isla de Roddah (El Cairo)
Antigua fotografía de la isla.
http://www.losviajeros.com/
25-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.03. HISTORIA DEL CALIFA HAKEM
II.03.02. La hambruna

Unos días más tarde el califa salió de su palacio, tal y como tenía por costumbre, para acercarse hasta el observatorio del Mokatam. Todo el mundo estaba habituado a verle salir de vez en cuando y de aquel modo, montado sobre un asno y con un esclavo mudo como única compañía. Suponían que pasaba la noche contemplando los astros, pues le veían volver al despuntar el día de la misma guisa, algo que ni siquiera extrañaba a los sirvientes; pues su padre, Azíz-Billah, y su abuelo, Moëzzeldin, el fundador del Cairo, habían hecho lo mismo, pues ambos eran muy versados en ciencias cabalísticas; pero el califa Hakem, tras observar la disposición de los astros y comprendiendo que ningún peligro le amenazaba de inmediato, se despojaba de su ropa de califa, y se ponía la de su esclavo, que se quedaba en la torre esperándole. Luego se ensuciaba la cara para disimular sus rasgos; descendía hasta la ciudad para mezclarse con el pueblo y así enterarse de secretos, de cuyo conocimiento más adelante se aprovechaba como soberano. Disfrazado de ese modo también hacía tiempo que se había introducido en el *okel* de los sabeos.

En esta ocasión, Hakem bajó hacia la plaza de Rumelieh, el lugar del Cairo en donde la población forma los grupos más animados: se reunían en las tiendas y bajo los árboles para escuchar o recitar cuentos y poemas, mientras consumían bebidas azucaradas, limonadas, y frutos confitados. Los juglares, las bailarinas y los domadores de animales atraían de ordinario alrededor de ellos a una multitud deseosa de distraerse después de los trabajos de la jornada; pero esa tarde, todo había cambiado, el pueblo presentaba el aspecto de una mar tempestuosa de marejadillas y rompientes. Voces siniestras se oían aquí y allá entre el tumulto, y por todas partes resonaban comentarios llenos de amargura. El califa se puso a escuchar y a todos podía oír esta exclamación:

- ¡Los graneros públicos están vacíos!

En efecto, desde hacía algún tiempo, una fuerte hambruna inquietaba a la población; la esperanza de ver llegar pronto el trigo del Alto Egipto había calmado momentáneamente los temores: cada cual administraba lo mejor que podía sus recursos; sin embargo, ese día, con la llegada de una numerosa caravana de Siria, el alimentarse se había convertido en una tarea casi imposible, y una gran muchedumbre, excitada por los extranjeros, se había plantado ante los graneros públicos del viejo Cairo, último recurso ante las grandes hambrunas. El diezmo de cada cosecha se deposita allí, en inmensos cercados formados por anchos muros y construidos antaño por Amru[1]. Por orden del conquistador de Egipto, esos graneros se dejaron sin techo para que los pájaros pudieran tomar de allí su parte, y desde entonces se respetó esa piadosa ordenanza, que normalmente sólo afectaba en una pequeña pérdida a toda la reserva, y a cambio, parecía otorgar bienaventuranza a la ciudad. Pero ese día, cuando el pueblo furioso exigió que se le entregara el grano, los empleados respondieron que habían llegado unas bandadas de pájaros y se habían comido todo. Ante esa respuesta, el pueblo se creyó amenazado por las peores desgracias, y desde ese momento la consternación reinó en todas partes.

- ¿Cómo, -se preguntaba Hakem- no se me había informado de todo esto? ¿Será posible que haya sucedido un prodigio así? Los astros me lo habrían anunciado; además tampoco apa-

* El viejo Cairo. Egipto. Grabado de 1863. Instituto de Hildeburgo. http://www.antique-prints.de (24-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

reció nada anormal en el pentáculo[1] que tracé.

Andaba en estos pensamientos, cuando un viejo, que vestía como los sirios, se le acercó y le dijo:

- Señor, ¿por qué no les das pan?

Hakem levantó extrañado la cabeza, clavó sus ojos de león sobre el extranjero y creyó que aquel hombre le había reconocido bajo su disfraz.

Pero ese hombre era ciego.

- ¡Estás loco!, -dijo Hakem- ¡dirigirte con esas palabras a alguien que no ves y del que sólo has escuchado sus pasos sobre el polvo!
- Todos los hombre son ciegos, -dijo el viejo- frente a Dios.
- Entonces ¿es que te estás dirigiendo a Dios?
- Me dirijo a ti, señor.

Hakem reflexionó durante un instante, y sus pensamientos de nuevo se hicieron confusos como con la embriaguez del hachís.

- Sálvales, -dijo el viejo-, pues sólo tú eres el poder; sólo tú, la vida; tú sólo, la voluntad.
- O sea ¿pero tú te crees que yo puedo crear trigo aquí, sobre la marcha?, -dijo Hakem preso de un ensimismamiento extraño-.
- El sol no puede brillar a través de las nubes, y las disipa lentamente. Las nubes que te cubren con un velo ahora, son el cuerpo al que te has dignado descender, y que sólo puede actuar con la fuerza del hombre. Cada ser acata las leyes de todo lo ordenado por Dios; pero Dios es el único que no obedece a más leyes que a las dictadas por él mismo. El mundo, que ha creado con las artes de la Cábala, se disolvería en un instante, si cometiera falta contra su propia voluntad.
- Ya veo, -dijo el califa esforzándose por razonar- que no eres más que un mendigo que me ha reconocido bajo este disfraz, pero tus zalamerías son groseras. Toma una bolsa de cequíes, y déjame.
- Ignoro, señor, cuál sea tu condición, pues yo sólo veo a través de los ojos del alma. Y en cuanto a ese oro (que me ofrecéis), os diré que yo soy hombre versado en la alquimia y sé cómo hacerlo cuando tengo necesidad; yo doy esta bolsa a tu pueblo. El pan es caro; pero en esta noble ciudad del Cairo, con oro se encuentra de todo.
- Es un nigromante, -se dijo Hakem-.

Mientras tanto, la muchedumbre recogía las piezas de oro que el viejo sirio había esparcido por el suelo, y se precipitó hacia el horno del panadero más cercano. Ese día sólo se daba un *ocque*[2] (dos libras) de pan por cada cequí de oro.

- ¡Ah, con que esas tenemos!, -dijo Hakem-, ¡ahora comprendo! Ese viejo, que viene del país de la sabiduría, me ha reconocido y me ha hablado en alegorías. El califa es la imagen de Dios; así que Dios debe castigar.

Se dirigió hacia la ciudadela, en donde encontró al jefe de la atalaya, Abu-Arús, que estaba al tanto de las escapadas del califa disfrazado. Se hizo seguir por ese oficial y por el verdugo, igual que había hecho en otras circunstancias, bastante aficionado, como la mayoría de los

[1] ...**pentáculo**, **pentalfa**, **pentángulo** y **estrella pitagórica** es una estrella de cinco puntas dibujada con cinco trazos rectos. La palabra *pentagrama* proviene del griego πεντάγραμμον (*pentagrammon*), forma sustantiva de πεντάγραμμος (*pentagrammos*) o πεντέγραμμος (*pentegrammos*), adjetivo que significa "cinco líneas" o "de cinco líneas". También se le denomina *pentalfa* porque su dibujo posee cinco letras A (alfa en griego) y *pentángulo* por poseer 5 ángulos agudos. Quizás conocido por los antiguos mesopotámicos (los sumerios), fue muy considerado por Pitágoras quien observó su relación con el número áureo. La mayoría de los autores opinan que el pentagrama fue primero conocido y estudiado por los babilonios y de allí lo tomaron los pitagóricos, debido a la coincidente asociación del pentágono regular con el *cosmos* u *orden divino*.

[2] **Ocque:** Ponderal griego = 400 dracmas = 1,282 kg. (http://www.fisicanet.com.ar/fisica/unidades/ap18_pesas_y_medidas.php y "Diccionario manual de pesas y medidas". Manuel Avila. 1975.)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

príncipes orientales, a esta suerte de justicia expeditiva; luego se los llevó hasta la casa del panadero que había vendido el pan a peso de oro.

- Aquí tienes a un ladrón, -le dijo al guardián de la ciudadela.
- Entonces, -éste repuso-, ¿hay que clavarle la oreja al postigo de su tienda?
- Sí, -dijo el califa-, pero no antes de haberle cortado la cabeza.

El pueblo, que no esperaba semejante festejo, formó alegremente en medio de la calle un corro, mientras el panadero protestaba en vano declarando su inocencia. El califa, envuelto en una *abbah*[1] negra que había cogido en la ciudadela, parecía ejercer las funciones de un simple cadi[2].

El panadero estaba de rodillas y ya exponía su cuello al verdugo, mientras encomendaba su alma a los ángeles Monkír y Nekír[3]. En ese instante, un hombre joven se abrió paso entre el gentío y se avalanzó hacia Hakem mostrándole un anillo de plata con brillantes. Era Yusuf el sabeo.

- Acordadme, -gritó-, la gracia para este hombre.

Hakem se acordó de la promesa y reconoció a su amigo de las orillas del Nilo. Hizo una señal y el verdugo se alejó del panadero, que se levantó alegremente. Hakem, al oír los murmullos de desaprobación del pueblo, dijo unas palabras al oído del guardián de la ciudadela, que gritó en voz alta:

- La ejecución se suspende hasta mañana a la misma hora. Y ahora, cada panadero deberá proveer de pan a razón de diez *ocques* por un cequí.
- El otro día me di perfecta cuenta, -dijo el Sabeo a Hakem- de que sois un hombre justo, cuando presencié vuestra cólera contra las bebidas prohibidas; pero también este anillo me confiere un derecho que usaré de vez en cuando.
- Hermano mío, habéis dicho la verdad, -respondió el califa abrazándole-. Ahora que mi jornada ha terminado; vayamos a relajarnos con un poco de hachís al okel de los sabeos.

[1] Especie de manto que se pone sobre los hombros, generalmente de color pardo o negro, ribeteado su borde frontal con pasamanería dorada.

[2] Un **cadí** es un juez de los territorios musulmanes, que aplica la sharí'a. La palabra cadí significa juzgar y comparte acepción con caíd, aunque se diferencia en que el caíd además de juzgar podía ejercer de gobernador de la ciudad.
De acuerdo al derecho musulmán, deben basar sus sentencias en la ijma, aconsejados por los ulemas. Si las sentencias no parecen conformes al derecho, se las somete al mufti, que pronuncia en último recurso.
Del cadí se espera el máximo ejemplo de moral y buenas costumbres, al igual que un amplio conocimiento y comprensión del derecho y del Corán. Debe dar con su conducta muestras de valor y ecuanimidad, así como firmeza en sus decisiones.
De la palabra cadí, unida con el prefijo *al* ("el"), provienen las actuales palabras *alcalde* y *alcaide* (http://es.wikipedia.org/wiki/Cad%C3%AD)

[3] Ángeles de la muerte, que piden cuentas de su vida pasada al difunto, para asignarle su lugar, en el infierno o en el paraíso (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.03. HISTORIA DEL CALIFA HAKEM
II.03.03. La dama del reino

Cuando entraron en el okel, Yusuf llevó al dueño a un aparte y le rogó que disculpara a su amigo por la conducta que había mostrado días atrás. Cada cual, -dijo-, tenemos una idea fija durante la borrachera, y en su caso, la suya ¡es la de ser dios! Transmitieron esta explicación a los parroquianos habituales, que se mostraron satisfechos.

Los dos amigos se sentaron en el mismo sitio que el día antes; el negro les trajo la caja que contenía la pasta embriagadora, y cada uno tomó una dosis, que no tardó en producir su efecto; pero el califa, en lugar de abandonarse a las fantasías de la alucinación y extenderse en extravagantes conversaciones, se levantó, como empujado por el brazo de hierro de una idea fija, una inflexible resolución se había instalado sobre sus fuertes rasgos firmemente esculpidos, y, con un tono de voz de una autoridad irresistible, le dijo a Yusuf:

- Hermano, tienes que coger la barca y conducirme al lugar adonde me depositaste ayer en la isla de Roddah, cerca de las terrazas del jardín.

Ante esta inopinada orden, Yusuf sentía errar por sus labios algunas palabras que le era imposible formular, pues le parecía raro abandonar el okel precisamente en el momento en que las beatitudes del hachís clamaban al reposo en los divanes para extenderse a gusto; pero tal era la fuerza de voluntad que brillaba en los ojos del califa, que el joven descendió silenciosamente a su barquichuela. Hakem se sentó en un extremo, cerca de la proa, y Yusuf se dobló sobre los remos. El califa, que durante este corto trayecto había mostrado signos de la exaltación más violenta, saltó a tierra sin esperar siquiera a que la barca se alineara con la orilla, y despidió a su amigo con un gesto real y majestuoso. Yusuf volvió al okel, y el príncipe tomó el camino del palacio.

Entró por una poterna accionando un resorte secreto, y pronto se encontró, tras haber franqueado algunos corredores oscuros, en medio de sus apartamentos. Su aparición sorprendió a sus gentes, habituados a no verle llegar hasta los primeros albores del día. Su fisonomía iluminada y resplandeciente, sus pasos inciertos a la par que rígidos, sus extraños gestos, inspiraron un vago terror a los eunucos; imaginaban que algo extraordinario iba a suceder en el palacio y, quedándose de pie apoyados contra las murallas, la cabeza baja y los brazos cruzados, esperaron el suceso con una ansiedad respetuosa. Sabían de los súbitos prontos de Hakem para administrar justicia; terribles y sin motivo aparente. Todos temblaban, pues ninguno se sentía puro.

Sin embargo Hakem no hizo caer ninguna cabeza. Un pensamiento más profundo le ocupaba enteramente; abandonando las pequeñas pesquisas policiales, se dirigió hacia el apartamento de su hermana, la princesa Setalmúlk, acto contrario a todos los preceptos musulmanes, y echando al portero, penetró en el pequeño salón, con gran espanto de los eunucos y de las doncellas de la princesa, que inmediatamente se velaron el rostro.

Setalmúlk (nombre que significa "la dama del reino" – *sitt' al mulk*) estaba sentada al fondo de una estancia retirada, revestida de azulejos, que guarnecían una alcoba practicada en el espesor de la muralla; el interior de esta sala maravillaba por su magnificencia. La bóveda trabajada con pequeños mocárabes, ofrecía la apariencia de un pastel de miel, o de una gruta con estalactitas por la combinación ingeniosa y sabia de sus ornamentos, en donde el rojo, el verde, el azul y el oro mezclaban sus brillantes tinturas. Mosaicos de vidrio de espléndidas

* ***El Cairo***. Egipto. Grabado de Lechard sobre un dibujo de Gibert. 1853. http://www.antique-prints.de/ (26-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

placas cubrían los muros hasta la altura de un hombre; vanos de arquerías en forma de corazón reposaban graciosas sobre capiteles acampanados en forma de turbante, de los que partían columnillas de mármol. A lo largo de las cornisas, sobre las jambas de las puertas, en los enmarques de las ventanas, discurrían inscripciones de escritura carmática[1], cuyos elegantes caracteres se mezclaban con flores, hojas y volutas de arabescos. En medio de la sala, una fuente de alabastro recibía en su pilón esculpido un borbotón de agua, cuyo chorro de cristal llegaba hasta la bóveda y volvía a caer como una fina lluvia con un sonido argentino.

Ante el rumor causado por la entrada de Hakem, Setalmúlk, inquieta, se levantó y caminó algunos pasos hacia la puerta. Su majestuosa estatura favorecía su porte y resaltaba todos sus atributos, pues la hermana del califa era la princesa más bella del mundo: cejas de un negro aterciopelado, coronaban, con sus arcos perfectos, unos ojos que hacían bajar la mirada como quien hubiera contemplado el sol; su fina nariz, con una ligera curvatura aquilina, indicaba la realeza de su raza, y en su palidez dorada, destacaban las mejillas con dos pequeñas nubes rosadas, su boca, de púrpura resplandeciente, brillaba como una granada llena de perlas.

Los ropajes de Setalmúlk eran de una riqueza inaudita: un cuerno de metal, recubierto de diamantes, sujetaba su velo de gasa salpicada de laminillas de oro; su vestido, mitad de terciopelo verde y mitad encarnado, casi desaparecía bajo los inextricables dibujos de los bordados. En las mangas, en los codos, en el pecho, se formaban nidos de luz de un brillo prodigioso, en el que el oro y la plata entrecruzaban sus resplandores; el cinturón, formado por placas de oro cinceladas y consteladas por enormes botones de rubíes, resbalaba por su talle, en torno a una cintura leve y majestuosa, y se detenía retenida por el opulento contorno de sus caderas. Así vestida, Setalmúlk se parecía a aquellas reinas de imperios desaparecidos, que tuvieron por ancestros a los dioses.

La puerta se abrió violentamente, y Hakem apareció en el umbral. A la vista de su hermano, Setalmúlk no pudo reprimir un grito de sorpresa, no tanto por el hecho insólito de que apareciera allí, sino por el extraño aspecto del califa. En efecto, Hakem parecía no estar animado por el hálito de la vida terrenal. Su palidez reflejaba la luz de otro mundo. Desde luego se trataba del cuerpo del califa, pero poseído por otro espíritu, por otra alma. Sus gestos eran los de un fantasma, semejante a su propio espectro. Se adelantó adonde estaba Setalmúlk, llevado más por su voluntad que por sus movimientos humanos, y cuando estuvo cerca de ella, la envolvió con una mirada tan profunda, tan penetrante, tan intensa, tan cargada de pensamientos, que la princesa se puso a temblar y cruzó los brazos sobre sus senos, como si una mano invisible hubiera desgarrado sus vestidos.

- Setalmúlk, -dijo Hakem-, he pensado durante mucho tiempo en darte un marido; pero ningún hombre es digno de ti. Tu sangre divina no debe sufrir mezcla alguna. Hay que transmitir intacto al porvenir, el tesoro que hemos recibido en el pasado. Soy yo, Hakem, el califa, el señor del cielo y de la tierra, quien será tu esposo: los esponsales se celebrarán dentro de tres días. Tal es mi sagrada voluntad.

Ante esa declaración inesperada, la princesa experimentó tal sobrecogimiento que su respuesta se detuvo en sus labios; Hakem había hablado con tal autoridad, con un dominio tan fascinante, que Setalmúlk sentía que cualquier objeción sería imposible. Sin esperar la respuesta de su hermana, Hakem retrocedió hasta la puerta, para después regresar a su habitación y, vencido por el hachís, cuyo efecto había llegado a su grado más alto, se dejó caer sobre los cojines y se durmió.

Tan pronto como su hermano se marchó, Setalmúlk mandó a buscar al gran visir Argévan, y le contó todo lo que acababa de pasar. Argévan había sido el regente del imperio durante la primera juventud de Hakem, proclamado califa a los once años. El visir en esa época

[1] Escritura árabe redondeada y sin puntos diacríticos. Es un tipo de caligrafía cúfica.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

había tenido en sus manos un poder sin control, y la fuerza de la costumbre hacía que mantuviera las atribuciones de un auténtico soberano; atribuciones, de las que Hakem solo poseía las honoríficas.

Lo que pasó por el espíritu de Argévan, después de la narración que le hizo Setalmúlk sobre la visita nocturna del califa, humanamente no se puede describir; ¿pero quién habría podido sondear los secretos de ese alma profunda?, ¿Habían sido el estudio y la meditación los que habían macerado sus mejillas y ensombrecido su austera mirada?, ¿Eran su firmeza y su voluntad quienes habían trazado sobre las arrugas de su frente la forma siniestra del *tau*[1], signo de los destinos fatales?, esa palidez de máscara inmóvil, que sólo fruncía el ceño en ocasiones, ¿anunciaba únicamente que él era hijo de las llanuras quemadas del Magreb?. El respeto que inspiraba a la población del Cairo, la influencia que tenía sobre los ricos y los poderosos, ¿eran un reconocimiento a la sabiduría y justicia aportadas para la administración del Estado?

Además, sucedía que Setalmúlk, criada por él, le respetaba como si fuera su padre, el anterior califa. Argévan compartía la indignación de la sultana, y solamente dijo:

- ¡Qué desgracia!, ¡qué infortunio para el imperio! El príncipe de los creyentes ha visto su razón oscurecida... Después de la hambruna, el cielo nos golpea con otra plaga. Hay que ordenar plegarias públicas; ¡nuestro señor se ha vuelto loco!
- ¡Que Dios nos proteja!, -exclamó Setalmúlk-.
- Cuando el príncipe de los creyentes se despierte, -añadió el visir-, espero que se le haya pasado ese desvarío, y que pueda presidir, como de costumbre, el gran consejo.

Argévan esperó hasta bien entrado el día a que despertase el califa; pero éste no llamó a sus esclavos hasta muy tarde, y le anunciaron que el salón del *diwán* (el Consejo) estaba ya lleno de doctores, letrados y cadíes. Cuando Hakem entró en la sala, todo el mundo se prosternó según era costumbre, y el visir, levantándose, interrogó con una mirada curiosa el rostro pensativo del Señor.

Ese gesto no se le escapó en absoluto al califa. Le pareció apreciar una especie de ironía glacial dibujada en el rostro de su ministro. Hacía algún tiempo que el príncipe lamentaba haber dejado a sus inferiores que se tomaran demasiadas atribuciones y autoridad, y al querer actuar por sí mismo, se extrañaba de encontrarse siempre con la resistencia de los ulemas, los gobernadores y los administradores; todos devotos de Argévan. Y por eso, y para escapar a esa tutela, y poder juzgar las cosas por sí mismo, Hakem había tomado la decisión de disfrazarse y llevar a cabo sus paseos nocturnos.

El califa, al ver que sólo se andaban ocupando de asuntos sin importancia, detuvo la discusión, y dijo con una voz estridente:

- Hablemos un poco sobre la hambruna; hoy me he jurado a mí mismo que haré cortar la cabeza a todos los panaderos.

Un viejo, sentado en el banco de los ulemas, se levantó y dijo:

- Príncipe de los creyentes, ¿no perdonaste ayer por la noche a uno de ellos?

El tono de esa voz no le resultaba desconocido al califa, que respondió:

- Es verdad, pero le perdoné con la condición de que el pan fuera vendido a razón de diez *ocques* por un cequí.
- Piensa, -dijo el anciano,- que esos desgraciados pagan la harina a diez cequíes el *ardeb*[2]. Mejor es que castigues a quienes se la venden a ese precio.
- ¿Y quiénes son esos?

[1] Sobre el significado mágico de la *tau* masónica, ver la leyenda de Adonirám.
[2] Unidad para medir áridos en numerosos países del Próximo Oriente. En Egipto era una medida estándar, que equivalía a 198 litros aproximadamente.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Los *moultezims*[1], los *cachefs*[2], los *mudhirs*[3], hasta los mismos *ulemas*[4], que han acaparado en sus casas enormes cantidades de trigo.

Un repentino temblor se apoderó de los miembros del consejo y de sus asistentes, todos ellos prohombres del Cairo.

El califa apoyó la cabeza en las manos y reflexionó unos instantes. Argévan, irritado, quiso responder a lo que acababa de decir el anciano ulema, pero la voz tonante de Hakem retumbó en la asamblea:

- Esta tarde, -dijo- a la hora de la plegaria, saldré de mi palacio de Roddah, cruzaré el brazo del Nilo en mi barca y, en la orilla, el jefe de la ciudadela me estará esperando con su verdugo; entonces tomaré la orilla izquierda del *Calísh* (canal), entraré en El Cairo por la puerta Bab-el-Tahla para ir a la mezquita de Rashida. En cada casa de moultezim, de cachef, o de ulema en la que entre, preguntaré si hay trigo, y, en cada casa en la que me digan que no hay, haré colgar o decapitar al propietario.

El visir Argévan no se atrevió a levantar la voz en el consejo tras esas palabras del califa; pero, al ver que se retiraba a sus apartamentos, se precipitó sobre sus pasos, y le dijo:

- ¡Vos no haréis eso, señor!
- ¡Retírate! –le dijo Hakem encolerizado-. ¿Te acuerdas que cuando era niño, tú me llamabas en broma *el lagarto*?... ¡Pues bien! ahora ese lagarto se ha convertido en dragón.

Las calles del Cairo. Egipto
Grabado de E. Challis, 1856
sobre un dibujo de David Roberts.
http://www.antique-prints.de/
26-09-2014

[1] El particular que percibe los derechos de la tierra pagados por los fellahs (campesinos). (GR)
[2] Gobernador provincial.
[3] Gerente, administrador.
[4] Doctor de la ley, teólogo musulmán.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.03. HISTORIA DEL CALIFA HAKEM
II.03.04. El Moristán

Esa misma noche, cuando llegó la hora de la plegaria, Hakem entró en la ciudad por el barrio de los soldados, seguido tan solo por el jefe de la ciudadela y su verdugo: entonces se dieron cuenta de que todas las calles se iluminaban a su paso. La gente del pueblo llevaba velas en la mano para alumbrar la marcha del príncipe y se agrupaban, sobre todo, delante de cada casa de *ulema*, *cachef*, notario o cualquiera de los personajes importantes que habían sido mencionados en la orden (dada por el príncipe). Allá donde entraba, el califa veía grandes cantidades de trigo que al momento ordenaba distribuir entre la muchedumbre, a la vez que se tomaba nota del nombre del propietario.

- Gracias a mi promesa, -les decía-, vuestra cabeza está a salvo; pero aprended desde ahora a no acaparar en vuestra casa tanta cantidad de trigo, bien fuera para vivir en la abundancia, en medio de la miseria generalizada; bien, para revenderlo a peso de oro y así, en pocos días, haceros con todo el tesoro público.

Después de haber visitado de ese modo varias casas, envió oficiales a las otras y se fue a la mezquita Rashída para hacer él también la plegaria, pues era viernes; pero al entrar, su extrañeza fue grande al encontrar el mihrab[1] ya ocupado y ser saludado con estas palabras:

- ¡Que el nombre de Hakem sea glorificado así en la tierra como en los cielos! ¡Loa eterna al Dios viviente!

Pero por muy entusiasmado que estuviera el pueblo con lo que acababa de hacer el califa, esa plegaria inesperada debió indignar a los fieles creyentes; de modo que muchos subieron hasta el púlpito para echar abajo al blasfemo; pero éste se levantó y descendió majestuosamente, haciendo recular a cada paso a los que se habían soliviantado, y atravesó por entre la extrañada multitud, que al verle más de cerca exclamaban: "¡Es un ciego!, la mano de Dios está sobre él." Hakem había reconocido al anciano de Rumelieh, y, como en ese estado de duermevela en el que un acontecimiento insólito une a veces algún hecho material en las circunstancias de un sueño olvidado hasta ese momento; vió, como golpeado por un rayo, mezclarse la doble existencia de su vida con la de sus éxtasis. Sin embargo, su espíritu luchaba todavía contra esa nueva impresión, de suerte que, sin detenerse más tiempo en la mezquita, volvió a montar su caballo y tomó el camino de palacio.

Ordenó que compareciera en su presencia el visir Argévan, pero éste no pudo ser localizado. Como había llegado la hora de ir a Mokatam a consultar a los astros, el califa se dirigió hacia la torre del observatorio y subió a la planta superior, cuya cúpula, descubierta a tramos, indicaba las doce casas astrales. Saturno, el planeta de Hakem, estaba pálido y plomizo, y Marte, que había dado su nombre a la ciudad de El Cairo[2], llameaba con ese resplandor sangriento que anuncia guerra y peligro. Hakem descendió a la primera planta de la torre, en donde se encontraba una tabla cabalística confeccionada por su abuelo Moëzzeldin. En medio de un círculo alrededor del que estaban escritos en caldeo los nombres de todos los países de la tierra, había una estatua de bronce de un caballero armado con una lanza que, de ordinario, mantenía derecha; pero, cuando un pueblo enemigo marchaba contra Egipto, el caballero

---

* ***El Qalaún*** (El Moristán). El Cairo. Egipto. www.flickr.com (26-09-2014)

[1] El mihrāb es generalmente el *lugar* desde el que el imán *dirige* las cinco *oraciones* diarias.

[2] Según Herbelot, *Bibliothèque Orientale*, el fundador de El Cairo colocó a la ciudad bajo el ascendiente de Marte, al que los astrónomos árabes dieron el epíteto de *Caher*, vencedor, conquistador, de suerte que la ciudad fue llamada Al Qáherah, la victoriosa. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

bajaba la lanza en ristre, que se dirigía hacia el país del que provenía el ataque. Hakem vio al caballero vuelto hacia Arabia:

- ¡De nuevo esa raza de los abbasíes!, -exclamó-, ¡esos degenerados hijos de Omar, a los que aplastamos en Bagdad, en su capital! ¡Pero qué me importan ahora esos infieles, teniendo como tengo el rayo en mi mano!

Y aunque seguía soñando más, todavía se daba cuenta de que era un hombre como en el pasado; la alucinación no añadía nada más que la confianza en una fuerza sobrehumana, a su certeza de ser un dios.

- Vamos, -se dijo-, a tomar consejo del éxtasis. Y fue a embriagarse de nuevo con aquella pasta maravillosa, que tal vez fuera la misma que la ambrosía, alimento de los inmortales.

El fiel Yusuf ya había llegado, mirando con ojos de ensueño las aguas del Nilo, monótono y calmo, escasa su crecida hasta tal punto que ya iba anunciando el hambre y la sequía.

- Hermano, -le dijo Hakem- ¿sueñas con tus amores?; entonces dime quién es la dueña de tu corazón, y te juro que tú la tendrás.

- ¡Ni yo mismo lo sé!, -dijo Yusuf-. Desde que el soplo del *jamsín*[1] hace las noches asfixiantes, no he vuelto a encontrar su barca por el Nilo. Preguntarle quién es... ¿me atrevería yo a hacerlo, incluso aunque la volviera a ver? A veces llego a creer que todo esto no es más que una ilusión de esta pérfida hierba, que puede ser que ataque a mi razón... pues ya no se distinguir entre sueño y realidad.

- ¿Tú crees?, -dijo Hakem con inquietud. Luego tras un instante de duda, dijo a su compañero-; ¿y qué más da? Olvidemos aún hoy la vida.

Una vez inmersos en la embriaguez del hachís, sucedía algo extraño, los dos amigos compartían una cierta comunión de ideas y de impresiones. Yusuf se imaginaba con frecuencia que su compañero, lanzándose hacia los cielos y dando una patada al sol indigno de su gloria, le tendía la mano y le arrastraba hacia los espacios en medio de torbellinos de astros y lechosas atmósferas tachonadas de estrellas; pronto Saturno, pálido, pero coronado con un anillo luminoso, crecía y se acercaba, rodeado de siete lunas que arrastraba en su rápido movimiento, y durante ese momento, ¿quién podría decir lo que pasaba al llegar a esa divina patria de los sueños? El lenguaje humano no puede expresar más que sensaciones acordes a nuestra naturaleza; pero cuando los dos amigos conversaban durante este sueño divino, los nombres que se daban no eran nombres terrenales.

En medio de ese éxtasis, llegado al punto en que sus cuerpos tenían la apariencia de dos masas inertes, Hakem, de pronto, se retorció gritando: ¡Iblís!, ¡Iblís! Y en ese mismo

---

[1] El **jamsín** (*jamsīn*, "cincuenta"), también conocido como **jamasín** (*jamāsīn*, "cincuentas") se refiere a un viento local polvoriento, seco y cálido que sopla en el norte de África y la Península arábiga. El jamsín puede ser provocado por depresiones que se mueven hacia el este a lo largo de las partes meridionales del Mediterráneo o a lo largo de la costa de África del Norte desde febrero a junio. En Egipto, el jamsín normalmente llega en abril pero ocasionalmente acontece en marzo y mayo, llevando grandes cantidades de arena y polvo de los desiertos, con una velocidad de hasta 140 kilómetros por hora, y una subida de las temperaturas de hasta 20 °C en dos horas. Se cree que sopla "a intervalos durante alrededor de 50 días", aunque raramente acontece "más de una vez a la semana y dura sólo unas pocas horas cada vez." Un relato del siglo XIX del jamsín en Egipto dice: *Estos vientos, aunque rara vez hacen que el termómetro de Farenheit suba por encima de 95° en el Bajo Egipto, o en el Alto Egipto 105°, son terriblemente opresivos, incluso para los nativos. Cuando la peste visita Egipto, es generalmente en la primavera; y la enfermedad es más severa en el período del jamsín*. El mismo relato cuenta que los musulmanes en Egipto *"calculan el período de jamsín... para comenzar el día inmediatamente posterior al festival copto de lunes de Pascua, y acabar en los Días de Pentecostés; un intervalo de cuarenta y cinco días."* Durante la campaña egipcia de Napoleón, los soldados franceses tuvieron dificultades con el jamsín: cuando la tormenta apareció *"como una mancha sangrienta en el cielo lejano"*, los nativos se fueron a refugiar, mientras que los franceses *"no reaccionaron hasta que fue demasiado tarde, luego tosieron y se desmayaron en los cegadores y sofocantes muros de polvo."* Durante la campaña del norte de África de la Segunda Guerra Mundial, *"las tropas aliadas y las alemanas se vieron en varias ocasiones forzados a detenerse en mitad de la batalla debido a las tormentas de arena causadas por el jamsín... Los granos de arena arremolinados por el viento cegaban a los soldados y creaban perturbaciones eléctricas que hacían inútiles las brújulas."* (http://es.wikipedia.org/wiki/Chamsin) 26-09-2014.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

instante, unos usbecos[1], con el visir Argévan a la cabeza, echaron abajo la puerta del *okel*. Hizo rodear la sala y ordenó apresar a todos aquellos infieles, violadores de las órdenes del califa, que había prohibido el uso del hachís y de las bebidas fermentadas.

- ¡Demonio! – gritó el califa recobrando el sentido y volviendo en sí -, ¡ordené que te buscaran para cortarte la cabeza! ¡Ya me he enterado de que fuiste tú el que organizó la hambruna y repartiste entre tu gente la reserva de los graneros del Estado! ¡De rodillas, ante el príncipe de los creyentes! Comienza a responder, porque terminarás por morir.

Argévan frunció las cejas, y sus ojos sombríos destellaron con una fría sonrisa.

- ¡Al Moristán con ese loco que se cree el califa!, -dijo con desdén dirigiéndose a los guardias.

Y Yusuf, al ver que no iba a poder defender a su amigo, saltó a su barca.

El Moristán[2], que hoy en día está junto a la mezquita de Kalaún[3], era por entonces una vasta prisión, de la que tan solo una parte estaba consagrada a los locos furiosos. El respeto de los orientales por los locos no llegaba al punto de dejar en libertad a los que podrían ser peligrosos.

Hakem, al despertarse a la mañana siguiente en una oscura celda, comprendió de inmediato que no iba a ganar nada con ponerse furioso, ni proclamarse califa con sus ropajes de campesino. De hecho, en el establecimiento, ya había hasta cinco califas, así como un cierto número de dioses, y este último título no era más ventajoso que el otro para aplicárselo. Por lo demás, Hakem estaba bastante convencido, debido a los mil y un esfuerzos hechos durante la noche para romper sus cadenas, que su divinidad, aprisionada en un cuerpo débil, le había dejado, al igual que a la mayor parte de los Budas de la India y otras encarnaciones del ser supremo, abandonado a toda la malicia humana y a las leyes materiales de la fuerza. Incluso recordó que la situación en la que se encontraba no le resultaba novedosa.

- Intentemos, sobre todo, -se dijo a sí mismo- evitar la flagelación. Eso no era fácil, pues por entonces ese era el medio utilizado generalmente contra la incontinencia de imaginación.

Cuando llegó la visita del *hakím* (médico), éste iba acompañado de otro doctor que parecía extranjero. La prudencia de Hakem era tal, que no dejó entrever sorpresa alguna por esta visita, y se limitó a responder que un exceso de hachís había sido la causa de su pasajero desvarío, y que ahora se sentía totalmente normal. El médico consultaba a su colega que le hablaba con gran deferencia. Éste último sacudió la cabeza y dijo que con frecuencia los dementes tenían momentos de lucidez y se hacían poner en libertad con reflexiones de total cordura. No obstante no veía dificultad alguna en que a éste se le permitiera pasearse por los patios.

- ¿También eres tú médico?, -dijo el califa al doctor extranjero.

---

[1] Usbecos: aquí se refiere a soldados llegados de Asia Menor.

[2] The Medieval Islamic historian al-Maqrizi has his own observations regarding the history of the hospital. According to Maqrizi, the hospital was built from the Fatimid palace of Sayyidat al-Mulk, and could be reached from a corridor leading from the madrasa and mausoleum. Large fountains residing within its walls marked the beauty of the interior of the hospital. Within the hospital also stood a large central courtyard measuring 21x33m. http://en.wikipedia.org/wiki/Qalawun_complex

[3] La mezquita de Qalaún en El Cairo comenzó a construirse en 1284 eC, y se terminó en 1285 eC bajo el reinado de Al-Nasir Muhammad, hijo de Qalaun*, en la época de Los Mamelucos. El conjunto formado por la madrasa y el mausoleo de Qalaún está situado al sur de los tres complejos del grandioso Bein al-Qasreen, posee una gran plaza fortificada con ecos de las catedrales europeas, lo que se explica quizá porque más de 300 cristianos de las cruzadas, hechos prisioneros, participaron en su construcción . Los cronistas aseguran que las obras únicamente duraron 13 meses. El complejo de Qalaún también incluye un maristán u hospital, que de acuerdo con el historiador marroquí, Ibn Battuta, que visitó el Cairo en 1325, contenía una gran cantidad de instrumentos médicos y de medicamentos. Se dice que cuando el hospital estaba en funcionamiento llegaba incluso a tratar hasta cuatro mil pacientes al día.
http://egiptopia.com/Madraza+y+Mausoleo+de+Qalaun_30_100_22_498001425_164740_es.html
*Al Mansur Qalawun.- Saif ad-Dīn Qalawun aṣ-Ṣāliḥī (also Qalā'ūn or Kalavun) (*epithet:* al-Malik al-Manṣūr Saif ad-Dīn Qalā'ūn al-Alfi as-Ṣālihī an-Najmī al-ʿAlā'ī (c. 1222 – November 10, 1290) was the seventh Mamluk sultan of Egypt. He was in the Bahri line and ruled Egypt from 1279 to 1290. *The Travels of Ibn Battuta* translated by H.A.R. Gibb

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Es el príncipe de la ciencia, -exclamó el médico de los locos,- es el gran Ibn-Sina (Avicena), que de vuelta de Siria, se ha dignado visitar el Moristán.

El ilustre nombre de Avicena, el sabio doctor, el maestro venerado de la salud y de la vida de los hombres, -y que pasaba también por ser, entre el vulgo, un mago capaz de los mayores prodigios,- causó tan viva impresión en el espíritu del califa, que le abandonó la prudencia y gritó:

- ¡Oh, tú, que me ves aquí, igual que Aïsse (Jesucristo) en otro tiempo, abandonado bajo esta forma y en mi impotencia humana a los manejos del infierno, doblemente ignorado, como califa y como dios, piensa que es preciso que salga de inmediato de esta indigna situación. ¡Si estás conmigo, házmelo saber; pero si no crees en mis palabras, maldito seas!

Avicena no respondió, pero se volvió hacia el médico sacudiendo la cabeza y le dijo:

- ¡Habéis visto!, ya le ha abandonado su cordura; -y añadió-: Por fortuna esas son visiones que no hacen mal a nadie. Siempre dije que el cáñamo con el que se hace la pasta de hachís es la misma hierba que, según Hipócrates, comunicaba a los animales una especie de fobia que les llevaba a precipitarse en el mar. El hachís ya era conocido en tiempos de Salomón: se puede leer la palabra *hachichót* en *El Cantar de los cantares*[1], en donde las virtudes embriagadoras de esta preparación...

Hakem se perdió el resto de la conversación, al alejarse los dos médicos, que iban pasando de un patio a otro. Se quedó solo, abandonado a los sentimientos más contradictorios, dudando de que él fuera dios, dudando incluso de que fuera califa, intentando con dificultad reunir los dispersos fragmentos de sus pensamientos. Aprovechando la relativa libertad que le habían dejado, se acercó a los desgraciados que se hallaban diseminados acá y allá en actitudes bizarras, y, prestando atención a sus cantos y discusiones, sorprendió algunas ideas que le llamaron la atención.

Uno de aquellos insensatos había conseguido, recogiendo varios restos de deshechos, construirse una especie de tiara cuajada de estrellas de trozos de vidrio, y cubriéndose la espalda con unos harapos de brillantes bordados que había confeccionado con trocitos de chatarra:

- Yo soy, -decía- el *Kaïmalzeman* (el jefe del siglo), y en verdad os digo que los tiempos son llegados.
- ¡Mientes!, -decía otro-. Tú no eres el verdadero; tú perteneces a la raza de los *dives* (genios) y lo que quieres es confundirnos.
- Entonces, según tu opinión, ¿quién soy yo?, -respondía el primero.
- ¡Tú no eres otro que Thamurath, el último rey de los genios rebeldes! ¿Ya no te acuerdas del que te venció en la isla de Sérendib[2], y que fue el mismísimo Adán, o sea, yo mismo? Tu lanza y tu escudo aún están colgados sobre mi tumba[3].
- ¡Su tumba! Dijo el otro estallando de risa, jamás se ha podido encontrar en dónde está. Anda dilo.
- Tengo derecho a hablar de mi tumba, pues ya he vivido seis veces entre los hombres y habiendo muerto también otras seis, como es debido; me han construido tumbas magníficas;

[1] Error. La palabra *haschisch* no figura en ninguna parte de la Biblia.

[2] Según Herbelot, *Bibliothèque orientale*, Tahmurath, legendario rey de Persia, fue el vencedor de los *Dives*, que encerró en grutas subterráneas.- Sérendib es la isla de Ceilán adonde, según las tradiciones orientales fue relegado Adán cuando Dios lo expulsó del paraíso terrenal. (GR)

[3] Las tradiciones de los árabes y de los persas suponen que durante largos períodos de años la tierra fue poblada por las llamadas *razas preadamitas*, cuyo primer emperador fue vencido por Adán. A propósito de las razas preadamitas, Nerval explica: "La tierra, antes de pertenecer al hombre, había sido habitado durante setenta mil años por cuatro grandes razas creadas en épocas primitivas, según el Corán, "*de una materia espiritual, sutil y luminosa*". Esos eran los Dives, los Djinns, los Afrites y los Péris, perteneciendo en su origen a los cuatro elementos, como las ondinas, los gnomos, las sílfides y las salamandras de las leyendas del Norte" (capítulo *La légende de Soliman*, en *Appendices* du *Voyage en Orient*, Pléiade). Ver también la leyenda de Adonirám; *Aurélia* I, 7-8. Para las fuentes, ver J. Richer, *Nerval et les doctrines ésotériques*.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

¡pero la tuya sí que será difícil de descubrir, pues vosotros los Dives, sólo vivís en cuerpos muertos!

Los abucheos generalizados que siguieron a aquellas palabras se dirigieron al desgraciado emperador de los Dives, que se levantó furioso, y al que el pretendido Adán le tiró la corona de un manotazo. El otro loco se lanzó sobre él, y la lucha entre ambos enemigos se hubiera vuelto a producir tras cinco mil años (según sus cuentas) si no hubiera sido porque uno de los guardias los separó a latigazos, distribuidos, hay que reconocerlo, con total ecuanimidad.

Nos podríamos preguntar por qué Hakem estaba tan interesado en escuchar aquellas conversaciones de locos con tanta atención; discursos que a veces provocaba él mismo incitándoles con algunas palabras. Único cuerdo en medio de aquellas inteligencias trastornadas, Hakem se sumergía en silencio en todo un mundo de recuerdos. Por un efecto particular, resultado quizá de su austera actitud, los locos parecían respetarle, y ninguno se atrevía a levantar la mirada ante su rostro; y sin embargo había algo que les impulsaba a agruparse en torno a él, como las plantas que, en las últimas horas de la noche, se vuelven hacia la luz ya ausente.

Si los mortales no pueden concebir por sí mismos lo que pasa en el alma de un hombre que de pronto se siente profeta, o de un mortal que se siente dios, la fábula y la historia al menos, les han permitido plantearse algunas dudas. Ciertas angustias deben producirse en esas naturalezas divinas en el incierto momento en que la inteligencia se desprende de los pasajeros lazos de la reencarnación. Hakem llegaba por momentos a dudar de sí mismo, como el Hijo del Hombre en el Monte de los Olivos, y lo que más atormentaba a su aturdido pensamiento era si la causante de todo ello era una hierba del campo capaz de provocar tales prodigios.

- Es cierto y está probado –se dijo Hakem- que un simple gusano fue más fuerte que Salomón, al perforar y quebrar por la mitad el báculo sobre el que se apoyaba el príncipe de los genios[1]; pero ¿qué era Salomón comparado conmigo, el auténtico Albar (el Eterno)?

Mausoleo de Qalaún (El Moristán)
© 2003 Greg Reeder
www.egyptology.com
26-09-2014

[1] Esta leyenda, tomada del Corán, 34, *Azora de Saba*, re vuelve a mencionar en la historia de Adoniram.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.03. HISTORIA DEL CALIFA HAKEM

II.03.05. El incendio del Cairo

Por una extraña broma, cuya idea sólo podía haber sido concebida por el espíritu del mal, sucedió que un día el Moristán recibió la visita de la sultana Setalmúlk que venía, conforme a las costumbres de la familia real, a aportar socorro y consuelo a los prisioneros. Tras haber visitado la parte consagrada a los criminales, quiso también recorrer el asilo de los locos. La sultana iba velada, pero Hakem reconoció su voz y no pudo reprimir su furor al ver cerca de ella al ministro Argévan que, sonriente y tranquilo, le hacía los honores del lugar.

- Aquí están –decía-, los desgraciados que se abandonan a mil extravagancias. El uno se dice príncipe de los genios, otro, pretende ser el mismísimo Adán en persona; pero el más ambicioso, es el que veis allí, cuyo parecido con el califa, vuestro hermano es increíble.
- En efecto, es extraordinario, dijo Setalmúlk.
- ¡Pues bien!, -continuó Argévan-, únicamente ese parecido ha sido la causa de su desgracia. A fuerza de escuchar que era la viva imagen del califa[1], se ha figurado que lo era, y no contento con esta idea, ha pretendido también ser dios. Es simplemente un miserable campesino que se ha regalado el espíritu como tantos otros por el abuso de esas sustancias alucinógenas... pero sería interesante ver lo que diría en presencia del califa en persona...
- ¡Miserable! -exclamó Hakem-, ¿así que has creado un fantasma que se me parece y ocupa mi lugar?

Se detuvo, al notar de pronto que su prudencia le abandonaba y podría suceder que expusiera su vida a nuevos peligros; por suerte el ruido que hacían los locos impidió que oyeran sus palabras.

Todos aquellos desgraciados colmaban a Argévan de insultos, y, sobre todo, el rey de los Dives le lanzaba desafíos terribles.

- ¡Puedes estar tranquilo!, -le gritó-, espera tan solo a que yo me muera; entonces nos encontraremos en el más allá...

Argévan se encogió de hombros y salió con la sultana.

Hakem ni siquiera intentó invocar los recuerdos de la sultana. Reflexionando, vio lo bien tramada que estaba la conspiración como para esperar deshacerla de un golpe. O realmente él había sido suplantado en provecho de algún impostor, o su hermana y su ministro se habían confabulado para darle una lección de sabiduría haciéndole pasar unos días en el Moristán. Puede que quisieran aprovecharse más delante de la notoriedad que resultaría de esa situación para hacerse con el poder y mantenerle a él bajo su tutela. Sin duda que había algo de eso. Otra cosa que también le daba en qué pensar es que la sultana, al abandonar el Moristán, prometió al imán de la mezquita consagrar una considerable suma de dinero para agrandar y reedificar con magnificencia el espacio dedicado a los locos, -hasta tal punto-, decía ella-, que sus salas parecieran dignas de un califa[2].

Hakem, cuando se fueron su hermana y su ministro, dijo únicamente:

- ¡Era necesario que esto sucediera! Y retomó su manera de vivir, sin desmentir la dulzura y la paciencia de las que hasta entonces había dado pruebas. Únicamente charlaba largo y tendido con aquellos compañeros de infortunio que tenían momentos de lucidez, así como

---

* Mezquita de Amru. El Cairo. Egipto. Dibujo de K. Girardet, grabado por J. Quartlev. 1860. http://www.antique-prints.de/ (26-09-2014)

[1] Situación análoga en *Le Roi de Bicêtre (Les Illuminés).*

[2] En efecto, fue después, cuando se construyó el actual edificio, uno de los más suntuosos de El Cairo.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

con los otros inquilinos del Moristán que venían con frecuencia hasta las rejas que separaban los patios, para divertirse con las extravagancias de sus vecinos. Hakem les acogía entonces con tales palabras, que aquellos desgraciados se arremolinaban durante horas, teniéndole por un iluminado (*melbús*). ¿No es cosa extraña que la palabra divina encuentre siempre sus primeros fieles entre los miserables? Del mismo modo, mil años atrás, el Mesías veía su auditorio compuesto sobre todo por gentes de mal vivir, menesterosos y publicanos.

El califa, una vez que se hizo con su confianza, les llamaba uno tras otro, haciéndoles que le contaran sus vidas, las circunstancias en que habían cometido los delitos o los crímenes, y buscaba profundamente en los primeros motivos de esos desórdenes: ignorancia y miseria, eso es lo que encontraba en el fondo de todo aquello. Esos hombres también le contaban los misterios de la vida en la sociedad, las maniobras de los usureros, de los monopolistas, de los jueces, de los jefes de las corporaciones, de los recaudadores de impuestos, y de los hombres de negocios más importantes del Cairo, cómo se protegían todos, cómo se toleraban los unos a los otros, multiplicando su poder e influencia mediante alianzas entre familias, corruptores, corrompidos, aumentando o reduciendo a voluntad los precios del mercado, dueños y señores del hambre o de la abundancia, de los motines o de la guerra, oprimiendo sin control a un pueblo, presa de las primeras necesidades para subsistir. Ese había sido el resultado de la administración de Argévan, el visir, durante la larga minoría de edad de Hakem.

Además, siniestros rumores circulaban por la prisión; los mismos guardianes no temían extenderlos: se decía que un ejército extranjero se estaba acercando a la ciudad y acampaba ya en la llanura de Gizeh, que la traición sometería a El Cairo sin resistencia, y que los nobles, ulemas y comerciantes, temiendo por sus riquezas en caso de que se produjera el estado de sitio, se estaban preparando para abrir las puertas de la ciudad, comprando a los jefes militares de la ciudadela. Incluso se esperaba ver a la mañana siguiente al mismísimo general enemigo hacer su entrada en la ciudad por la puerta de Bab-el-Hadíd. Desde ese momento, la estirpe de los fatimíes sería desposeída del trono; y de ahí en adelante los califas abbasíes reinarían tanto en El Cairo como en Bagdad, y las plegarias públicas se harían en su nombre.

- ¡Esto es lo que me ha preparado Argévan! –se dijo el califa-; ¡eso es lo que me anunciaba el talismán dispuesto por mi padre, y eso era lo que hacía palidecer en el cielo al brillante Pharouïs! ¡Pero ha llegado el momento de ver el poder que tiene mi palabra, y si yo me dejaré vencer como antaño vencieron al Nazareno!

La tarde tocaba a su fin; los prisioneros se habían reunido en los patios para la acostumbrada oración. Hakem tomó la palabra, dirigiéndose a un tiempo a aquella doble población de locos y malhechores, a los que separaba una puerta enrejada; les dijo quién era y lo que esperaba de ellos, con tal autoridad y tales pruebas, que nadie osó dudar de su palabra. En un instante, el esfuerzo de cien brazos había roto las barreras del interior, y los guardianes, muertos de miedo, abandonaron las puertas que daban a la mezquita. El califa entró allí enseguida, llevado a hombros por aquel pueblo de desdichados, al que su voz llenaba de confianza y entusiasmo.

- ¡Es el califa! ¡el auténtico Príncipe de los creyentes! –gritaban los condenados-
- ¡Es Allah que viene a juzgar al mundo! –gritaba la multitud de perturbados-.

Dos de estos locos se habían colocado a la izquierda y a la derecha de Hakem, gritando:

- ¡Venid todos a la audiencia de nuestro señor Hakem!

Los creyentes reunidos en la mezquita no podían entender por qué se había interrumpido la plegaria de esa forma; pero la inquietud extendida sobre la proximidad de los enemigos encontraba a toda la gente predispuesta para acontecimientos extraordinarios. Algunos huían sembrando la alarma en las calles; otros gritaban:

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¡Hoy es el día del juicio final! –y esa idea regocijaba a los más pobres y que más sufrían, diciendo- ¡Por fin, Señor!, ¡Al fin llegó tu día!

Cuando Hakem apareció en las escaleras de la mezquita, un resplandor sobrehumano cercaba su cara, y su cabello, que siempre lo llevaba largo y flotando al aire, en contra de la usanza de los musulmanes, extendía sus abundantes rizos sobre un manto de púrpura con el que sus compañeros le habían cubierto los hombros. Incluso judíos y cristianos, siempre numerosos en la calle de Sukarieh que atraviesa los bazares, se prosternaban diciendo:

- ¡O es el verdadero Mesías, o es el Anticristo que las Escrituras predecían que aparecería mil años después de Jesús!

Algunas personas habían reconocido al soberano; pero no podían explicarse cómo se podía encontrar allí, en medio de la ciudad, cuando el rumor generalizado era que en ese mismo instante marchaba a la cabeza de sus tropas para atacar a los enemigos que acampaban en la planicie que rodea las pirámides.

- ¡Vosotros, pueblo mío! –dijo Hakem[1] a los desgraciados que le rodeaban- ¡vosotros, sois mis verdaderos hijos!; ¡pero éste no es mi día, sino el vuestro! Hemos llegado a esta época, que se renueva cada vez que la palabra del cielo pierde su poder sobre las almas; en el momento en que la virtud se vuelve crimen; la sabiduría se convierte en locura; o la gloria se torna en vergüenza, todo camina ahora de este modo pervirtiendo la verdad y la justicia. Pero jamás, las voces del cielo han dejado de iluminar a los espíritus, igual que el relámpago antes de la tempestad; por eso a su vez se ha dicho: ¡maldita sea Henochia, ciudad de los hijos de Caín, ciudad de tiranía e impurezas!, ¡maldita seas tú, Gomorra! ¡malditas seáis vosotras, Nínive y Babilonia!, ¡y maldita tú, Jerusalén! Esa voz que nunca descansa, resuena de ese modo de edad en edad, y siempre, entre la amenaza y la pena, hay un tiempo para el arrepentimiento. Sin embargo, ese tiempo se está acortando día a día; ¡cuando la tormenta se acerca, el fuego sigue más de cerca al rayo! ¡Mostremos que de aquí en adelante, la palabra está armada, y que por fin se va a establecer sobre la tierra el reino anunciado por los profetas! Hijos míos, vuestra es esta ciudad enriquecida por el fraude, por la usura, por las injusticias y la rapiña; vuestros son esos tesoros robados, esas riquezas sustraídas. ¡Justicia contra el lujo equívoco, contra las falsas virtudes, contra los méritos adquiridos al precio del oro, contra las traiciones disfrazadas que, bajo pretexto de la paz, os han vendido al enemigo! ¡Fuego!, ¡fuego a esta ciudad que mi abuelo Moëzzeldin fundó bajo los auspicios de la victoria (*qáhira*), y que se convertirá en el monumento a vuestra cobardía!

¿Cómo se dirigía el califa a aquella multitud?; ¿como soberano, o como dios? No cabía duda, que le asistía esa razón suprema que está por encima de la justicia ordinaria; de otro modo, su cólera habría golpeado al azar, igual que la de los bandidos a los que había liberado de sus cadenas. En un momento, las llamas habían devorado los bazares techados de cedro y los palacios y terrazas de frágiles columnillas; las estancias más ricas de El Cairo mostraban su devastado interior. ¡Noche terrible, en la que el poder soberano tomaba tintes de revuelta, y la venganza del cielo se servía de las armas del infierno!

El incendio y saqueo de la ciudad duraron tres días; los habitantes de los barrios más ricos tomaron las armas para defenderse, y una parte de los soldados griegos y *kétamis*, tropas bárbaras dirigidas por Argévan, lucharon contra los prisioneros y contra el populacho que ejecutaban las órdenes de Hakem. Argévan hizo circular el rumor de que Hakem era un impostor, y que el auténtico califa estaba con el ejército en los llanos de Gizeh, librando un combate tan terrible que el resplandor de los incendios se veía desde las grandes plazas y jardines. Hakem se retiró a los altos de Karafah, en donde mantenía al aire libre su sangriento tribunal en el que, conforme a la tradición, aparecía asistido por dos ángeles, teniendo cerca de

[1] Para ubicar históricamente al personaje del califa fatimí Hakem, sugiero visitar el enlace http://es.wikipedia.org/wiki/Hus%C3%A9in_al-Hakim_Bi-Amrillah (26-09-2014)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

él a Adán y a Salomón; uno, como testigo de los hombres; el otro, para los genios. Se llevaba allí a todos los señalados por el odio popular; su juicio se celebraba con pocas palabras, y las cabezas caían entre las aclamaciones del gentío; así perecieron unos cuantos miles en esos tres días. Los desórdenes en el centro de la ciudad no eran menos asesinos; Argévan, al fin, fue alcanzado por un lanzazo entre los hombros propinado por un tal Reïdan, que llevó su cabeza a los pies del califa; a partir de ese momento, cesó toda resistencia. Se dice que en el mismo instante en que cayó el visir, lanzando un grito espantoso, los que se alojaban en el Moristán, dotados de esa segunda visión, propia de los locos, exclamaron que veían en el cielo a Eblís (Satanás) que, abandonando el cadáver de Argévan, convocaba en torno a él, llamándolos, a todos los demonios que hasta entonces se habían encarnado en los cuerpos de sus partisanos. El combate que había comenzado en la tierra, continuaba ahora en el espacio; las falanges de aquellos eternos enemigos volvían a entrar en formación y luchaban aún con las fuerzas de los elementos. A este propósito, un poeta árabe dijo así:

¡Egipto! ¡Egipto!
tú las conoces,
esas oscuras luchas
entre los genios buenos y malignos;
cuando Tifón,
el del aliento ardiente,
absorbe luz y aire;
cuando el Nilo
es parco en su anual crecida;
cuando la langosta,
volando en densas nubes,
en un único día,
devora el verde entero de los campos.
Y no siendo bastante,
con que el infierno envíe
esas terribles plagas;
también puebla la tierra
de viles y codiciosas almas,
que dentro de los hombres,
el ser perverso ocultan
del venenoso ofidio
y los chacales.

Sin embargo, al llegar el cuarto día, y con la ciudad medio quemada, los jerifes se reunieron en las mezquitas, elevando al aire los Coranes y exclamando:

- ¡Oh, Hakem! ¡Oh, Allah!

Pero su corazón no estaba conforme con esa letanía. El viejo que primero había saludado a Hakem dándole el título de la divinidad se presentó ante el príncipe y le dijo:

- Señor, ya es suficiente; detén ahora la destrucción, en nombre de tu abuelo Moëzzeldin.

Hakem quería interrogar a este extraño personaje que sólo aparecía en las horas siniestras; pero el viejo ya había desaparecido entre la muchedumbre de los fieles.

Hakem tomó su montura acostumbrada, un asno gris, y se dedicó a recorrer la ciudad, sembrando palabras de reconciliación y de clemencia. Y se puede datar en esas fechas el momento en que reformó los severos edictos que había promulgado contra los cristianos y los judíos, dispensando a los primeros de llevar una pesada cruz de madera, y a los otros, de llevar en el cuello un trangallo. Para establecer igual tolerancia entre todos los cultos, quería llevar a

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

los espíritus a aceptar poco a poco una nueva doctrina. Se fundaron lugares especiales para las pláticas, y en particular un edificio al que se llamó *Casa del conocimiento* en donde muchos doctores comenzaron a defender públicamente la divinidad de Hakem. Sin embargo, el espíritu humano es tan rebelde a las creencias que el tiempo no haya consagrado, que no fueron más de treinta mil los habitantes de El Cairo que se unieron a esta nueva doctrina. Hubo un tal Almoschadjar, que dijo a los seguidores de Hakem:

- Al que vosotros invocáis en lugar de Dios no podría crear ni una mosca, ni siquiera podría impedirla que le molestara.

El califa, al conocer este comentario, hizo que le dieran cien piezas de oro, como prueba de que no quería forzar a las conciencias.

Otros decían:

- Muchos han sido en la familia de los Fatimíes los poseídos por esa ilusión. Es lo mismo que cuando el abuelo de Hakem, Moëzzeldin, se escondía durante varios días y decía que había sido transportado hasta el cielo; más tarde, se retiró a un subterráneo, y se dice que desapareció de la tierra sin haber muerto como los demás hombres.

Hakem recogía estos comentarios, que le sumían en largas meditaciones.

El viejo Cairo. Bab-el-Hadíd?
Grabado de E. Challis,
sobre el dibujo de David Roberts.
http://www.antique-prints.de/
26-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.03. HISTORIA DEL CALIFA HAKEM

II.03.06. Los dos califas

El califa había vuelto a su palacio, a las orillas del Nilo, y emprendido de nuevo su vida habitual, aunque ahora, una vez que se había desembarazado de sus enemigos, ya reconocido por todos. Desde hacía algún tiempo, las cosas habían retomado su curso acostumbrado. Un día, el califa entró donde su hermana Setalmúlk y le dijo que fuera disponiendo todo lo necesario para casarse, algo que deseaba que se hiciera en secreto por miedo a suscitar la indignación del pueblo, al no estar éste suficientemente convencido de la divinidad de Hakem, ante tal violación de las leyes establecidas. La ceremonia debía tener como únicos testigos solamente a los eunucos y a los esclavos, y se celebraría en la mezquita del palacio; en cuanto a los festejos, que debían seguir a esta unión, los habitantes de El Cairo, acostumbrados como estaban a ver las sombras del serrallo constelarse de farolillos y a escuchar el rumor de la música llevado por la brisa nocturna hasta el otro lado del río, no lo darían importancia ni se extrañarían por ello. Más adelante, Hakem, cuando pasara el tiempo y los espíritus estuvieran plenamente dispuestos, se reservaría el momento de proclamar en voz alta ese matrimonio místico y religioso.

Cuando llegó el crepúsculo, el califa se disfrazó de nuevo, como acostumbraba, salió y se dirigió hacia su observatorio del Mokatam para consultar a los astros. El cielo no se presentaba nada seguro para Hakem: siniestras conjunciones de planetas, embrollados nudos de estrellas le presagiaban un peligro de muerte cercano. Al tener, en tanto que Dios, conciencia de su eternidad, se alarmaba poco ante esas amenazas celestes, que sólo afectaban a su envoltura perecedera. Sin embargo, sentía su corazón atenazado por una lacerante tristeza, y, renunciando a su habitual paseo, volvió al palacio en las primeras horas de la noche.

Mientras cruzaba el río en su barquilla, vio, sorprendido, los jardines de su palacio iluminados como para una fiesta: entró en el interior. Luminarias colgaban de todos los árboles como si fueran frutos de rubíes, zafiros y esmeraldas; cascadas de perfume lanzaban bajo los árboles sus vapores argentinos; el agua fluía en las acequias de mármol, y el pavimento de alabastro tallado exhalaba, en ligeras espirales, el humo azulado de los perfumes más preciados, que mezclaban su aroma con el de las flores. El murmullo armonioso de músicas ocultas, alternaba con el canto de los pájaros que, confundidos por esos resplandores, creían estar saludando la llegada del alba, y al fondo resplandecía, en medio de un gran abrazo de luz, la fachada del palacio, cuyas líneas arquitectónicas se dibujaban en cordones de fuego.

La extrañeza de Hakem era extrema; se preguntaba: "¿Quién se atreve a dar una fiesta en mi casa durante mi ausencia?, ¿la llegada de qué huésped desconocido se celebra hoy y a esta hora? Los jardines deberían estar desiertos y silenciosos. Esta vez yo no he tomado hachís, y por tanto esto no es fruto de una alucinación."

Penetró en el interior. Bailarinas, engalanadas con vestiduras deslumbrantes, se cimbreaban como serpientes en medio de un tapiz persa, rodeadas de lámparas, para que no se perdiera nada de sus movimientos y figuras.

Daba la impresión de que ellas no percibieran la presencia del califa. Bajo la puerta del palacio, se encontró con una multitud de esclavos y pajes que llevaban frutas escarchadas y con

* Cairo Von Der Citadelle Aus Gesehen. Egypt. Original steel engraving. Bibliograph. Institut in Hidlburghausen. 1862 (http://www.antique-prints.de/) 27-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

fituras en bandejas de oro, aguamaniles de plata llenos de sorbetes. Y aunque caminaba junto a ellos, empujándoles y recibiendo a su vez codazos, nadie le prestó la menor atención. Esta situación tan extraña comenzó a penetrarle de una secreta inquietud. Tenía la sensación de ser una sombra, un espíritu invisible, y continuó avanzando de habitación en habitación, atravesando entre los grupos de gente como si poseyera el anillo mágico de Gygès[1].

Cuando llegó al umbral de la última sala, un torrente de luz lo deslumbró: millares de velas dispuestas sobre candelabros de plata, titilaban como ramilletes de fuego, entrecruzando sus halos ardientes. Los instrumentos de los músicos, ocultos en las tribunas sonaban con una energía triunfal. El califa, vacilante, se aproximó, ocultándose tras los pliegues de tela de un enorme cortinón de brocado. Entonces vio, al fondo de la sala, sentado sobre un diván, al lado de Setalmúlk, a un hombre cubierto de piedras preciosas, constelado de diamantes que brillaban en medio de sus prismáticos y azules reflejos. Bien se podría decir que para vestir a este nuevo califa se habían agotado los tesoros de Harún Al-Rashíd.

Nos podemos imaginar el estupor de Hakem ante este inusitado espectáculo: buscó su puñal en el cinto para lanzarse sobre aquel usurpador; pero una fuerza irresistible le paralizaba. Esa visión le parecía una señal de los cielos, y todavía aumentó más su confusión cuando reconoció, o creyó reconocer sus propios rasgos en los de aquel hombre sentado cerca de su hermana. Creyó que se trataba de su *feruer* o su doble, y, para los orientales, ver a su propio espectro es el peor de los augurios; pues en el plazo de un día[2] la sombra fuerza al cuerpo a seguirle.

Aquí la aparición era aún más amenazante, pues el *feruer* se adelantaba al deseo concebido por Hakem y lo cumplía. ¿La actuación de ese califa fantástico, desposando a Setalmúlk, algo que el verdadero califa había resuelto llevar a cabo por sí mismo... ¿no ocultaba un sentido enigmático, un símbolo misterioso y terrible? ¿No se trataría de alguna divinidad celosa que buscaba usurparle el cielo, arrebatando Setalmúlk a su hermano, y separando así a la pareja cosmogónica y providencial? ¿Intentaba la raza de los Dives, por ese medio, interrumpir la descendencia de los espíritus superiores, sustituyéndoles por una ralea impía? Esos pensamientos atravesaban a un tiempo la cabeza de Hakem: en su furia, hubiera deseado provocar un terremoto, un diluvio, una lluvia de fuego, cualquier cataclismo; pero recordó que, ligado como estaba a un cuerpo hecho del barro de la tierra, sólo podía tomar represalias humanas.

Al no poder manifestarse de forma tan victoriosa, Hakem se retiró lentamente y volvió hasta la puerta que daba sobre el Nilo; allí había un banco de piedra en el que se sentó y permaneció algún tiempo ensimismado en sus reflexiones y buscando un sentido a las bizarras escenas que acababan de suceder ante sus ojos. Al cabo de unos minutos, se volvió a abrir la poterna, y a través de la oscuridad, Hakem vio difusamente salir a dos sombras; una de las cuales, proyectaba sobre la noche una huella más sombría que la otra. Con la ayuda de esos vagos reflejos de la tierra, del cielo y de las aguas que en Oriente no permiten jamás a las tinieblas ser opacas por completo; discernió que el primero era un hombre joven de raza árabe, y el segundo, era un gigantesco etíope.

---

[1] El anillo de Giges es una leyenda mitológica mencionada por el filósofo ateniense Platón en el libro II de *La República*. Guarda vaga relación con el Giges histórico del que habla Heródoto. Narra la historia de Giges, un pastor que tras una tormenta y un terremoto encontró, en el fondo de un abismo, un caballo de bronce con un cuerpo sin vida en su interior. Este cuerpo tenía un anillo de oro y el pastor decidió quedarse con él. Lo que no sabía Giges es que era un anillo mágico, que cuando le daba la vuelta, le volvía invisible. En cuanto hubo comprobado estas propiedades del anillo, Giges lo usó para seducir a la reina y, con ayuda de ella, matar al rey, para apoderarse de su reino. Glaucón (hermano de Platón) hace referencia a esta leyenda para ejemplificar su teoría de que todas las personas por naturaleza son injustas. Sólo son justas por miedo al castigo de la ley o por obtener algún beneficio por ese buen comportamiento. Si fuéramos "invisibles" a la ley como Giges con el anillo, seríamos injustos por nuestra naturaleza. Este mito ha tenido gran influencia en la filosofía, ya que da a entender que el ser humano hace el bien hasta que puede hacer el mal cuando «se hace invisible» (Platón. *La república* ii,359a-360,d.)

[2] Hace el mismo comentario en *Aurelia* I, 3. Ver también I, 9 y sobre todo I, 10, en una escena de matrimonio, el doble toma la apariencia de Gérard. Sobre la asociación doble muerte, ver Otto Rank, *Don Juan et le double*, Paris, PAYOY, 1973. J. Richer señala que *ferouer*, en su acepción primera, significa *arquetipo*, y no doble.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Llegados hasta un punto de la orilla que se adentraba en el río, el joven se puso de rodillas, el negro se colocó ante él, y el resplandor de un alfanje damasceno relampagueó en la sombra como la culebrilla de un rayo. Sin embargo, y para gran sorpresa del califa, la cabeza no cayo, y el negro, inclinándose hasta el oído del joven, pareció murmurarle unas palabras, tras las cuales, el hombre se levantó, calmado, tranquilo, sin darse prisa; como si aquello le hubiera pasado a otra persona y no a él. El etíope envainó su alfanje, mientras el joven se dirigía al borde del río, precisamente al punto en donde estaba Hakem; sin duda para volver a la barca que le había llevado hasta allí. Entonces se encontró cara a cara con el califa, que hizo como si se despertara, y le dijo:

- La paz sea contigo, Yusuf; ¿qué haces tú por aquí?

- Contigo sea la paz, -respondió Yusuf, que aún veía a su amigo tan sólo como un compañero de aventuras, y no le extrañaba haberlo encontrado dormido junto a la ribera, como hacen los hijos del Nilo en las ardientes noches de verano.

Yusuf le hizo montar en la barca y se dejaron arrastrar por la corriente del río, a lo largo de la orilla oriental. El alba teñía ya de una franja rojiza la vecina planicie, y dibujaba el perfil de las ruinas aún existentes de Heliópolis, al borde del desierto. Hakem parecía soñador, y, examinando atentamente los rasgos de su compañero, que el día acentuaba, le encontró un cierto parecido con él, parecido en el que hasta entonces no se había fijado, pues siempre se habían encontrado durante la noche, o en medio de la embriaguez de la orgía. No podía pues dudar por más tiempo que ese no fuera el *feruer*, el doble, la aparición de por la noche, a quien se le había hecho interpretar el papel de califa, durante su estancia en el Moristán. Esta explicación tan natural, aún le asombraba.

- Nos parecemos como si fuéramos hermanos, -le dijo a Yusuf-; a veces basta, para justificar un parecido azaroso, provenir de las mismas regiones. Amigo, ¿cuál es el lugar de tu nacimiento?

- Nací a los pies del Atlas, en Ketama, en el Magreb, entre los beréberes y cabiles. No conocí a mi padre, que se llamaba Dawas, y que murió en combate poco después de nacer yo; mi abuelo, de muy avanzada edad, era uno de los sheijs de ese país perdido entre las arenas del desierto.

- Mis abuelos eran también de ese país, dijo Hakem; puede que procedamos de la misma tribu... ¿pero qué importa? Nuestra amistad no necesita lazos de sangre para ser sincera y duradera. Cuéntame por qué no te he visto desde hace varios días.

- ¿Qué me estás pidiendo? –dijo Yusuf-; estos días, o más bien, estas noches, ya que los días los he consagrado a dormir, se han sucedido como en un sueño delicioso y lleno de maravillas. Después de que la justicia nos sorprendiera en el okel y nos separáramos, encontré de nuevo en el Nilo a la encantadora visión, de cuya realidad ya no puedo dudar. De vez en cuando, me cubría los ojos con su mano, para impedirme que reconociera la puerta de entrada a magníficos jardines provistos de salones de un esplendor increíble, en los que el genio del arquitecto había sobrepasado los maravillosos edificios que construye en las nubes la fantasía del hachís. ¡Extraño destino el mío! Mis veladas estaban más repletas de sueños que cuando estaba dormido. En aquel palacio, nadie parecía asombrarse por mi presencia, y, a mi paso, todas las frentes se inclinaban respetuosamente ante mí. Luego, aquella extraña mujer, me hacía sentar a sus pies, embriagándome con su voz y su mirada. Cada vez que levantaba sus párpados de largas pestañas, me parecía que se abriera un nuevo paraíso. Las inflexiones de su armoniosa voz me sumergían en éxtasis inefables. Mi alma, acariciada por aquella encantadora melodía, se derretía deliciosamente. Esclavas nos traían exquisitas colaciones, confitura de rosas, sorbetes de nieve que apenas tocaba con el borde de sus labios, pues una criatura celestial es tan perfecta que sólo debe vivir de perfumes, de rocío, de rayos de luz. Una vez, abriendo mediante unas palabras mágicas una baldosa del suelo cubierta de misteriosos sellos, me hizo descender hasta

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

las cavernas en las que se guardan sus tesoros y detallándome sus riquezas me dijo que serían mías si yo albergaba el suficiente amor y necesario coraje. He visto allí maravillas que ni siquiera encierra la montaña del Kaf[1], en donde se ocultan los tesoros de los genios, elefantes de cristal de roca; árboles de oro sobre los que cantaban, batiendo las alas, pájaros de piedras preciosas; pavos reales que abrían su cola en forma de abanico, constelada de soles de diamantes; masas de alcanfor talladas en forma de melón y rodeadas de una rejilla de filigrana; tiendas de terciopelo y brocado, con sus mástiles de plata maciza; luego, en las cisternas, arrojados como el grano en un silo, miles de piezas de oro y plata, montones de perlas y carbunclos.

Hakem que había escuchado atentamente esa descripción, le dijo a su amigo:

- ¿Sabes, hermano, que lo que has visto allí son los tesoros de Harún Al-Rashíd, tomados por los fatimíes, y que no pueden encontrarse en otro sitio que en el palacio del califa?
- Lo ignoraba; pero al ver la belleza y riqueza de mi desconocida, ya había adivinado que debía ser alguien del más alto rango: ¿qué se yo? puede que fuera pariente del gran visir, la mujer o la hija de un gran señor. Pero ¿para qué habría necesitado conocer su nombre? Ella me amaba, ¿no era eso suficiente? Ayer, cuando llegué al lugar acostumbrado de la cita, encontré unas esclavas que me bañaron, perfumaron y vistieron con unos ropajes tan magníficos, que ni siquiera el califa Hakem en persona habría podido tenerlos tan espléndidos. El jardín estaba iluminado, y todo tenía un aire festivo, como si se estuvieran preparando unas nupcias. Mi amada, me permitió tomar asiento en el diván, a su lado, y dejó caer su mano sobre la mía lanzándome una mirada cargada de languidez y voluptuosidad. De pronto, palideció, como si una funesta aparición, la visión de una sombra, sólo perceptible por ella; hubiera venido a perturbar la fiesta. Con un gesto, hizo salir a los esclavos, y me dijo con voz temblorosa:
- ¡Estoy perdida! Tras la cortina de la puerta, he visto brillar esas pupilas azules que nunca perdonan. ¿Me amas lo suficiente como para morir por mí?

Yo le aseguré mi devoción sin límites.

- Es necesario, -prosiguió ella-, que tu no hayas existido jamás, que tu paso por la tierra no deje huella alguna, que seas aniquilado, que tu cuerpo sea dividido en partículas impalpables, y que no se pueda encontrar ni un solo átomo de ti; de otro modo, aquel del que dependo sabrá inventar para mí suplicios que espantarían a la maldad de los mismos Dives, que harían temblar de espanto a los condenados de lo más profundo del infierno. Sigue a ese negro; él dispondrá de tu vida como convenga.

Fuera de la poterna, el negro me hizo arrodillarme como para cortarme la cabeza; balanceó dos o tres veces la hoja de su alfanje; después, al ver mi firmeza, me dijo que todo eso había sido un juego, una prueba, y que la princesa solo había querido saber si yo era tan valiente y entregado como pretendía.

- Procura estar mañana a la caída de la tarde en El Cairo, en la Fuente de los Amantes, y se te concederá un nuevo encuentro –añadió, antes de volver a entrar en el jardín-.

Tras esas aclaraciones, Hakem ya no tenía duda alguna de las circunstancias que habían echado abajo sus proyectos. Sólo se extrañaba de no experimentar ninguna cólera por la traición de su hermana, ni por el amor que un joven de baja extracción había inspirado a la hermana del califa: ¿era porque después de tantas ejecuciones sangrientas no tenía ganas de más castigos?, ¿o bien era la conciencia de su divinidad la que le inspiraba ese inmenso afecto paternal que un dios debe sentir por sus criaturas?

[1] "Según creencia de los orientales, esta montaña rodea la tierra como un anillo o un cinturón. El polo norte es la residencia del preadamita Salomón; en el polo sur se encuentra el secreto taller de la naturaleza; en Oriente, el imperio de los genios bondadosos, y en Occidente, el de los genios malvados (...)El resto de las montañas sólo son ramificaciones de esta montaña madre que se eleva hasta el cielo" (Von Hammer. *Contes inédits des Mille et Une Nuits.* 1828. I. P. 159). Se puede ver más adelante, que los ancestros cainitas de Adoniram encontraron refugio en esa montaña.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Inmisericorde ante la maldad, se sentía vencido por las gracias todopoderosas de la juventud y del amor. ¿Era culpable Setalmúlk de haber rechazado una alianza que sus prejuicios le hacían ver como un crimen?; ¿acaso lo era Yusuf por haber amado a una mujer de la que ignoraba su condición? Al mismo tiempo, el califa se había jurado aparecer esa misma tarde a la nueva cita que habían concedido a Yusuf, aunque lo hacía para perdonar y bendecir ese matrimonio; y eso era lo único que había suscitado en su pensamiento las confidencias que le había hecho Yusuf. Pero algo sombrío conmovía aún a su espíritu; era su propio destino lo que le inquietaba a partir de este momento.

- Los acontecimientos se vuelven en contra mía, -se dijo-, ya ni siquiera mi voluntad me protege de ellos.

Y al despedirse de Yusuf, le dijo:

- Echo de menos las hermosas noches en el okel. Tenemos que volver allí, pues el califa acaba de retirar las ordenanzas que prohibían el hachís y los licores fermentados. Pronto nos volveremos a ver, amigo mío.

Hakem, entró en su palacio, hizo venir al jefe de su guardia, Abu Arús, que cubría el servicio nocturno con un cuerpo de mil hombres, y restableció la consigna interrumpida durante los días de los disturbios, por la que se ordenaba que todas las puertas del Cairo fueran cerradas a la hora en que él iba al observatorio, y que sólo se abriera una de ellas a una señal convenida, cuando a él le apeteciera volver. Se hizo acompañar, esa noche, hasta el final de la calle llamada Derb-al-Siba, montó sobre el asno que su gente tenía preparado cerca de la casa del eunuco Nesim, ujier de la puerta, y salió hacia el campo, seguido tan sólo por un paje de a pie y por el joven esclavo que le acompañaba de costumbre. Cuando hubo subido la montaña, sin siquiera haber llegado hasta la torre del observatorio, miró a los astros, dio una palmada con las manos y gritó:

- ¡Al fin has aparecido, funesta señal!

A continuación se encontró con unos caballeros árabes que le reconocieron y le pidieron algún socorro; entonces, les envió con su criado a la casa de Nesim, el eunuco, para que se les diera una gratificación; luego, en lugar de llegarse hasta la torre, tomó el camino de la necrópolis situada a la izquierda del Mokatam, y avanzó hasta la tumba de Fokkaï, cerca del lugar llamado *Maksaba* a causa de los juncos que allí se criaban. Y fue allí, en donde tres hombres cayeron sobre él apuñalándole; pero, apenas le habían alcanzado cuando, uno de ellos, al reconocer su rostro a la luz de la luna, se volvió contra los otros dos y combatió hasta que cayó junto al califa mismo gritando:

- ¡Oh, hermano mío!

Al menos, eso fue lo que contó el esclavo que escapó de aquella carnicería huyendo hacia El Cairo, en donde fue a avisar a Abu-Arús; pero cuando llegó la guardia al lugar del crimen, sólo encontraron unas vestiduras ensangrentadas y el asno gris del califa, llamado *Kammar*, al que le habían cortado las corvas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.03. HISTORIA DEL CALIFA HAKEM

II.03.07. La despedida

La historia del califa Hakem había terminado. El sheij se detuvo y cayó en una profunda reflexión. Yo mismo estaba emocionado ante el relato de esta *pasión*, sin duda menos dolorosa que del Gólgota, pero de la que yo había visto el escenario, al que con frecuencia había subido, durante mi estancia en El Cairo, ese Mokatam, que ha conservado las ruinas del observatorio de Hakem. Y me decía a mí mismo que, hombre o dios, este califa Hakem, tan calumniado por los historiadores coptos y musulmanes, sin duda había querido introducir el reinado de la razón y la justicia; ahora veía bajo un nuevo prisma, todos los sucesos narrados por El-Macin, por Makrisi, por Novaïri[1] y otros autores que yo había leído en El Cairo, y lamentaba ese destino que condena a los profetas, a los reformadores y a los Mesías, cualesquiera que sean, a una muerte violenta, y más tarde a la ingratitud humana.

- Pero no me ha dicho usted, -le hice esta observación al sheij-, qué enemigos fueron los que ordenaron la muerte de Hakem.

- Usted ha leído a los historiadores, me dijo, ¿no sabe usted que Yusuf, hijo de Dawas, al presentarse a la cita que le habían dado, en la Fuente de los Amantes, encontró allí a dos esclavos que le condujeron a una casa en la que le esperaba la sultana Setalmúlk, que había llegado hasta ese lugar disfrazada, y que fue ella quien le hizo jurar que mataría a Hakem, diciéndole que el califa la quería asesinar, y prometiéndole que si así lo hacía, ella se casaría con él de inmediato? Ella, al terminar, pronunció estas palabras conservadas para la historia:

- Llégate hasta la montaña, pues él no faltará a esa cita y allí acudirá solo, únicamente le acompañará el hombre que le sirve de criado. Se adentrará en el valle; corre entonces tras él y mátale; mata también al criado y al joven esclavo, si está con él.

Ella le dio uno de esos puñales cuya punta tiene forma de lanza, y que se los conoce con el nombre de *yafurs*, y también armó a los dos esclavos, que tenían orden de secundarle, y de matarle si faltaba a su juramento. Pero al asestar la primera puñalada al califa, Yusuf reconoció al compañero de sus escapadas nocturnas, y entonces, horrorizado por su acto, se revolvió contra los dos esclavos; pero no pudo con ellos y cayó bajo sus golpes.

- ¿Y qué pasó con los dos cadáveres que, según la historia, desaparecieron, ya que no se encontraron más que el asno y las siete túnicas de Hakem, cuyas botonaduras no habían sido desabrochadas?

- ¿Le he dicho yo que hubiera cadáveres? No es esa nuestra tradición. Los astros prometieron al califa ochenta años de vida, si escapaba al peligro de aquella noche del 27 de schawal del 411 de la Hégira. ¿No sabía usted que, durante dieciséis años después de su desaparición, el pueblo del Cairo no cesaba de decir que Hakem seguía vivo[1]?

---

* Miniatura representando al califa fatimí Al-Hakim o Hakem, cuyo nombre completo fue Abu ‘Ali Mansur al-Ḥākim bi Amr Allāh (http://en.wikipedia.org/wiki/Al-Hakim_bi-Amr_Allah) 28-09-2014.

[1] Elmacín (1223-1273) es el autor de una *Histoire Mahométane*, traducida por Vattier (1657). De Makrisi, otro historiador árabe (1365-1447), Nerval ha leído la “Histoire du khalifat de Hakem-Biamr-Allah” en la *Chrestomathie arabe* de Silvestre de Sacy (1806). La enciclopedia *Tout ce qu’on peut désirer savoir concernant les diferentes branches des belles-lettres* de Nowairi (1280-1331) fue traducida por Caussin (1802). (GR)

[1] Todos estos detalles, así como los rasgos generales de la leyenda, han sido descritos por los historiadores citados anteriormente, y reproducidos, en su mayoría, en la obra de Silvestre de Sacy sobre la religión de los Drusos. Es probable que en este relato, hecho conforme al punto de vista de los Drusos, asistamos a una de esas luchas milenarias entre los espíritus buenos y los malvados, encarnados bajo forma humana, de las que hemos dado unas pinceladas.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- En efecto, me han contado muchas cosas así, -dije-; pero atribuyendo las frecuentes apariciones de Hakem a impostores, tales como Schérut, Sikkín y otros, que se parecían un poco al califa y se hacían pasar por él. Es lo que suele pasar con todos esos soberanos maravillosos cuya vida les convierte en héroes de leyendas populares. Los Coptos pretenden que Jesucristo se apareció a Hakem, que le pidió perdón por sus pecados e hizo penitencia en el desierto durante largos años.
- Según nuestros libros, -dijo el sheij-, Hakem no murió a pesar de las puñaladas que le habían dado. Recogido por un viejo desconocido, sobrevivió a la noche fatal en la que su hermana había ordenado asesinarle; pero harto del trono, se retiró al desierto de Ammón, en donde dio forma a su doctrina, que más tarde sería predicada por su discípulo Hamza[1]. Sus seguidores, expulsados del Cairo tras su muerte, se retiraron al sur del Líbano, en donde se establecieron y formaron la nación de los Drusos.

Toda esta leyenda me daba vueltas en la cabeza, y me prometí venir de nuevo a ver al sheij druso para pedirle nuevos detalles sobre la religión de Hakem; pero la tempestad que me retenía en Beirut se había calmado, y tuve que partir para San Juan de Acre, en donde esperaba interesar al pachá en favor del prisionero. No volví a ver al sheij más que para despedirme de él, sin atreverme a hablarle de su hija, y sin comentarle que yo la había visto ya en casa de madame Carlès.

Isma'ilism
http://en.wikipedia.org/wiki/Al-Hakim_bi-Amr_Allah
28-09-2014

[1]**Hamza ibn Ali ibn Ahmad** fue el fundador de la religión drusa. Era un carpintero persa y nativo de Zuzana.
El califa fatimí al-Hakim Mansur Bi-Amriallah de Egipto (996-1021) tenía un comportamiento excéntrico y corrió el rumor de que era el imán esperado. Esta idea fue defendida por Hasan al-Akhram y en 1017 el califa le dio su apoyo. Hasan al-Akhram fue asesinado en enero de 1018 y aunque el califa hizo matar a su asesino, ya no dio más apoyo al movimiento hasta mayo de 1019. Fue entonces cuando Hamza, que inicialmente había sido un elemento secundario del movimiento, tomó la dirección con el título de *hadi l-mistadjibin*. El 19 de junio de 1019 exigió al gran cadí de la Mezquita Vieja su conversión y se produjeron muchos incidentes, que fueron reprimidos. Al-Hakim entonces retiró el apoyo al movimiento, tras lo cual las tropas turcas se tornaron contra el turco al-Darazi, que disputaba la dirección del movimiento a Hamza, y le asediaron en su casa. Al-Darazi pudo refugiarse en el palacio del califa y los turcos exigieron que fuera entregado, pero el califa se los quitó de encima anunciando que había sido ejecutado. Entonces los turcos se dirigieron contra Hamza, que fue acosado en la mezquita de Raydan pero pudo huir y esconderse. En agosto de ese mismo año el califa le volvió a apoyar. Su movimiento se difundió notablemente, especialmente en Siria. La desaparición del califa en 1021 hizo que los seguidores de Hamza fueran perseguidos y Hamza se escondió otra vez. Parece que fue encontrado muerto poco después. Su sucesor al frente del movimiento fue Baha al-Din al-Muktana, que inicialmente (hasta el 1038) sostuvo que estaba en contacto con Hamza y que éste volvería. (http://es.wikipedia.org/wiki/Hamza_ibn_Ali_ibn_Ahmad) 28-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.04. LOS ‘AKKALS – EL ANTILÍBANO
II.04.01. El paquebote

En los navíos árabes y griegos cabe esperar el encontrarse con esas travesías caprichosas que renuevan el destino errante de Ulises y Telémaco; el menor golpe de viento los lleva a todos los rincones del Mediterráneo, de tal modo que el europeo que quiere ir de un punto a otro de las costas de Siria se ve forzado a esperar el paso del paquebote inglés, el único que da servicio a las escalas de Palestina. Todos los meses, un simple bergantín, ni siquiera un vapor, remonta y desciende por ese muestrario de ciudades ilustres, otrora llamadas Béryte, Sidón, Tiro, Ptolemaïs y Cesarea; ciudades de las que no se han conservado sus nombres, ni siquiera sus ruinas.

A estas reinas de los mares y del comercio, Inglaterra, su única heredera, ni siquiera les hace el honor de ponerles un *steamboat* (sic) (barco a vapor) En cambio, las diferencias sociales, tan caras a esta nación libre, son estrictamente observadas sobre el puente, como si se tratara de un navío de primera categoría. Las *first places* (sic) (primeras clases) están prohibidas a los pasajeros inferiores, es decir a aquellos cuya bolsa está menos guarnecida, y estas normas extrañan a veces a los orientales, cuando ven a los mercaderes en las plazas de honor, mientras que los *sheijs*, *sherifes*, e incluso los emires, se encuentran mezclados con los soldados y sirvientes. Generalmente, el calor es demasiado fuerte para que la gente opte por acostarse en los camarotes, y cada viajero, se echa al hombro su colchón, como el paralítico del Evangelio, escoge un lugar sobre el puente para dormir y para la siesta, y el resto del tiempo se queda en cuclillas sobre su colchoneta o sobre una manta, la espalda apoyada contra la borda, y fumando su pipa o narguile. Solo los francos pasan el día paseándose por el puente, para gran sorpresa de los levantinos, que no comprenden absolutamente nada esa agitación propia de las ardillas. Es difícil recorrer así la cubierta, sin tropezar con las piernas de algún turco o beduino, que con un feroz sobresalto, se lleva la mano al puñal y suelta un montón de imprecaciones, jurando buscaros en otro momento. Los musulmanes que viajan con su serrallo, y que no han tenido suficiente dinero como para pagar un camarote para ellos solos, se ven obligados a dejar a sus mujeres en una especie de parque formado en la parte de atrás por las balaustradas, en donde las mujeres viajan apretujadas como corderos. En ocasiones, sufren del mal de mar, y entonces, cada esposo debe ocuparse de ir a buscar a sus mujeres, hacerlas bajar, y llevarlas de nuevo de vuelta al redil. No hay nada que iguale la paciencia de un turco para esos miles de cuidados familiares que tiene que atender a la vista de los ojos críticos de los infieles. Es él mismo quien, mañana y tarde, se va a llenar los recipientes de cobre destinados a las abluciones religiosas al tonel comunitario; es también, el que renueva el agua de los narguiles, cuida a los niños incómodos por el balanceo del barco. Todo ello, siempre con objeto de sustraer lo más posible a sus mujeres o a sus esclavas del peligroso contacto con los francos. Estas precauciones, en cambio, no las tienen en los barcos en que todo el pasaje es levantino. Estos últimos, aunque pertenezcan a distintas confesiones, guardan una especie de etiqueta, sobre todo en lo que atañe a las mujeres.

La hora de la comida sonó mientras el misionero inglés, que embarcó conmigo para ir a Acre, me señalaba un punto en la costa que se suponía era el mismo sitio en que Jonás fue ex-

* Bergantín francés. Dibujo a lápiz y acuarela, realizado por el Capitán Hornbrook, Richard Lyde, sobre el año 183? Gipuzkoako Foru Aldundia (www.albumsiglo19mendea.net) 28-09-2014.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

pulsado del vientre de la ballena. Una pequeña mezquita da fe de la piedad de los musulmanes por esa tradición bíblica, y a propósito de eso entablé una conversación con el reverendo, que derivó en una de esas discusiones religiosas que ya no están de moda en Europa, pero que nacen espontáneamente entre viajeros en estos países en donde se siente que la religión lo es todo.

"En el fondo, -le dije-, el Corán es tan sólo un resumen del Antiguo y del Nuevo Testamento, recatado en otros términos y complementado con algunas prohibiciones derivadas del clima. Los musulmanes honran a Cristo como profeta, no como a Dios; reverencian a la *Kadra Myriam* (la Virgen María), así como a nuestros ángeles, profetas y santos; ¿de dónde viene, pues, el inmenso prejuicio que les separa aún de los cristianos, y que hace que las relaciones entre ellos sean siempre poco seguras?

- Esa afirmación no se sostiene conforme a mis creencias, -respondía el reverendo-, pues creo que protestantes y turcos acabarán un día por entenderse. Se formará una secta intermedia, una especie de cristianismo oriental…
- O de islamismo anglicano, -le repuse-, Pero, ¿por qué el catolicismo no podría realizar también esa fusión?
- Porque a los ojos de los orientales, los católicos son unos idólatras. Ustedes tienen una tarea bastante complicada, explicándoles que no adoran a la figura pintada o esculpida, sino a la persona divina que representa; que ustedes veneran, pero no adoran, a los ángeles ni a los santos: ellos no comprenden esas distinciones. Y por otra parte, ¿qué pueblo idólatra no ha adorado un trozo de madera o de metal? Así que ustedes son para ellos, idólatras a la vez que politeístas, mientras que las diversas comuniones protestantes…"

Nuestra discusión, que aquí resumo, todavía continuó después de comer, y estas últimas palabras habían llegado a oídos de un hombrecillo de ojos vivarachos, barba negra, vestido con un gabán griego, cuyo capuchón, echado por la cabeza, cubría su peinado, único identificador en Oriente de condición y nacionalidad.

No nos quedamos mucho tiempo con la duda.

"¡Eh!, ¡Virgen Santa! –exclamó-, los protestantes no harán más que los otros. ¡Los *turrrcos* siempre serán *turrrcos*!". (Y pronunciaba la palabra *turco* arrastrando la "r")

La indiscreta interrupción y el acento provenzal no me dejaron indiferente al placer de reencontrar a un compatriota. De modo que me volví hacia él, y le respondí con algunas palabras, a las que él replicó con locuacidad.

"No, señor, no hay nada que hacer con el *turrrco*; ¡es un pueblo que se extingue!... mire señor, en estos últimos tiempos estuve en Constantinopla, y me preguntaba una y otra vez: pero ¿dónde están los *turrrcos*? ¡Ya no hay!".

La paradoja se unía a la pronunciación para identificar cada vez más a un hijo de la Canebière. Tan sólo esa palabra *turrrco*, que repetía constantemente, me exasperaba un poco.

- ¡Va usted un poco lejos! –le repliqué-; yo personalmente he visto ya un buen número de turcos…".

Aparenté pronunciar esta palabra (turco) con suavidad y sin arrastrar la "r"; pero el provenzal no aceptaba lecciones.

"¿Cree usted que todos los que ha visto son *turrrcos*? –dijo pronunciando la "r" con una voz aún más afectada; esos no son auténticos *turrrcos*: yo hablo del *turrrco* osmanlí… ¡no todos los musulmanes son *turrrcos*!"

Después de todo, un meridional encuentra su pronunciación excelente, y la de un parisino bastante ridícula; pero yo me habituaba a la forma de hablar de mi vecino, mejor que a su paradoja.

"¿Está usted seguro –le dije-, de que eso sea así?

- ¡Eh!, señor, yo vengo de Constantinopla; y allí todos son griegos, armenios, italianos,

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

gente de Marsella. A todos los *turrrcos* que uno puede encontrar, los hacen cadis, ulemas, pachás; o bien los envían a Francia para que los vean…"

Me volví hacia el misionero inglés, pero éste se había alejado de nosotros y se paseaba por la popa.

"Señor, -me dijo el marsellés, cogiéndome del brazo-, ¿qué se cree usted que harán los diplomáticos cuando los rayás vengan a decirles: "Nos ha sobrevenido una terrible desgracia: ¡no queda ni un solo *turrrco* en todo el imperio!... ¡no sabemos qué hacer, así que les traemos las llaves de todo!"

La audacia de esta suposición me hizo reír a carcajadas. Pero el marsellés continuó imperturbable:

"Europa dirá: ¡En alguna parte quedará uno, busquemos bien!... ¿Será posible? ya no hay ni pachás, ni visires, ni muchires[1], ni nazires… "Esto va a entorpecer las relaciones diplomáticas. ¿A quién nos dirigiremos? ¿Cómo haremos para continuar pagando a los dragomanes (intérpretes)?"

- En efecto, eso sería embarazoso.
- Por su parte, el Papa dirá: ¡Ay!¡Dios mío!¿cómo haremos? y ¡quién guardará el Santo Sepulcro, ahora que ya no quedan *turrrcos*[2]!..."

Pero uno no se libera así como así de un marsellés desarrollando una paradoja. Y parecía feliz por haber encontrado la forma de llevar la contraria con su simple argumento a uno de sus conciudadanos: "¿Va usted a Constantinopla? ¡Allí va a ver usted bien de *turrrcos*!"

Cuando volví cerca del reverendo, éste me acogió muy fríamente. Comprendí que al estar en primera clase, encontraba poco conveniente que yo me pusiese a hablar con alguien de la segunda. Y de ahora en adelante yo no tenía derecho a formar parte de su sociedad; y lamentaba sin duda amargamente haber entablado alguna relación con un hombre que no se conducía como un *gentleman* (sic). Puede que me hubiera perdonado mi atuendo levantino, el no llevar guantes amarillos y botas bien lustradas, pero ¿prestarse a conversar con el primero que llegue? ¡eso, definitivamente era algo impropio! Así que no me volvió a hablar.

Kalendria, costa de Cilicia, Siria.
Grabado por W. J. Cook, según W. H. Bartlett. 1837
(http://www.antique-prints.de/) 28-09-2014

[1] **Muchir**.- Máximo grado otorgado por la Sublime Puerta, que puede alcanzar un pachá

[2] "No ha de tomarse en serio esta broma meridional, que se remonta a circunstancias de otra época. Si antaño la fuerza del imperio reposaba sobre la energía de milicias extranjeras, antes en las de la raza de Osmán, La Puerta ha sabido deshacerse por fin de ese elemento peligroso, y reconquistar una potencia que gracias a la sincera ejecución de las ideas de *la Reforma*, le asegurará su duración.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.04. LOS ‘AKKALS – EL ANTILÍBANO

II.04.02. El pope y su esposa

Al no tener nada en qué ocuparme, desde ese momento quise gozar por entero de la compañía del marsellés que, vistas las raras ocasiones de distracción que pueden encontrarse sobre un paquebote inglés, se convertía en una preciosa compañía. Este hombre había viajado mucho, visto muchas cosas; su comercio le obligaba a detenerse en cada escala, y le llevaba lógicamente a entablar relaciones con todo el mundo. “El inglés no quiere charlar más, -me dijo-, puede que tenga el mal de mar (y pronunció *marrr*). ¡Ah! Sí, mírelo acaba de tirarse sobre el jergón. Seguro que ha desayunado demasiado…”

Se paró un momento y luego siguió, después de soltar una risotada:

“Es igual que uno de nuestros diputados, uno al que le encantaban las tajadas grandes. Un día, en un guiso de tordos, le plantan una lechuza (que el marsellés pronunciaba *lesuza*). “¡Ah!, -dijo-, por fin un tordo gordo!” Cuando hubo terminado, le dijimos lo que se había comido… ¡Señor, eso le hizo el mismo efecto que el mal de mar!…”

Decididamente; no se podía decir que mi provenzal fuera la mejor compañía, pero… yo había atravesado el Rubicón. El límite que separa las *first places* de las *second places* había sido traspasado, y yo ya no pertenecía nunca más al mundo del *comme il faut* (sic) (“como debe ser”); había que resignarse a ese destino. ¡Quién sabe!, puede que el reverendo que me había admitido tan imprudentemente en su círculo de íntimos me comparara a los ángeles caídos de Milton[1]. Debo admitir que no concibo los grandes arrepentimientos, y que la proa del paquebote era infinitamente más divertida que la popa. Los harapos más pintorescos, los tipos de las más variadas razas se apretujaban sobre esteras, mantas, raídos tapices; todos radiantes gracias al brillo de ese espléndido sol que les cubría de un manto de oro. Los ojos vivarachos, los blancos dientes, la risa alegre de los montañeses; la actitud patriarcal de las pobres familias kurdas; acá y allá, agrupados a la sombra de las velas, como si estuvieran bajo sus tiendas en el desierto, la imponente severidad de ciertos emires o jerifes, más ricos en ancestros que en piastras, y que, como Don Quijote, parecían decirse: “Cualquier lugar en el que yo me siente, será lugar de honor”[2]. Sin duda todo aquello merecía más la pena que la compañía de unos cuantos turistas taciturnos y algunos orientales ceremoniosos.

El marsellés me había conducido mientras charlaba hasta un lugar en el que había extendido su jergón, junto a otro ocupado por un pope griego y su mujer que peregrinaban a Jerusalén. Eran dos viejos de bastante buen humor, que ya habían establecido una estrecha amistad con el marsellés. Estos ancianos poseían un cuervo que andaba saltando sobre sus rodillas y sus pies, compartiendo con ellos su magro almuerzo. El marsellés me hizo sentar cerca de él y sacó de una caja un enorme salchichón y una botella de tipo europeo.

“Si todavía no ha almorzado usted, -me dijo-, le ofreceré de esto; si no, al menos puede probarlo: ¡es salchichón de Arles, señor! ¡un salchichón que abriría el apetito a un muerto!... Veamos qué es lo que les han dado de comer a los de “primera”; todas las conservas de

---

* Saida, antigua Sidón. Líbano. Grabado de A. Rottmann. 1854. (http://www.antique-prints.de/) 28-09-2014

[1] **Los ángeles caídos de Milton**.- Se refiere a “los ángeles caídos” de la obra ***El paraíso perdido*** (*Paradise Lost*) poema narrativo de John Milton (1608-1674), publicado en 1667. Se lo considera un clásico de la literatura inglesa y ha dado origen a un tópico literario muy difundido en la literatura universal. (https://es.wikipedia.org/wiki/El_paraiso_perdido)

[2] *Don Quijote*, II, 31. Aquí no es Don Quijote el que habla, sino un noble del que Sancho cuenta la historia. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

roastbeef y de legumbres que guardan en latas de hierro blanco… ¡si eso vale una sola rodaja de este salchichón, que las lágrimas se derramen sobre este cuchillo!... ¡Se puede atravesar el desierto con esto en el bolsillo, e incluso podrá quedar bien con los árabes, que le dirán que jamás han comido nada mejor!"

El marsellés, para demostrar su aseveración, cortó dos lonchas y se las ofreció al pope y a su mujer, que no dejaron de hacer los honores a tal manjar. "Por ejemplo, esto siempre le lleva a uno a beber, -continuó-, Y aquí tenemos vino de La Camargue, mucho mejor que el vino de Chipre, considerado más ordinario… Pero haría falta una taza, pues yo, cuando estoy solo, bebo directamente de la botella."

El pope sacó de debajo de sus hábitos una especie de copa de plata cubierta de ornamentos repujados a la antigua usanza, con restos de dorado en su interior; puede que fuera un cáliz de iglesia. La sangre bermeja de las uvas goteaba alegremente. Hacía tanto tiempo que yo no había bebido vino tinto, y añadiré que menos aún vino francés, que vacié la taza sin remilgos. El pope y su mujer no estaban interesados en conocer el vino del marsellés.

"Mire usted esta buena gente, -me dijo el marsellés-, puede que entre los dos sumen siglo y medio, y aun así han querido ver Tierra Santa antes de morir. ¡Van a celebrar sus cincuenta años de matrimonio a Jerusalén; tuvieron hijos que ya murieron, y ahora sólo les queda ese cuervo! ¡Pues bien!, ¡da igual, ellos van a dar las gracias al buen Dios!".

El pope comprendía que estábamos hablando de él y sonreía afablemente bajo su tocado negro; la bondadosa anciana, con su amplia vestimenta de lana azul, me hacía pensar en el austero aspecto de Rebeca.

La velocidad del paquebote se había reducido, y algunos pasajeros, de pie, señalaban un punto blancuzco sobre la orilla; habíamos llegado ante el puerto de Sayda, la antigua Sidón. La montaña de Elías (*Mar-Elias*), sagrada, tanto para los turcos, como para los cristianos y los drusos, se dibujaba a la izquierda de la ciudad, y la imponente masa del *jan* francés no tardó en llamarnos la atención. Los muros y las torres muestran las huellas del bombardeo inglés de 1840, el que arruinó todas las ciudades costeras del Líbano. Además, como bien se conoce, en tiempos de Fajardín, príncipe de los drusos, y bajo sus órdenes, todos los puertos, desde Trípoli hasta San Juan de Acre, habían estado siempre bien protegidos, con objeto de impedir la entrada de las tropas turcas. Pero en la actualidad de esas ciudades ilustres sólo quedan ruina y desolación. Sin embargo, la naturaleza -que no gusta de esas calamidades durante tanto tiempo evocadas por maldiciones bíblicas- siempre se complace en enmarcar esos vestigios con una deliciosa vegetación. Los jardines de Sidón aún florecen como en tiempos del culto a Astarté. La ciudad moderna se ha construido a una milla de la antigua, cuyos vestigios rodean un peñón coronado por una torre medieval cuadrada, también ruinosa.

Muchos de los pasajeros descendieron en Sayda, y como el paquebote se detenía allí durante varias horas hice que me llevaran a tierra al mismo tiempo que al marsellés. El pope y su mujer también desembarcaron porque no podían soportar más el mar y habían decidido continuar su peregrinación por tierra.

Bordeamos en un caïque los arcos del puente marítimo que une la ciudad con el fuerte construido sobre un islote; pasamos entremedias de frágiles barquichuelas, las únicas que encuentran fondo suficiente para quedarse al abrigo dentro del puerto, y abordamos en un antiguo espigón cuyas enormes piedras, andaban en parte desparramadas entre el oleaje. Las olas rompen sobre esos restos, y no se puede desembarcar en seco, a no ser que unos *hammals* (porteadores) medio desnudos, te lleven hasta la orilla. Nos reímos un poco ante el embarazo de las dos inglesas que acompañaban al misionero, y que se retorcían en los brazos de esos tritones bronceados, también rubios, pero más vestidos que las nereidas del Triunfo de Galatea[1]. El

[1] ¿Pensará Nerval en el fresco de Rafael o en el cuadro de Annibal Carrache? Pudo ver cualquiera de los dos en 1834, a su paso por Roma. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cuervo del pobre menaje de los griegos, batía sus alas y lanzaba graznidos; una turba de jóvenes golfillos, que se habían confeccionado unos *machlahs* listados con sacos de pelo de camello, se precipitó sobre los equipajes; algunos se ofrecían como cicerones gritando dos o tres palabras en francés.

Y allí, la mirada reposa placentera sobre los barcos cargados de naranjas, higos, y enormes racimos de uvas de la tierra prometida; más lejos, un olor penetrante de almacenes de comestibles, salazones y frituras nos indica la proximidad de las tiendas. En efecto, pasando entre los edificios de la Marina y las Aduanas nos encontramos con una calle llena de escaparates que termina en el *jan* francés. Aquí estamos; en nuestras tierras. La bandera tricolor flota sobre el edificio, el más notable de Sayda. El vasto patio cuadrado, sombreado de acacias, con una alberca en el centro, está rodeado por dos pisos de galerías que corresponden a almacenes, la de abajo, y a habitaciones ocupadas por negociantes, las de la parte alta. Me indican el despacho consular situado en el ángulo izquierdo y, mientras subo, el marsellés se va con el pope al convento de los franciscanos que ocupan las instalaciones del fondo. Este *jan* es casi una ciudad, no tenemos nada tan importante en toda Siria. Aunque por desgracia nuestro volumen comercial ya no corresponde a las proporciones de su factoría.

Estaba conversando tranquilamente con el Sr. Conti, nuestro vicecónsul, cuando nos llegó el marsellés todo animado, quejándose de los franciscanos y colmándoles de epítetos volterianos. Habían rechazado acoger al pope y a su mujer. “Eso es, -dijo el Sr. Conti-, porque no aceptan alojar a nadie que no les haya sido presentado con una carta de recomendación.

- ¡Y bien! ¡vaya facilidades! –dijo el marsellés-, les conozco bien a todos ellos; los monjes tienen siempre una respuesta a mano, y cuando ven a pobres diablos les largan la misma cantinela. En cambio, la gente acomodada entrega ocho piastras (2 francos) diarias en cualquiera de los conventos; -no hay tasas exactas, pero es el precio-, y así se asegura ser bien acogida en todas partes.
- Pero si también se recomienda a peregrinos pobres, -dijo el Sr. Conti-, y los padres los acogen gratuitamente.
- Sin duda, y luego, al cabo de tres días, los ponen en la calle, -dijo el marsellés-. ¿Y cuánto reciben al año de esos pobres? Usted sabe perfectamente que en Francia no se da un pasaporte para Oriente más que a la gente que pruebe que dispone de recursos para hacer ese viaje.
- Eso es muy cierto –dije yo al Sr. Conti-, y es parte de los principios de igualdad aplicables a todos los franceses… siempre que tengan dinero en el bolsillo.
- Sin duda usted conoce que –repuso Conti-, tras las capitulaciones con La Puerta[1], los cónsules se han visto forzados a repatriar a aquellos nacionales que no tengan medios suficientes para volver a Europa, ¡un enorme gasto para el Estado!
- Así que –contesté-, se acabaron las cruzadas voluntarias; ya ni siquiera peregrinar es posible, ¡y eso que tenemos una religión de Estado!
- Todo eso –gritó el marsellés-, no nos soluciona un alojamiento para esa buena gente.
- Yo les recomendaré bien, -dijo el Sr. Conti-, pero comprenda que, en cualquier caso, un convento católico no puede acoger a un sacerdote griego con su mujer. Aquí hay un convento griego al que pueden ir.
- ¡Ah! ¡qué quiere usted! –dijo el marsellés- eso es aún peor. Estos pobres diablos son griegos cismáticos; en todas las religiones, cuanto más se parecen sus creencias, más se detestan los creyentes; a ver cómo se arregla esto… porque le juro que ahora mismo me voy a

[1] Se refiere a La Sublime Puerta Otomana; nombre que se daba al gobierno turco.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

llamar a la puerta de un *turrrco*. Al menos, ellos tienen algo más de bondad, pues dan hospitalidad a todo el mundo."

Al Sr. Conti le costó bastante retener al marsellés; y se ofreció el mismo a correr con los gastos de alojamiento del pope, su mujer y el cuervo, que se había unido a la inquietud de sus dueños lanzando quejumbrosos graznidos.

Nuestro cónsul es un hombre excelente, a la par que un sabio orientalista; me mostró traducciones de manuscritos que le había prestado un druso. Al parecer, en la actualidad, esa doctrina no se mantiene tan en secreto como antiguamente. Al saber que ese tema me interesaba, el Sr. Conti se animó a charlar largo y tendido conmigo durante la cena. Fuimos después a ver las ruinas, a las que se llega a través de deliciosos jardines, los más bellos de la costa siria. Los vestigios, situados al norte, no son más que fragmentos de piedra y polvo: los únicos cimientos de una muralla parece que remontan a la época de los fenicios; el resto es de la Edad Media: se sabe que San Luis mandó reconstruir la ciudad y reparar una fortaleza cuadrada, construida anteriormente por los Ptolomeos. El pozo de Elías, el sepulcro de Zabulón y algunas grutas sepulcrales con restos de pilastras y de pinturas completaban el escenario de todo lo que Sayda debía al pasado.

El Sr. Conti, al volver nos enseñó una casa situada junto al mar, que fue alojamiento de Bonaparte durante la campaña de Siria. Las paredes cubiertas de papel pintado, adornado con atributos bélicos, habían sido decoradas así para el general, y dos bibliotecas, coronadas con unos jarrones chinos, encerraban los libros y los planos que el héroe consultaba asiduamente.

Se sabe que (Napoleón) avanzó hasta Sayda para establecer relaciones con los emires del Líbano. Un tratado secreto ponía a su disposición seis mil maronitas y seis mil drusos destinados a detener a la armada del pachá de Damasco que marchaba sobre Acre. Por desgracia, las intrigas de los soberanos europeos y de algunos de los conventos, hostiles a las ideas de la revolución, detuvieron el ímpetu de la población; los príncipes del Líbano, siempre políticos, subordinaron su participación oficial al resultado del asedio de San Juan de Acre. Por lo demás, millares de combatientes indígenas ya se habían unido al ejército francés por odio a los turcos; pero su número no pudo hacer nada en estas circunstancias: los equipamientos que se esperaban para el asedio fueron interceptados por la flota inglesa, que consiguió poner a sus ingenieros y cañoneros en Acre. Fue un francés, llamado Phélippeaux, antiguo condiscípulo de Napoleón, quien dirigió la defensa[1].

¡Tal vez un viejo odio de estudiantes decidió la suerte de este mundo!

Sidón. Líbano. Grabado por J. P. Heath, según dibujo de W. H. Bartlett. 1837
http://www.antique-prints.de/ 28-09-2014

[1] El bosnio Ahmed (1775-1804) apodado *Djezzar* (el carnicero), antiguo mameluco ascendido a pachá de Acre, defendió en 1799 la ciudad contra Napoleón, con la ayuda del almirante inglés Sidney Smith y del emigrante francés Phélippeaux. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.04. LOS ‘AKKALS – EL ANTILÍBANO
II.04.03. Almuerzo en San Juan de Acre

El paquebote había izado de nuevo las velas; la cadena del Líbano se hacía más pequeña y se alejaba más y más a medida que nos íbamos aproximando a Acre. La playa se hacía arenosa y desprovista de vegetación, pero no tardamos en divisar el puerto de Sür, la antigua Tiro, en donde no se detuvo más que para recoger a algunos pasajeros. Esta ciudad es aún menos importante que Sayda. Está construida sobre la misma ribera del mar, y el islote sobre el que se elevaba Tiro en tiempos del asedio de Alejandro (Magno) sólo lo cubren jardines y prados. El espigón que hizo construir el conquistador está tan invadido por las arenas, que no muestra trazas de trabajo humano; es tan sólo un istmo de un cuarto de legua. Pero si el mundo antiguo sólo se percibe ya en esas playas por los restos de columnas rojas y grises, la época cristiana ha dejado vestigios más imponentes. Todavía se distinguen los cimientos de la antigua catedral, construida al estilo sirio, dividida en tres naves semicirculares separadas por pilastras. Allí estuvo la tumba de Federico Barbarroja[1], que se ahogó cerca de Tiro, en el Kasamy. Los famosos pozos de agua corriente de Ras-el-‘Ayn, ya mencionados en la Biblia, auténticos pozos artesianos cuya creación se atribuye a Salomón, existen todavía a una legua de la ciudad, y el acueducto que trasladaba las aguas hasta Tiro recorta sobre el cielo muchos de sus inmensos arcos. Y esto es todo lo que Tiro ha conservado: sus jarrones de cristal transparente, su púrpura resplandeciente, sus maderas preciosas, antaño reputadas en toda la tierra. Aquellas ricas exportaciones se han quedado en un pequeño comercio de cereales recogido por los Métualis[2], y vendido por los griegos, muy numerosos en la ciudad.

Caía la noche cuando entramos en el puerto de San Juan de Acre. Era muy tarde para desembarcar; pero, con la espléndida claridad de las estrellas, todos los detalles del golfo, graciosamente redondeado entre Acre y Kaiffa, se dibujaban ayudados por el contraste de la tierra y de las aguas. Más allá de un horizonte de unas cuantas leguas se recortan las cimas del Anti Líbano, que se hacen más bajas a la izquierda, mientras que a la derecha se eleva y amontona en rudos estratos la cadena del Carmel, que se extiende hasta Galilea. La ciudad dormida no se percibía aún, más que por sus muros almenados, torres cuadradas y los domos de estaño de su mezquita, que muestra desde lejos su único minarete. Aparte de ese detalle musulmán, todavía se podría soñar con encontrarse en la ciudad feudal de los templarios, el último baluarte de las cruzadas.

El día vino a disipar esa ilusión, revelando el amasijo de ruinas informes, resultado de tantos asedios y bombardeos llevados a cabo hasta hace bien poco. Al apuntar el día, el marsellés me había despertado para mostrarme la estrella de la mañana que se eleva sobre la

---

* Un paso por la costa de Tiro. Líbano. Dibujo de W. H. Bartlett, grabado por W. J. Cocke. 1837. (http.//www.antique-prints.de) 29-09-2014.

[1] Federico I (Barbarroja) se ahogó en el río Saleph en Anatolia en junio de 1190. Las circunstancias exactas de su muerte no están claras: una parte cuenta que, acalorado tras cabalgar, quiso refrescarse con un baño; otros relatan que fue tirado de la silla por el caballo cuando estaba atravesando el río y que el peso de su armadura lo hundió. Se especula que, siendo un hombre de casi 70 años y teniendo en cuenta el calor que hacía, sufrió un infarto en el agua helada de un río que viene de las montañas. Su hijo Federico VI de Suabia continuó con un pequeño ejército para enterrar a Barbarroja en Jerusalén. El intento de conservarlo en vinagre fracasó, así que la carne del emperador fue enterrada en la iglesia de San Pedro en Antioquía, sus huesos en la catedral de Tiro y el corazón y las entrañas en Tarsos. http://es.wikipedia.org/wiki/Federico_I_Barbarroja.

[2] Secta de musulmanes shi’íes, que se localiza en la región de Tiro y Saida. Los shi’íes, reagrupados sobre todo en Persia, reconocen como únicos califas legales a ‘Aly, esposo de Fátima y a sus descendientes, y excluyen a los otros descendientes de Mahoma, reconocidos por los sunníes, o musulmanes ortodoxos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

aldea de Nazaret, a tan sólo ocho leguas. Uno no puede escapar a la emoción de un recuerdo así, y propuse al marsellés hacer ese pequeños viaje.

"Es una pena, -dijo-, que ya no se encuentre allí la casa de la Virgen; porque como usted sabrá, los ángeles la transportaron en una noche a Loreto, cerca de Venecia. Aquí, te enseñan el lugar en el que estaba la casa, eso es todo. ¡No merece la pena ir hasta allí para ver que ya no hay nada!"

Por lo demás, yo pensaba sobre todo en el momento de ir a hacer una visita al pachá. El marsellés, por su experiencia en las costumbres turcas, podía darme consejos sobre la forma de presentarme, y le comenté cómo conocí yo en París a ese personaje.

"¿Cree usted que me reconocerá? –le pregunté-.

- ¡Eh! Sin duda, -respondió-; sólo que usted tendrá que volver a vestirse a la europea, de otro modo se verá obligado a esperar su turno para la audiencia, y puede que no le toque ni siquiera hoy."

Seguí su consejo, aunque conservado el tarbúsh a causa de mi pelo rasurado a la oriental.

"Conozco bien a vuestro pachá, -me decía el marsellés mientras yo me cambiaba de traje-. En Constantinopla le llaman *Guezluk*, que quiere decir "el hombre de las gafas".

- Es cierto, -le dije- cuando le conocí llevaba gafas.

- ¡Pues bien! Mire usted lo que pasa con los turrrcoss: ese apodo se ha convertido en su nombre, y lo arrastrará su familia; a su hijo le llamarán *Guezluk-Oglou*[1], y así para todos sus descendientes. La mayor parte de nuestros nombres propios tienen orígenes parecidos… Lo que indica en general que el hombre ascendido en la escala social por sus méritos, dejará a sus hijos la herencia de un apodo con frecuencia irónico, que recordará, o un defecto corporal, o la idea del oficio que el personaje ejercía antes de su ascenso.

- Eso también es, -dije-, uno de los principios de la igualdad musulmana. Se honra por la humildad. ¿No es también un principio cristiano?

- Escuche, -dijo el marsellés-, ya que el pachá es amigo suyo, tiene usted que hacer algo por mí. Dígale que tengo para venderle un reloj de péndulo con música que ejecuta todas las óperas italianas. Tiene en la parte superior pájaros que baten las alas y cantan. Es una pequeña maravilla… ¡a los turrrcos les gustan estas cosas!"

No tardamos en ser trasladados a tierra, y pronto estuve harto de recorrer calles estrechas y polvorientas esperando la hora conveniente para presentarme ante el pachá. Aparte del bazar con bóvedas ojivales y la mezquita de Djezzar–Pacha, recientemente restaurada, queda poca cosa que ver en la ciudad; se necesitaría vocación de arquitecto para reconstruir los planos de las iglesias y conventos de la época de las Cruzadas. La ubicación todavía se puede apreciar por los basamentos; una galería que bordea el puerto es lo único que queda en pie, de los restos del palacio de los grandes maestros de San Juan de Jerusalén.

El pachá residía fuera de la ciudad, en un kiosco de verano situado cerca de los jardines de Abdallah, al final de un acueducto que atraviesa la llanura. Cuando vi en el patio los caballos y esclavos de los visitantes, reconocí que el marsellés había estado en lo cierto al hacerme cambiar de atuendo. Con la vestimenta levantina, yo debía tener el aspecto de un don nadie; en cambio, con el traje negro todas las miradas se volvieron hacia mí.

Bajo el peristilo, por debajo de la escalera, había un inmenso montón de babuchas, dejadas allí por los que iban entrando. El *serdarbachi*[2] que me recibió quería hacerme quitar las botas; pero yo me negué, lo que mostró una alta opinión de mi importancia. Tampoco me demoré más

[1] "Hijo del hombre de las gafas".

[2] Según J. Richer, la palabra significa: jefe de los *serdars*, es decir, comandante de las tropas que guardan la frontera. Quizá convendría corregir este término y decir *sekbanbachi*, jefe de los guardianes.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

que un instante en la sala de espera. Por lo demás, le habían hecho llegar al pachá la carta que le había traído, y dio orden de hacerme entrar, aunque no fuera mi turno.

Aquí, la acogida fue más protocolaria. Yo me esperaba una recepción a la europea; pero el pachá se limitó a hacerme sentar cerca de él en un diván que se extendía a lo largo de toda la sala. Aparentó no hablar más que italiano, a pesar de que yo le había escuchado en París hablar francés, y una vez formulada la frase obligada: "¿Está bien tu *kiffi*?", o lo que es lo mismo: "¿Qué tal estás?", hizo que me trajeran una pipa y el café. Nuestra conversación aún fluyó por lugares comunes. Luego el pachá me repitió "¿Está bien tu *kiffi*?" y me hizo servir otra taza de café. Pero yo había estado recorriendo las calles de Acre toda la mañana y había atravesado la llanura sin encontrar el menor rastro de una *trattoria* (sic); incluso había rechazado un pedazo de pan y de salchichón de Arles, que me había ofrecido el marsellés, contando un poco con la hospitalidad musulmana; ¡pero a ver quién consigue profundizar en la amistad de los grandes!

La conversación se prolongó sin que el pachá me ofreciera otra cosa que café sin azúcar y el humo del tabaco. Y repitió por tercera vez: "¿Está bien tu *kiffi*?". Entonces me levanté para marcharme. En ese momento, las doce del mediodía sonaron en un reloj de péndulo colocado en la pared por encima de donde yo me encontraba. El reloj comenzó la primera campanada con una musiquilla, al sonar la segunda, otro reloj empezó un aire diferente; un tercero y un cuarto reloj siguieron tocando al mismo tiempo, y aquello derivó, como se pueden imaginar, en un increíble *charivari* (sic). Por muy habituado que esté uno a las peculiaridades de los turcos, nunca podré comprender que se reúnan tantos relojes de péndulo en la misma sala. El pachá parecía encantado con esa harmonía y, sin duda, orgulloso de mostrar a un europeo su amor por el progreso. Yo estaba pensando en ese momento en el encargo que me había hecho el marsellés. La negociación me parecía aún más complicada, pues los cuatro relojes que veía ocupaban cada uno un muro de la sala. ¿Dónde colocar pues un quinto reloj? Así que no dije nada.

Tampoco era el mejor momento para hablar del asunto del sheij druso preso en Beirut. Dejé ese delicado tema para otra visita, en la que tal vez el pachá me recibiera menos fríamente. Me retiré con el pretexto de que tenía otros asuntos que resolver en la ciudad. Y cuando estaba llegando al patio, un oficial vino para decirme que el pachá había ordenado a dos *cavas* (sic) que me acompañaran adonde yo quisiera. No me tomé como una deferencia muy especial esa atención, ya que de ordinario este detalle al final significaba una buena propina para los dos escoltas.

Cuando entramos en la ciudad, pregunté a uno de ellos donde se podía comer. Se miraron con extrañeza al ver que todavía no era la hora del almuerzo. Pero como yo insistía, me pidieron una *colonnate* (piastra de España) para comprar gallinas y arroz… ¿Dónde cocinarían todo esto?: en una caseta del cuerpo de guardia. Pero esa solución me parecía cara y complicada. Finalmente se les ocurrió llevarme al consulado francés; pero allí me informaron que nuestro agente residía al otro lado del golfo, sobre la otra cara del monte Carmelo. En San Juan de Acre, como en las otras ciudades del Líbano, los europeos suelen habitar en las montañas, a una altitud en la que cesa esa impresión de grandes calores y el efecto de los abrasadores vientos de la planicie. No me sentía con fuerzas como para ir a pedir comida más allá del nivel del mar. Y lo de presentarme al convento, sabía que no resultaría, pues no me recibirían sin cartas de recomendación. De modo que no contaba más que con la posibilidad de volver a encontrar al marsellés, que probablemente debía estar en el bazar.

En efecto, allí estaba el marsellés, vendiéndole a un mercader griego un surtido de viejos relojes de bolsillo de la época de nuestros padres; en particular, los de forma de cebolla, preferidos por los turcos a los relojes planos de ahora. Los más gruesos son los más caros; los *huevos* de Núremberg tienen un precio prohibitivo. Nuestros viejos fusiles europeos, también encuentran su lugar en el mercado de todo Oriente, ya que aquí no quieren más que los fusiles

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

de pedernal. “Ese es mi comercio, -me dijo el marsellés-, compro en Francia todas estas antiguallas a buen precio, y las revendo aquí lo más caras que puedo. Los viejos aderezos de pedrería y las cachemiras, es algo que también se vende aquí bastante bien. Todo eso nos llegó desde Oriente, y todo ello allí regresa. En Francia no saben el precio de esos bellos objetos; todo depende de la moda. Vea usted, la mejor especulación en estos momentos es comprar en Francia las armas turcas, los chibuks (recipientes de agua para las pipas de tabaco), las viejas pipas de ámbar y todas la curiosidades orientales que los viajeros han ido trayendo a lo largo de los años, y luego venir a revender todo a estos países de aquí. Cuando veo a los europeos comprar aquí telas, vestidos, armas, me digo: ¡pobres tontos! ¡Eso les costaría mucho menos en una tienda de baratillo en París!

- Amigo mío. –le dije-, no se trata de nada de eso; ¿le queda todavía algún trozo de su salchichón de Arles?
- ¡Ah! ¡creo que sí! Ese dura bastante. Ahora entiendo lo que le pasa; no ha comido todavía; está bien. Vamos a entrar a un cafetín para que vayan a buscarle pan.”

Lo más triste, es que en toda la ciudad no había más que pan ácimo, cocido sobre planchas de latón, que se parece a la galleta (de los marineros) o a las crêpes de carnaval. Jamás he soportado ese indigesto alimento a no ser que lo comiese en pequeñas porciones y acompañado de otros comestibles. Con el salchichón, esto era más difícil, así que hice una pobre comida.

Ofrecimos salchichón a los *cavas*, pero lo rechazaron por escrúpulos religiosos. “¡Pobres desgraciados! –dijo el marsellés-, no saben que el salchichón de Arles se hace con carne de mula…”

Tiro desde el interior. Líbano. Dibujo de W. H. Bartlett, grabado por W. H. Capone, 1838.
(http://www.antique-prints.de)
29-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.04. LOS ‘AKKALS – EL ANTILÍBANO
II.04.04. Aventuras de un marsellés

Había llegado la hora de la siesta ya hacía mucho tiempo; toda la gente dormía, y los dos *cavas*, pensando que nosotros íbamos a hacer igual, se habían tendido sobre los bancos del cafetín. Yo estaba deseando abandonar allí mismo aquel incómodo cortejo e ir a hacer mi *kief* fuera de la ciudad, a la sombra; pero el marsellés me dijo que eso no sería lo más conveniente, y que no encontraríamos más sombra y frescor que entre los gruesos muros del bazar en el que estábamos. Así que nos pusimos a charlar para pasar el tiempo. Yo le conté mi posición, mis proyectos; la idea que había concebido de fijar mi residencia en Siria, casarme allí con una mujer del país y, al no poder escoger a una musulmana, a menos que yo cambiase de religión, cómo había llegado a preocuparme de una joven muchacha drusa que me convenía en todos los aspectos. Hay momentos en los que se siente la necesidad, como el barbero del rey Midas, de depositar nuestros secretos en cualquier sitio. El marsellés, hombre desenfadado, puede que no mereciera tanta confianza; pero, en el fondo, era un buen diablo, y me lo probó por el interés que le inspiró mi situación.

“Debo admitir, -le dije-, que al haber conocido al pachá durante su estancia en París, había esperado de él un recibimiento menos protocolario; incluso había albergado alguna esperanza sobre los servicios que esa circunstancia me habría permitido ofrecer al sheij druso, padre de la bonita joven de la que le he hablado… Y ahora, en realidad no sé qué puedo esperar.

- ¿Bromea? –me dijo el marsellés-, ¿va usted a tomarse todas esas molestias por una muchacha de las montañas? ¡Ey!, ¿pero qué idea se ha hecho usted acerca de los drusos? Un sheij druso, ¡pues bien! ¿qué es eso al lado de un europeo, de un francés de la alta sociedad? Verá usted, últimamente el hijo de un cónsul inglés, el Sr. Parker, se ha casado con una de esas mujeres, una *ansarí*[1] de la región de Trípoli; yo hacía negocios con uno de mis compatriotas que había montado una fábrica de textiles de seda en la montaña; conocía bien a aquellas gentes; son pueblos en los que los hombres y las mujeres llevan una vida bien singular.”

Me eché a reír, porque sabía que en ese caso se trataba de sectas que no tenían relación alguna con los drusos, y le rogué al marsellés que me contara lo que él sabía.

“Son raros,… - me dijo al oído con esa expresión cómica de los meridionales, que catalogan como raro cualquier cosa particularmente curiosa.

- Es posible –dije-, pero la joven de la que le hablo no pertenece a tales sectas, en las que puede que existan algunas prácticas degeneradas del primitivo culto de los drusos. Ésta es lo que ellos llaman una “mujer sabia”, una *akkalé*.

- ¡Que sí!, que es lo mismo; los que yo he visto llaman a sus sacerdotisas *akkals*; es la misma palabra algo cambiada por la pronunciación local. ¡Pues bien!, esas sacerdotisas, ¿sabe usted a qué se dedican? Las hacen subir sobre el altar para representar a la *Kadra* (la Virgen). Y

---

* Druze leaders meeting in Jebel al-Druze, Syria, 1926 (http://en.wikipedia.org/wiki/Druze) 29-09-2014.

[1] **Los ansaríes o nusairíes.-** Como los drusos, los ansaríes o nusairíes, pertenecen a una rama musulmana que habita la cadena montañosa del mismo nombre (Líbano), proceden de los ismaelíes. “Los ansaríes creen en un solo Dios, son monoteístas. Afirman, sin embargo, que ese Dios se encarnó siete veces en la persona de Abel, Set, José, Josué, Asaf, Simón (Cefas) y Alí. En cada una de esas manifestaciones, Dios se sirvió de otras dos personas divinas, una de las cuales era emanación de su propia esencia, creada por él, y la segunda, era creada por la primera”. En sus Misterios celebran una suerte de misa bajo las apariencias del vino, rito destinado a procurar la iluminación: la Divinidad se oculta en la luz, pero se manifiesta en el vino, servidor de la luz (Abd-el-Nur). Creen en la metempsicosis: después de cierto número de transmigraciones, las almas de los creyentes se transforman en estrellas en el “mundo de la Luz”. (http://www.proyectopv.org/2-verdad/ansaries.htm)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

por supuesto, allí están ellas con el vestuario más simple, sin ninguna ropa, y el sacerdote dice en sus oraciones que hay que adorar a la maternidad. Es como una suerte de misa; aunque en el altar sólo hay un gran vaso de vino del que él bebe, y a continuación lo pasa a todos los asistentes.

- ¿Cree usted en todas esos burdos bulos inventados por gente de otras confesiones?
- ¿Que si yo lo creo? Creo en lo que he visto yo personalmente en el distrito de Kadmous, el día de la fiesta de Navidad, en el que todos los hombres que se encontraban con mujeres por los caminos, se prosternaban ante ellas abrazándose a sus rodillas.
- ¡Pero claro!, son residuos de la antigua idolatría de Astarté, que se han fusionado con las creencias cristianas.
- ¿Y qué me dice usted de la manera que tienen de celebrar la epifanía?
- ¿La fiesta de los Reyes Magos?
- Sí… pero para ellos esa fiesta también coincide con el comienzo del año. Ese día los *akkals* (iniciados), hombres y mujeres, se reúnen en sus *khaloués*, lo que ellos llaman sus templos: hay un momento durante el oficio religioso, en el que se apagan todas las luces, y ahí le dejo a usted que piense en lo que puede suceder allí.
- No creo en nada de todo eso; se decía lo mismo acerca de los *ágapes* de los primeros cristianos. ¿Y qué europeo ha podido ver semejantes ceremonias, dado que sólo los iniciados pueden entrar en esos templos?
- ¿Quién? ¡Ey! Pues mire, simplemente un compatriota de Trípoli, el de los telares de seda, que hacía negocios con uno de esos *akkals*. Éste último le debía dinero, y mi amigo le dijo: - Te perdono la deuda si puedes apañarte para llevarme a una de vuestras reuniones. El otro puso un montón de dificultades, diciendo que si les descubrían, les apuñalarían a los dos. Da lo mismo, cuando a un marsellés se le ha metido una cosa en la cabeza, tiene que conseguirla. De modo que ambos se citan para el día de la fiesta; el *akkal* le había explicado a mi amigo toda la pantomima que había que hacer, y, con la ropa apropiada, conociendo muy bien la lengua, no se arriesgaba gran cosa. Así que llegan ante uno de esos khaloués; que es como la tumba de un santón, una capilla cuadrada con un pequeño domo, rodeada de árboles y adosada a las rocas. Usted habrá podido ver alguno en la montaña.
- Lo he visto.
- Pero en los alrededores siempre hay gente armada para impedir a los curiosos que se acerquen a las horas de culto.
- ¿Y luego?
- Luego, esperaron a que apareciera una estrella que llaman *Sockra*; es la estrella de Venus. Y le rezan una plegaria.
- Sin duda, eso sigue siendo una reminiscencia del culto a Astarté.
- Espere. De inmediato los fieles se pusieron a contar las estrellas fugaces. Y cuando llegaron a un cierto número, obtuvieron los augurios, y después, al encontrarlos favorables, entraron todos al templo y comenzaron la ceremonia. Durante las oraciones, las mujeres pasaban una a una, y en el momento del sacrificio se apagaron las luces.
- ¿Y qué fue del marsellés?
- Le habían dicho lo que tenía que hacer, porque allí no podría escoger, es como un matrimonio que se hiciera con los ojos cerrados…
- ¡Bueno! Es su manera de casarse, eso es todo; y, desde el momento en que hay una consagración, la enormidad del hecho en sí mismo me parece mucho menos grave. Incluso es una costumbre muy favorable a las mujeres feas.
- ¡Usted no lo ha comprendido! Ellos ya estaban casados, y cada cual está obligado a llevar a su esposa. El mismo gran sheij, al que llaman el *mékkadam*, no puede rechazar esta práctica igualitaria.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Comienzo a inquietarme por la suerte que haya corrido su amigo.
- Mi amigo se encontraba embelesado con el lote que le había tocado. Se dijo: ¡Qué lástima no saber con quién se acaba de hacer el amor hace un instante! Las ideas de esta gente son tan absurdas…
- Sin duda lo que pretenden es que nadie sepa exactamente quién es su padre; es llevar un poco lejos la doctrina de la igualdad. El Oriente está más adelantado que nosotros en el comunitarismo.
- Mi amigo, - continuó el marsellés-, tuvo una idea bien ingeniosa; cortó un trozo del vestido de la mujer que estaba junto a él, diciéndose: mañana por la mañana, cuando sea de día sabré con quién he tenido relaciones.
- ¡Oh! ¡oh!
- Señor, -prosiguió el marsellés-, cuando amaneció, cada cual salió sin decir nada, después de que los oficiantes hubieran pedido la bendición del buen Dios…o, quien sabe, puede que la del diablo, sobre la posteridad de todos aquellos matrimonios. Y hete aquí que mi amigo se puso a acechar a las mujeres, que habían vuelto a colocarse el velo. Pronto reconoció a la que le faltaba un trozo de vestido. La siguió hasta su casa como quien no quiere la cosa. Pidió de beber: eso es algo que jamás se niega en la montaña, y en un momento se encontró rodeado de niños y muchachos… ¡Esa mujer era una vieja!
- ¿Por qué querer profundizar en todo? ¿No habría sido mejor conservar la ilusión? Los misterios antiguos tienen una leyenda aún más graciosa, la de Psique[1].
- Usted se cree que le acabo de contar una fábula; pero todo el mundo conoce esa historia en Trípoli. Y ahora, ¿qué me dice usted de esos feligreses y de sus ceremonias?
- Su imaginación va demasiado lejos, -le dije al marsellés-; esa costumbre de la que usted habla sólo existe en una secta rechazada por todas las demás. Sería tan injusto atribuir tales usos a los ansaríes y a los drusos, como achacar al cristianismo ciertas locuras atribuidas a los anabaptistas o a los valdenses[2].”

Nuestra discusión aún continuó de ese modo durante un tiempo. El error de mi compañero me contrariaba por la simpatía que yo había cogido a los pueblos del Líbano, y no escatimé argumentos para hacerle ver su equivocación, aprovechando la valiosa información que me aportaban sus propias observaciones.

La mayoría de los viajeros no prestan atención más que a los detalles bizarros de la vida y de los hábitos de ciertos pueblos. Se les escapa el sentido general que, en efecto, sólo se puede adquirir mediante profundos estudios. ¡Cuánto me congratule de haber tenido antes de llegar aquí un conocimiento exacto de la historia y de las doctrinas religiosas de toda esa población del Líbano, cuyo carácter tanta estima me inspiraba! Debido a mis deseos de fijar mi residencia en medio de ese pueblo, tales comentarios no me dejaban indiferente, y necesitaba esos deseos para resistir a la mayor parte de los prejuicios europeos.

En general, en Siria sólo nos interesamos por los maronitas, católicos como nosotros, y como mucho, también por los griegos, los armenios y los judíos, cuyas ideas se alejan menos de las nuestras que las de los musulmanes; no reflexionamos sobre el hecho de que existe una serie de creencias intermedias, capaces de relacionarse con los principios de civilización del Norte, y desde allí, atraer poco a poco a los árabes.

---

[1] Para el mito de Psique ir a http://es.wikipedia.org/wiki/Psique_(mitolog%C3%ADa)

[2] Se sabe que recientemente parecidas prácticas han sido atribuidas, en Francia, a la secta de los Beganos? Begardos?; pero es probable que los seguidores de Oriente fueran los únicos que llevaran tan lejos su frenesí religioso. Los Begardos? son una secta de iluminados que reconocían como jefe a un masón delincuente reincidente que veneraban como a la reencarnación del profeta Elías. Los Begardos fueron acusados de prácticas escandalosas y juzgados el 30 de enero de 1851. Acerca de ese proceso, Nerval publicó un artículo en el que evoca las imputaciones que aquí se dirigen contra los ansaríes o contra otras sectas. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Siria es, desde luego, el único punto de Oriente en el que Europa pueda poner sólidamente el pie para establecer relaciones comerciales. Al menos, una mitad de la población siria se compone, tanto de cristianos, como de razas dispuestas para las ideas de la reforma que hoy día hacen prevalecer los musulmanes ilustrados.

Beiteddíne. Palacio del Príncipe de los drusos;
al fondo, Der-el-Kamar. Líbano.
Dibujo de W. H. Bartlett. Grabado por W. Floyd. 1836.
http://www.antique-prints.de/
29-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.04. LOS ‘AKKALS – EL ANTILÍBANO

II.04.05. La cena del Pachá

Había transcurrido el día, y el frescor proporcionado por la brisa marítima ponía término al sueño de la gente de la ciudad. Salimos del cafetín y ya comenzaba yo a inquietarme por la cena; pero los *cavas*, de los que no comprendía más que imperfectamente su parloteo, más turco que árabe, me repetían constantemente: *¿ti sabir?* (sic) como los levantinos de Molière[1].

“Pregúnteles lo que se supone que tengo que saber, -le dije finalmente al marsellés-.

- Dicen que es tiempo de volver a casa del pachá.
- ¿Para hacer qué?
- Para cenar con él.
- ¡Pardiez!, no contaba con ello; el pachá no me había invitado.
- Eso se daba por supuesto desde el momento en que le hizo acompañar.
- Pero aquí, se come hacia el mediodía.
- No los turcos, cuya comida fuerte la hacen al ponerse el sol, después de la plegaria.”

Me despedí del marsellés y volví al kiosco del pachá. Mientras cruzaba la llanura cubierta de hierbas salvajes quemadas por el sol, admiré el emplazamiento de la ciudad antigua, tan magnífica y poderosa, y hoy en día reducida a esta lengua de tierra informe que se adivina en las mareas y en donde desde hace cincuenta años[2] se han acumulado los restos de tres bombardeos terribles.

En esa llanura se hieren los pies a cada paso con la metralla de las bombas y de los proyectiles incrustados en todo el terreno.

Al entrar en el pabellón en el que me habían recibido por la mañana, ya no aprecié el amasijo de calzado bajo la escalera, ni más tumulto de visitantes que obstruyera el *mabahim* (la antesala); me hicieron atravesar el salón de los relojes de péndulo, y en la siguiente estancia me encontré con el pachá, que fumaba sentado sobre el alfeizar de la ventana y que, levantándose sin afectación, me dio un estrechón de mano a la francesa. “¿Cómo va todo? ¿Se ha paseado bien por nuestra bella ciudad? – me dijo en francés –; ¿ha visto usted todo?”.

Su acogida era tan diferente a la de la mañana, que no pude evitar un gesto de sorpresa.

“¡Ah! Perdón, -me dijo-, si le he recibido esta mañana a guisa de pachá. Estas buenas gentes que se encontraban en la sala de audiencias no me habrían perdonado dejar la etiqueta por miramientos con un *frangui* (sic). En Constantinopla, todo el mundo comprendería esto; pero aquí estamos en *provincias* (sic).”

Tras poner el acento en esa última palabra, el pachá me comentó que había vivido mucho tiempo en Metz Lorraine como estudiante de la escuela preparatoria de artillería. Ese detalle hizo que me sintiera totalmente cómodo, proporcionándome la ocasión de hablarle de algunos de mis amigos que habían sido camaradas suyos. Durante este encuentro, el disparo del cañón del puerto anunciando la puesta del sol retumbó desde la ciudad. Un gran ruido de tambores y de pífanos anunció la hora de la plegaria a los albaneses esparcidos por los patios. El pachá me dejó por un instante, sin duda para cumplir con sus deberes religiosos; enseguida volvió y me dijo: “Vamos a cenar a la europea”.

---

* Último asalto de San Juan de Acre, grabado de Lerouge sobre dibujo de Raffet. 1837 - (instatterminus.blogspot.com) 29-09-2014

[1] “El Burgués gentilhombre”. IV.

[2] Los bombardeos de Bonaparte (1799), los de Ibrahim Pacha (1832), y los del almirante Napier, comandante de las flotas inglesa, austríaca y turca (1840). (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

En efecto, trajeron sillas y una mesa alta, en lugar de poner un taburete y colocar encima una bandeja de metal y cojines alrededor, como se suele hacer normalmente. Sentía todo lo que este gesto tenía de cortesía por parte del pachá, y sin embargo, debo reconocer que no me gustan esas costumbres de Europa invadiendo poco a poco el Oriente; me quejé al pachá de que me tratara como a un vulgar turista.

"¡Pero si llevo un traje negro!..." –me dijo-.

La réplica era justa; pero aun así sentí que yo había acertado en mi comentario.

Se haga lo que se haga, y se llegue todo lo lejos que se pueda llegar en la benevolencia de un turco, no hay que creer que por ello pueda haber allí enseguida una fusión entre nuestra forma de vida y la suya.

Las costumbres europeas que adopta, en algunos casos, se convierten en una suerte de tierra de nadie en donde nos acoge sin confiarse; consiente en imitar nuestras costumbres, así como el uso de nuestra lengua, pero solo como una atención hacia nosotros. Se parece a ese personaje de ballet, mitad campesino y mitad señor; muestra a Europa el lado *gentleman* (sic), pero siempre será un puro *osmanlí* para Asia. Además, los prejuicios de los pueblos hacen de esta política una necesidad.

No obstante, yo encontraba en el pachá de Acre a un hombre excelente, afable y rebosante de cortesía, vivamente entristecido por la situación en que las grandes potencias ponían a Turquía. Me contó que acababa de dejar el alto cargo de pachá de Tophana[1], en Constantinopla, por el aburrimiento que le producían allí los enredos consulares.

"Imagine, -me dijo-, una gran ciudad en donde cien mil individuos escapan a la acción de la justicia local: no hay un solo ladrón, asesino, o corrupto, que no consiga acogerse a la protección de algún consulado. Hay veinte distintos cuerpos de policía que se neutralizan los unos a los otros, y a pesar de eso, ¡el pachá es el responsable!... Aquí no es que seamos mucho más felices, en medio de siete u ocho pueblos diferentes, que poseen sus sheijs, sus cadís y sus emires. Consentimos en dejarles tranquilos en sus montañas, con tal de que paguen el tributo… ¡Pues bien! desde hace tres años no recibimos ni un *para*."

Como vi que tampoco ese era el momento de hablar a favor del sheyj druso preso en Beirut, llevé la conversación por otros derroteros. Después de la cena, confiaba en que el pachá siguiera al menos la antigua costumbre de obsequiarme con una danza de *almées*, porque sabía perfectamente que no llevaría la cortesía francesa tan lejos como para presentarme a sus mujeres; pero tuve que sufrir la Europa hasta el final. Bajamos hasta una sala de billar en donde hubo que hacer carambolas hasta la una de la madrugada. Me dejé ganar todo lo que pude, con el pachá riendo a carcajadas, al recordar con alegría sus diversiones en Metz.

"¡Un francés, un francés que se deja ganar! –gritaba-.

Tengo que aceptar –respondí- que San Juan de Acre no es favorable a mis armas; pero aquí usted combate solo, y el antiguo pachá de Acre tenía los cañones de Inglaterra."

Finalmente nos despedimos. Se me condujo hasta una sala muy grande, iluminada con un gran cirio, colocado en medio del suelo, en un enorme candelabro. Esto entraba dentro de las costumbres locales. Los esclavos me hicieron un lecho con cojines dispuestos en el suelo, sobre los que se extendieron sábanas cosidas a las mantas sólo por un lado; y entre otras cosas, fui acomodado con un gran gorro de noche de seda amarilla guateada, cuyos extremos tenían forma de melón.

[1] Barrio de Gálata, sobre el Bósforo. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

*

II.04. LOS ‘AKKALS – EL ANTILÍBANO
II.04.06. Correspondencia (fragmentos)

Aquí interrumpo mi itinerario, más bien esta relación, día a día, hora a hora, de mis impresiones locales, cuyo único mérito es el de reflejar una minuciosa realidad. Hay momentos en los que la vida multiplica sus pulsaciones a pesar de las leyes del tiempo, como un reloj enloquecido cuya cuerda se hubiera roto; otros, en los que todo se arrastra lentamente en sensaciones inapreciables o poco dignas de ser anotadas. ¿Hablaré de mis peregrinaciones a la montaña, entre lugares que no ofrecen más que una árida topografía; en medio de hombres cuya fisonomía no puede ser captada más que a la larga, y cuya severa actitud, su vida monótona; se prestan mucho menos a lo pintoresco que las ruidosas y variopintas poblaciones de las ciudades? Me parece, desde hace algún tiempo, que vivo en un pasado que ha resucitado por arte de magia; la época feudal me rodea con sus instituciones inmóviles como la piedra del torreón que las ha guardado.

Tras las montañas, negros abismos, donde el fuego del mediodía recorta círculos de bruma, ríos y torrentes ilustres como las ruinas que aún fluyen entre las columnas de los templos y de los ídolos rotos de los dioses; nieves eternas que coronan montes cuya base se extiende por las abrasadas tierras del desierto; horizontes lejanos de los valles que el mar colma en parte con su azul oleaje; bosques olorosos de cedro y cinamomo; roquedales sublimes en donde resuena la campana de las ermitas; fuentes celebradas por las bíblicas musas, en donde las jovencitas se apresuran cuando llega la tarde, llevando sobre la frente sus altos tocados; sí, usted está en Europa, la tierra paternal y santa, ¡usted aún está en la patria!

Dejemos Damasco, la ciudad árabe, extenderse al borde del desierto y saludar al sol de oriente desde lo alto de sus minaretes; pero el Líbano y el Carmelo son la herencia de las Cruzadas; tienen que pertenecer, si no a lo que simboliza la cruz, que lo sea, al menos, a la libertad.

Resumo para ti los cambios que se han acumulado desde hace algunos meses en mis errantes destinos. Ya conoces con cuánta bondad me había acogido el pachá de Acre durante mi estancia allí. Finalmente le confié enteramente mi proyecto de casarme con la hija del sheyj Eschérazy, y la ayuda que esperaba de él en esta ocasión. Al principio se echó a reír con la soltura naíf de los orientales, diciéndome: ¡Ah, es eso! ¿está usted decidido a ello?

Por supuesto, -le respondí-. Verá usted, esto se lo puedo contar a un musulmán; en este asunto hay toda una cadena de fatalidades. Es en Egipto en donde me dieron la idea de casarme: el asunto me parecía tan sencillo, tan tierno, y tan fácil, tan desprovisto de todas las cortapisas que ahogan en Europa a esta institución, que he aceptado e incubado amorosamente esta idea; pero soy complicado, debo confesarlo, y aunque, sin duda, muchos europeos no tienen ningún escrúpulo ante esto… sin embargo, eso de comprar a las hijas a sus padres me ha parecido siempre algo indigno. Los coptos, los griegos que hacen tales comercios con los europeos, saben bien que esos matrimonios no son nada serios, a pesar de una pretendida

* Monte Líbano. Grabado por W. H. Capone, de un dibujo de W. H. Bartlett. 1837. http://www.antique-prints.de/29-09-2014

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

consagración religiosa… Yo dudé, reflexioné, y acabé comprando una esclava por el precio que habría dado por una esposa. Pero casi nunca se tocan impunemente las costumbres de un mundo al que no se pertenece. A esa mujer no puedo devolverla, ni venderla, ni abandonarla sin escrúpulos, ni siquiera desposarla sin que eso constituyera una locura. De modo que se ha convertido en una cadena en mi pie, soy yo el esclavo; ¡como puede apreciar, es la fatalidad la que me retiene aquí!

- ¿Sólo se trata de eso? –dijo el pachá-; démela… por un caballo, por lo que usted quiera, si no, por dinero; nosotros no tenemos las mismas ideas que ustedes, pensamos de otro modo.
- Por la libertad del sheyj Eschérazy, -le dije-, al menos ese sería un noble precio.
- No, -respondió-, una gracia no se vende.
- ¡Vaya! ¿Ve usted?, vuelvo a caer en mis incertidumbres. No soy el primer franco que haya comprado una esclava; normalmente se deja a la pobre muchacha en un convento; ella hace una conversión milagrosa cuyo honor recae en su amo y sobre los sacerdotes que la han instruido; luego se hace religiosa o se busca la vida como puede, es decir, con frecuencia es una desgraciada. Eso sería para mí motivo de un remordimiento espantoso.
- ¿Y qué quiere hacer usted?
- Casarme con la jovencita de la que le he hablado, y a la que regalaré la esclava como presente de nupcias, como dote. Ellas son amigas, vivirán juntas. Le debo decir que fue ella misma quien me dio esa idea. Llevarla a cabo depende de usted.”

Te expongo sin orden ni concierto los razonamientos que argumenté para excitar y aprovechar en mi beneficio la bondad del pachá.

“Yo no puedo hacer casi nada, -me dijo al fin-, el pachalik de Acre ya no es lo que era antes; lo han dividido en tres gobiernos, y sobre el de Beirut sólo tengo una autoridad nominal. Supongamos que llego a poner en libertad al sheyj, él aceptará esta gracia sin reconocimiento alguno… ¡Usted no conoce a esas gentes! Debo reconocer que ese sheyj merece ciertos miramientos. En las últimas revueltas, su esposa fue asesinada por los albaneses. El resentimiento le ha conducido a cometer algunas imprudencias que aún le hacen peligroso. Si promete estarse tranquilo en el futuro, se verá”.

Apoyé con todas mis fuerzas esa buena disposición, y obtuve una carta para el gobernador de Beirut, Essad-Pachá. Este último, con el que el armenio, mi antiguo compañero de viaje, me había facilitado la entrada, consintió en enviar al prisionero al kaïmakan druso, reduciendo su acusación, antes complicada como un asunto de rebelión, a un simple rechazo a pagar impuestos, con lo que será fácil llegar a un arreglo.

Ya ves que incluso los pachás no lo pueden todo en este país, aunque la extrema bondad de Méhmed hacia mí allanó los obstáculos. También es posible que haya querido obligarme más delicadamente derivando su intervención hacia funcionarios de inferior rango. El hecho es que sólo he tenido que presentarme de su parte ante el kaïmakan para ser admirablemente recibido; el sheyj ya había sido transferido a Deïr-Khamar, residencia actual de este personaje, heredero, por otra parte, del emir Béchir. Hay, como sabes, hoy en día un kaïmakan (gobernador) para los drusos, y otro, para los maronitas; es un poder mixto que, en el fondo, depende de la autoridad turca, pero cuya institución salvaguarda el amor propio nacional de estos pueblos y su pretensión de ser gobernados por ellos mismos.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Todo el mundo ha descrito Deïr-Khaman y su montón de casas de tejados planos sobre un monte abrupto, tal que escalera de una Babel arruinada. Beit-Eddin, la antigua residencia de los emires de la montaña, ocupa otro pico que parece tocarse con este otro, pero que está separado por un profundo valle. Si se mira Beit-Eddin desde Deïr-Khamar, parecería que uno se encontrara en un castillo de hadas; sus arquerías ojivales, sus audaces terrazas, sus columnatas, pabellones y torreones ofrecen una mezcla de todos los estilos más deslumbrantes, como un conglomerado que satisface en todos sus detalles. Ese palacio es desde luego el símbolo de la política de los emires que lo habitaron. Pagano por sus columnas y pinturas; cristiano por sus torres y ojivas, musulmán por los domos de sus kioscos; contiene el templo, la iglesia y la mezquita, enmarañadas entre sus edificios. Palacio, torre de defensa y serrallo, todo a un tiempo; hoy sólo le queda una parte habitada: la prisión.

Allí fue donde alojaron provisionalmente al sheyj Eschérazy, feliz, al menos, de no estar bajo la mano de una justicia extranjera. Dormir bajo las volutas del viejo palacio de los príncipes, era, sin duda, una manera de dulcificar su condena; le habían permitido que su hija se quedara con él, otro favor que no había podido obtener en Beirut. No obstante, el kaïmakan, al ser responsable del prisionero o de la deuda, le hacía vigilar estrechamente.

Obtuve el permiso para visitar al sheyj, tal y como lo había hecho en Beirut; tras haber alquilado un alojamiento en Deïr-Khamar, así no tenía más que atravesar el valle intermedio para ganar la inmensa terraza del palacio, desde donde, entre las cimas de las montañas, se ve a lo lejos resplandecer una franja azul de mar. Las galerías ruidosas, las salas desiertas, hace mucho tiempo repletas de pajes, esclavos, y soldados; me hacían pensar en esos castillos de Walter Scott que la caída de los Estuardos despojó de sus esplendores reales. La majestad de las escenas de la naturaleza no hablaba más alto a mi espíritu… Sentía que necesitaba explicarme con franqueza ante el sheyj y no disimular las razones que había tenido para buscar el serle útil. Nada peor que la efusión de un reconocimiento no merecido.

A las primeras insinuaciones que le hice, no sin cierto embarazo por mi parte, se golpeó la frente con un dedo.

"¿Enté medjnoun (estás loco)? –me dijo.

- *Medjnoun*[1], -dije-, es el apelativo de un amante célebre, y lejos de mí el rechazarlo.
- "¿Has visto a mi hija?" –gritó.
- La expresión de su mirada era tal en ese momento, que pensé en una historia que el pachá de Acre me contó al hablarme de los drusos. El recuerdo seguramente no era muy halagüeño.

Un *kyaya* le había contado lo siguiente:

[1] Según Herbelot, *Bibliothèque orientale*, la palabra megnoun (sic) no solo significa loco, sino también *transido de amor*. Es también el nombre de un personaje famoso, celebrado como el modelo del amante perfecto. Sus amores con Leilé han sido cantados en innumerables versos y poemas, en árabe, en persa y en turco (GR). J. Richer, tomando una nota de S. Jeune, señala que *La Chronique*, tomo V (marzo-julio 1844), anunciaba la próxima publicación de *Medjoun et Leïla* (sic), *episodio oriental*, por G. de Nerval. Ese texto, al parecer, nunca se publicó.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

"Yo estaba dormido, cuando a media noche oigo chocar algo contra mi puerta; veo entrar a un druso llevando un saco a sus espaldas.- ¿Qué llevas ahí? –le dije-

- Mi hermana era una deshonra y la he matado. Ese saco lleva su *tantúr* (cuerno de orfebrería que las mujeres drusas llevan sobre la cabeza).
- Pero ¿cómo es que veo dos tantures?
- Es que también he matado a su madre, porque conocía lo que andaba haciendo. ¡Sólo Dios es justo y misericordioso!"

El druso había llevado las joyas de sus víctimas para apaciguar a la justicia turca. El kyaya le hizo arrestar y le dijo:

- "Vete a dormir, mañana hablaremos.

A la mañana siguiente, le dijo:

- Supongo que no has dormido.
- Al contrario, -le repuso- Desde que hace un año comencé a sospechar de esta deshonra, y había perdido el sueño; pues bien, esta noche lo he recuperado."

Ese recuerdo me vino como un relámpago; no había tiempo para dar marcha atrás. Sin duda, yo no debía temer nada sobre mi persona; pero este prisionero tenía a su hija junto a él: ¿no podía suponer otra cosa que no fuera que su hija había sido vista sin llevar el velo? Le expliqué mis visitas a casa de Mme. Carlès; por cierto, bien justificadas, porque mi esclava residía allí. La amistad que ésta última sentía por su hija, el azar que había hecho que me la encontrara; me deslicé sobre la cuestión del velo, que podría haberse caído por casualidad… Pienso, en cualquier caso, que no pudo dudar de mi sinceridad. "En todos los pueblos del mundo –añadí–, se pide a su padre a una hija en matrimonio, así que no veo la razón de su sorpresa. Usted puede ver, por las relaciones que tengo en este país, que mi posición no es inferior a la suya. Y en lo que se refiere a la religión, no aceptaría cambiar ni por el mejor matrimonio de la tierra; pero yo conozco la suya, sé que es muy tolerante y que admite todas las formas posibles de cultos y todas las revelaciones conocidas como diversas manifestaciones, pero igualmente santas, de la divinidad. Yo comparto plenamente esas ideas, y, sin dejar de ser cristiano, creo poder…

- ¡Ay, desgraciado! –gritó el sheyj-, es imposible: *¡Se ha quebrado la pluma, la tinta está seca, el libro está cerrado!*
- ¿Qué quiere usted decir?
- Son las palabras exactas de nuestra ley. Nadie más puede entrar ya en nuestra comunión.
- Pensaba que la iniciación estaba abierta a todos.
- A los *djahels* (ignorantes) que son de nuestro pueblo, y que ascienden por medio de la virtud y el estudio, pero no a los extranjeros, ya que nuestro pueblo es el único elegido por Dios.
- Pero no obstante, ustedes no condenan a los otros.
- Ni más ni menos que un pájaro no condena al animal que se arrastra por tierra. La palabra os fue predicada, pero no la escuchasteis.
- ¿En qué tiempos?
- En el tiempo de *Hamza*, el profeta de nuestro señor Hakem.
- Pero ¿podríamos haberla escuchado?
- Sin duda, ya que envió misioneros (*days*) a todas las *islas* (regiones)
- ¿Y cuál es nuestra falta? Nosotros aún no habíamos nacido.
- Existíais en otros cuerpos, pero no teníais el mismo espíritu. Ese espíritu inmortal, como el nuestro, permaneció cerrado a la palabra divina; con ello, demostró su naturaleza inferior. Todo ha sido dicho para la eternidad."

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Pero no se confunde fácilmente a un muchacho que ha estudiado filosofía en Alemania, y ha leído en su versión original "La simbología[1]" de Kreutzer[2]. Yo concedía sin problemas al digno 'akkal su doctrina de la transmigración, y le dije, partiendo de ese punto:

"Cuando los *days* sembraron la palabra en el mundo, hacia el año 1000 de nuestra era, ¿no es cierto que hicieron prosélitos más allá de estas montañas? ¿Quién te prueba que yo no descienda de ellos? ¿Quieres que te diga en dónde crece la planta *aliledj* (planta simbólica)?

- ¿Ha sido sembrada en tu país?
- Esa planta sólo crece en el corazón de los fieles unitarios para los que Hakem es el verdadero Dios.
- Desde luego esa es la frase sacramental, pero tú puedes haberla aprendido de cualquier renegado.
- ¿Quieres que te recite enteramente el catecismo druso[3]?
- Los francos nos han robado muchos libros, y la ciencia adquirida por los infieles no puede provenir más que de los malos espíritus. Si tú eres uno de los drusos de las otras *islas*, debes tener tu piedra negra (*horse*). Muéstrala y te reconoceremos.
- La verás más tarde, -le dije…" pero en el fondo yo no sabía de qué me estaba hablando.

De momento, di por terminada la reunión, y, prometiéndole que regresaría a verle, regresé a Deïr-Khamar.

Esa misma tarde le pregunté al kaïmakan, como si fuera una simple curiosidad de extranjero, qué cosa era el *horse*; no puso dificultad alguna en decirme que se trataba de una piedra tallada en forma de animal que todos los drusos llevan con ellos como signo de reconocimiento y que, encontrada sobre algunos muertos, habían originado la creencia de que adoraban a una vaca, algo tan absurdo como creer a los cristianos adoradores del cordero o de la paloma simbólicos. Esas piedras, que en tiempos de la primitiva propaganda se distribuían a todos los fieles, se transmitían de padres a hijos.

Así que me bastaba con encontrar una para convencer al akkal de que yo descendía de algún antiguo fiel; pero esa mentira me repugnaba. El kaïmakan, más intelectual por su posición y más abierto a las ideas de Europa que sus compatriotas, me dio detalles que me aclararon todo de un golpe. Amigo mío, he comprendido todo, lo he adivinado en un instante; mi sueño absurdo se convierte en mi vida, ¡lo imposible se ha realizado!

Busca bien, acumula los supuestos más barrocos, o más bien arroja tu lengua a los perros, como dice madame de Sévigné[4]. Pero ahora es tiempo de que sepas una cosa de la que ni yo

[1] Sobre este comentario, ver el enlace siguiente: http://www.ledifice.net/P068-1.html

[2] La famosa *Symbolik und Mythologie der alten Völker* (1810-1812) de Frédéric Creuzer fue traducida al francés y ejerció una gran influencia sobre el romanticismo: *Religiones de la antigüedad consideradas principalmente en sus formas simbólicas y mitológicas.* 10 vol. (1825-1851).

[3] Se encontrará en los Apéndices del *Voyage en Orient* (Pléiade) el texto del "Catecismo de los drusos", adaptado por Nerval del barón de Bock. *Essai sur l'histoire du Sabéisme* (1788) que completa los puntos de la doctrina aquí abordados.

[4] Carta del 15de diciembre de 1670 a Emmanuel de Coulanges: "Je m'en vais vous mander la chose la plus étonnante (…) Devinez-la: je vous le donne en trois, jetez-vous votre langue aux chiens?" (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

mismo hasta ahora tenía más que una vaga idea: los ‘akkals drusos son los francmasones de Oriente.

No veo otras razones para explicar la antigua pretensión de los drusos de descender de ciertos caballeros de las Cruzadas. Lo que su gran emir Fakardín declaraba en la corte de los Médicis, invocando el apoyo de Europa contra los turcos, algo que se recuerda frecuentemente en las cédulas de Enrique IV y de Luis XIV a favor de los pueblos del Líbano, es verdad, al menos en parte[1]. Durante los dos siglos que duró la ocupación del Líbano por los caballeros del Temple, estos habían lanzado allí los fundamentos de una profunda institución. En su deseo de dominar naciones de razas y religiones diferentes, es evidente que fueron ellos quienes establecieron el sistema de afiliaciones masónicas, impregnadas a su vez, de las costumbres locales. Las ideas orientales que después penetraron en su orden, fueron en parte causa de las acusaciones de herejía que sufrieron en Europa. La francmasonería, como bien sabes, ha heredado la doctrina de los templarios, y ahí se encuentra la relación establecida; por eso los drusos hablan de sus correligionarios de Europa, dispersos por distintos países, y principalmente en las montañas de Escocia (*djebel-el-Scouzia*). Se refieren a los compañeros y maestres *escoceses*; así como a los Rosa-Cruz, cuyo grado corresponde al del antiguo templario[2].

Pero tú sabes que yo mismo soy uno de los *hijos de la viuda*, un *lobezno* (hijo de maestre), amamantado en el horror del asesinato de Adoniram y en la admiración del Santo Templo, cuyas columnas fueron cedros del monte Líbano[3]. Francamente, la masonería ha degenerado entre nosotros…, aunque ya ves que puede servir en este viaje. Abreviando, yo no soy un infiel para los drusos, soy un *muta-darassin*, un estudiante. En la masonería, eso correspondería al grado de aprendiz; después hay que llegar a compañero (*réfik*), luego a maestre (*day*); el ‘akkal sería para nosotros el Rosa-Cruz o al que se le llama caballero *kaddosch*. Todo lo demás está en íntima relación con nuestras logias, te resumo los detalles.

Ahora puedes ver lo que me ha sucedido. He buscado entre mis diplomas, y afortunadamente he encontrado en mis papeles uno de esos hermosos certificados masones llenos de signos cabalísticos familiares a los orientales. Cuando el sheyj me ha pedido de nuevo la piedra negra, le he respondido que los templarios franceses, al haber sido quemados, no habían podido transmitir sus piedras a los francmasones, que se convirtieron en sus herederos espirituales. Habría que asegurarse de este hecho, que es sólo algo probable; esa piedra debe ser el *bahomet* (pequeño ídolo) que fue cuestionado en el proceso de los templarios[4].

Desde este punto de vista, mi matrimonio se convierte en alta política. Puede ser que se tratase de reanudar los lazos que antaño unían a los drusos con Francia. Esas gentes valientes se quejaban de ver que nuestra protección sólo se extendía a los católicos, cuando anteriormente, los reyes de Francia los consideraban en sus relaciones amistosas, descendientes de los

[1] Esas cartas credenciales fueron publicadas por Lamartine en su *Voyage en Orient*, II. (GR)

[2] Los misioneros ingleses se apoyan mucho sobre esta circunstancia para establecer entre los drusos la influencia de su país, les hacen creer que el *rito escocés* es exclusivo para Inglaterra. Se puede asegurar que la masonería francesa ha sido la primera en comprender esa relación, ya que fundó en la época de la revolución las logias de los *Drusos reunidos*, los *Comendadores del Líbano*, etc.

[3] Acerca de la construcción del templo de Jerusalén, ver más adelante, la leyenda de Adoniram (p. 247). Una tradición hace remontar el origen de la francmasonería al arquitecto del Templo, Hiram o Adoniram, muerto por compañeros celosos. Si su padre fue probablemente francmasón, no es cierto, en cambio, que Nerval haya pertenecido a una logia. En cuanto al interés que muestra por las sociedades secretas, ver *Léo Burckart* y *Les Illuminés* (Los iluminados)

[4] Los templarios, en efecto, fueron acusados de adorar un ídolo en forma de cabeza barbuda; *bahomet* es, sin duda, una alteración de Mahomet. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

cruzados y por decirlo de algún modo, cristianos[1]. Los agentes ingleses se aprovechan de esta situación para hacer valer su apoyo, y de ahí las luchas entre los dos pueblos rivales, druso y maronita, antaño unidos bajo los mismos príncipes.

El kaïmakan ha permitido por fin al sheyj Eschérazy regresar a su país y no le ha ocultado que este resultado se había obtenido gracias a mis ruegos ante el pachá de Acre. Ante lo cual, el sheyj me ha dicho: "Si has querido ser útil, sólo has hecho lo que cada cual debe hacer; pero si te movía algún interés al hacerlo, ¿por qué debería yo darte las gracias?".

Su doctrina me resulta extraña en algunos puntos, sin embargo es noble y pura cuando se la sabe explicar bien. Los 'akkals no reconocen ni virtudes ni crímenes. El hombre honesto no tiene mérito, a no ser que se eleve en la escala de los seres, lo mismo sucede con el vicioso, solo que este último, en lugar de ascender, desciende. La transmigración lleva al castigo o a la recompensa.

No se dice que un druso ha muerto, sino que ha transmigrado.

Los drusos no dan limosna, porque la limosna para ellos degrada al que la acepta. Sólo ejercen la hospitalidad, a título de intercambio en esta vida o en otra.

De la venganza hacen ley; toda injusticia debe ser castigada; el perdón degrada al que lo obtiene.

Uno asciende, conforme a sus creencias, no gracias a la humildad, sino por el conocimiento; hay que asemejarse a Dios lo máximo posible.

La oración no es obligatoria; no es de ninguna ayuda para perdonar los pecados.

Es el hombre quien debe reparar el mal que haya hecho, no porque puede que haya actuado mal, sino porque el mal, por la fuerza de las cosas, un día recaerá sobre él.

La institución de los 'akkals tiene algo de la de los letrados de la China. Los nobles (*chérifs*) están obligados a sufrir las pruebas de iniciación; los campesinos (*salems*) se convierten en sus iguales o superiores, si les alcanzan o sobrepasan en esta vida.

El sheyj Eschérazy era uno de estos últimos.

Le presenté a la esclava diciéndole: Aquí tienes a la sirvienta de tu hija. La miró con interés, la encontró dulce y piadosa. Desde entonces ambas mujeres están juntas.

Nos fuimos los cuatro de Beit-Eddine sobre una mulas; atravesamos el valle de la Beka'a, la antigua Siria profunda, y, después de ganar Zaklé, llegamos a Ba'albek, en el Anti-Líbano.

He soñado durante unas horas, en medio de esas magníficas ruinas, que no se puede depender de Volney ni de Lamartine. Pronto nos introducimos en la vecina cadena montañosa de Hauran. Allí nos detuvimos en una aldea en la que se cultiva la viña y la morera, a una

[1] Por muy frívolas que parezcan estas páginas, contienen algo que es cierto. Podemos recordar la petición colectiva que drusos y maronitas dirigieron recientemente a la Cámara de los Diputados. En efecto, *Le Moniteur* de 4 de julio de 1847, señala que dos peticiones; una firmada por cristianos del Líbano, y otra por los drusos, fueron depositadas en la oficina de la Cámara. Piden que el emir Béchir, o su hijo Emin, vuelva al poder, y que Francia restituya al Líbano su protección. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

jornada de Damasco. El sheyj me ha conducido hasta su humilde morada, cuyo techo plano lo atraviesa y sostiene una acacia (el árbol de Hiram). A determinadas horas esta casa se llena de niños: es una escuela. Ese es el más bello de los títulos que se puede otorgar a la casa de un ‘akkal.

Entenderás que no te describa los raros encuentros que he tenido con mi prometida. En Oriente, las mujeres viven con las mujeres, y los hombres con los hombres, salvo en casos particulares. Solo decirte que esta amable persona me ha dado un tulipán rojo y ha plantado en el jardín una pequeña acacia[1] que debe crecer con nuestros amores. Es una costumbre del país.

Y ahora, estoy estudiando para llegar a la dignidad de *réfik* (compañero), a la que espero llegar dentro de poco, y mi boda se ha fijado para ese momento.

De vez en cuando hago una excursión a Baalbek. Allí he encontrado, en casa del obispo maronita, al padre Planchet, que andaba de visita por la zona. No ha censurado demasiado mi resolución, pero me ha dicho que mi matrimonio… no sería uno. Educado en ideas filosóficas, me preocupé bastante poco de esa opinión de un jesuita. Sin embargo, ¿no habría manera de introducir en el Líbano la moda de los matrimonios mixtos? – Reflexionaré sobre esto.

Exterior del Gran Templo de Ba’albek. Líbano
Dibujo de W. H. Bartlett, y grabado de R. Sands. 1837
(http://www.antique-prints.de/) 29-09-2014

[1] Hiram-Adoniram fue enterrado bajo el tronco de una acacia. Esta alusión, al igual que la relación que establece entre los drusos y los francmasones, estrecha los lazos entre la leyenda de Hakem y la de Adoniram.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

II. DRUSOS Y MARONITAS

II.05. EPÍLOGO

II.05.01. Constantinopla

Constantinopla. Turquía
Grabado de E. Rouargue, 1853
http://www.antique-prints.de/
30-09-2014

Amigo mío, el hombre propone y Dios dispone. Sin duda estaba escrito desde la eternidad que no podría casarme ni en Egipto, ni en Siria, país en donde los matrimonios se celebren con tal facilidad que raya en lo absurdo. En el momento en que comenzaba a ser digno de desposar a la hija del sheyj, me encontré de golpe inmerso en una de esas fiebres de Siria que, si no se lo llevan a uno por delante, duran meses o años. El único remedio era abandonar el país. Me apresuré a huir de estos valles del Hauran, a la vez, húmedos y polvorientos, adonde vierten los ríos que riegan la vega de Damasco. Esperaba recuperar la salud en Beirut, pero sólo conseguí obtener las fuerzas necesarias para embarcarme en el paquebote austríaco que viene de Trieste y que me ha trasladado a Esmirna, y luego a Constantinopla. Por fin puse pie en tierra europea. Aquí se disfruta un clima parecido al de nuestras ciudades del Midi.

La salud recuperada otorga más fuerza a mis añoranzas… Pero ¿qué hacer? Si regreso más adelante a Siria, veré renacer esta fiebre que he tenido la mala fortuna de atrapar allí; esa es la opinión de los médicos. Y hacer venir aquí a la mujer que había elegido, ¿no sería dar ese paso exponerla a ella misma a estas terribles enfermedades que se llevan, en los países del Norte, a las tres cuartas partes de las mujeres de Oriente que fueron trasplantadas aquí?

Después de haber reflexionado sobre todo esto durante mucho tiempo, y sobre todo con la serenidad de espíritu que da la convalecencia, me he decidido a escribir al sheyj druso para desempeñar mi palabra y liberar la suya.

II.05.02. Gálata

El Bósforo. Constantinopla. Turquía
Grabado de J. Godfrey, según dibujo
de J. D. Woodward. 1881
http://www.antique-prints.de/
30-09-2014

A los pies de la torre de Gálata, -con todo el panorama ante mí de Constantinopla, del Bósforo y de sus mares,- vuelvo aún mi mirada hacia Egipto, ¡desaparecido desde hace tanto tiempo!

Más allá del apacible horizonte que me rodea, sobre esta tierra de Europa, musulmana, es cierto, pero que ya recuerda a la patria, siento aún el deslumbramiento de ese lejano espejismo que brilla y se cubre de polvo en mi recuerdo… como esa imagen del sol que, mirado fijamente, persigue durante mucho tiempo al ojo fatigado que ha vuelto a sumergirse en la sombra[1].

Lo que me rodea aumenta esa impresión: un cementerio turco, a la sombra de los muros de Gálata la Genovesa.

Tras de mí, una barbería de un armenio que al mismo tiempo sirve café; enormes perros rubios y pelirrojos tendidos en la hierba al sol, cubiertos de postemas y cicatrices

[1] Es la misma imagen que en un poema de las *Odettes, Le Point noir.* (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

resultado de sus peleas nocturnas. A mi izquierda, un venerable santón, tocado con su bonete de fieltro, durmiendo ese bienaventurado sueño que para él es el anticipo del paraíso. Debajo, está Tophana con su mezquita, su fuente y sus baterías de cañones controlando la entrada del estrecho. De vez en cuando escucho los salmos de la liturgia griega, cantados con un tono nasal, y veo pasar por el camino que lleva a Pera interminables cortejos fúnebres presididos por popes que, tocados de coronas imperiales, con sus luengas barbas, sus hábitos de seda sembrados de oropeles, y sus ornamentos de falsa orfebrería, semejan fantasmas del Bajo Imperio.

De momento, nada de esto es alegre. Pero volvamos al pasado. Lo que hoy echo de menos de Egipto, no son las monstruosas cebollas cuya ausencia lloraba el pueblo hebreo en Canaán[1]. Es un amigo, una mujer, -el uno, separado de mí solo por la tumba; la otra, perdida para siempre.

Pero ¡por qué unir aquí dos nombres que solo pueden encontrarse en mis recuerdos, y por impresiones tan personales! Al llegar a Constantinopla he recibido la noticia de la muerte del cónsul general de Francia, del que ya te había hablado y que tan bien me acogió en El Cairo. Era un hombre conocido por toda la Europa culta, un diplomático y un erudito, algo que se da junto en raras ocasiones; una persona que consideró que era su deber tomarse en serio uno de esos puestos consulares para los que, en general, no se obliga a nadie a adquirir conocimientos especiales.

En efecto, según la legislación corriente sobre el escalafón diplomático, un cónsul de Alejandría puede ser promovido de un día para otro al puesto de ministro plenipotenciario en Brasil; un encargado de negocios en Cantón, se convierte en cónsul general en Hamburgo. ¿Para qué pues la necesidad de aprender la lengua, de estudiar las costumbres del país, de establecer relaciones, de informarse acerca de los impedimentos que podría tener nuestro comercio? La situación que más le preocupa es, el clima y los arreglos en la residencia que solicita como superior en la que ya ocupa.

El cónsul, cuando estuve con él en El Cairo, solo pensaba en buscar antigüedades egipcias. Un día en que me hablaba de hipogeos y pirámides, le dije: "¿Tiene usted que preocuparse tanto por las tumbas?... ¿Es que va a solicitar un consulado en el otro mundo?"

No pensaba ni mucho menos, en ese momento, que estaba diciendo una crueldad.

"¿No se da usted cuenta, -me respondió-, del estado en que me encuentro?... Apenas puedo respirar. No obstante me gustaría ver las pirámides. Por eso me he venido al Cairo. Mi residencia de Alejandría, al borde del mar, sería menos peligrosa…; pero el aire que aquí nos envuelve, impregnado de cenizas y de polvo, me resultará mortal."

Desde luego, El Cairo, por entonces, no ofrecía una atmósfera muy sana y daba la impresión de una caldera cerrada sobre carbones incandescentes. El *jamsín* soplaba por las calles todos los ardores de Nubia. Sólo la noche reparaba nuestras fuerzas, y nos permitía sufrir los rigores del día siguiente.

Es la triste contrapartida de los esplendores de Egipto; ¡siempre sucede lo mismo, es como antaño fuera el funesto soplo de Tifón triunfando sobre la obra de los dioses benefactores!

¿Será el ataque de las fiebres, que yo mismo experimenté en Siria, lo que me ha llevado a pensar de nuevo en ese muerto con un sentimiento tan triste?...

Todo me abruma a la vez. He escrito al cónsul de Beirut rogándole que se informara sobre la suerte de las personas que me han resultado tan queridas… Sólo ha podido proporcionarme vagas informaciones. Una nueva revuelta que había estallado en el Hauran…

[1] *Números*, XI, 5. (GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

¡Quién sabe lo que habrá sido del buen sheyj druso, de su hija, y de la esclava que dejé a la familia! Puede que el próximo correo me traiga alguna noticia.

II.05.03. Pera

La fortaleza de Esmirna. Turquía
Dibujo de T. Allom.
Grabado de W. J. Cooke. 1838
http://www.antique-prints.de/
30-09-2014

Mi itinerario desde Beirut a Constantinopla es necesariamente bastante sucinto. Me embarqué en el paquebote austríaco y, al día siguiente de mi partida, hicimos escala en Larnaca, un puerto de Chipre. Por desgracia, allí, al igual que en otros lugares, nos prohibieron desembarcar, a menos que pasáramos la cuarentena. Las costas son áridas, como en todo el archipiélago; se dice que sólo en el interior de esta isla, se encuentran las vastas praderas, árboles frondosos y bosques sombríos, antaño consagrados a la diosa de Paphos. Todavía existen las ruinas del templo, y la aldea que las rodea es la residencia de un obispo.

Al día siguiente, vimos dibujarse las oscuras montañas de la costa de Anatolia. Todavía hemos hecho una escala en el puerto de Rodas. He visto las dos rocas en donde en otro tiempo debieron posarse los pies de la colosal estatua de Apolo. Ese bronce debió ser, en relación a la proporción humana, dos veces más alto que las torres de Notre-Dame. Dos fortalezas construidas por los antiguos caballeros defienden esta entrada.

Al día siguiente, atravesamos la parte oriental del archipiélago, y no perdimos de vista la tierra ni un solo instante. Durante muchas horas, tuvimos a nuestra izquierda la isla de Cos, ilustre por el recuerdo de Hipócrates. Se distinguían aquí y allá encantadoras líneas de vegetación y ciudades de casas blancas, en donde residir tiene que producir felicidad. El padre de la medicina no escogió un mal sitio en que vivir.

No puedo dejar de asombrarme ante los tonos rosados que revisten al atardecer y al alba las altas cumbres de las montañas.

- Así es como vi ayer Pathmos, la isla de san Juan, inundada por esos suaves fulgores.
- Quizá por eso el Apocalipsis a veces nos da descripciones tan atractivas… Durante el día y por la noche, el apóstol soñaba monstruos, destrucciones y guerras; en el ocaso y con la aurora, anunciaba con sonrientes colores las maravillas del futuro reino de Cristo y de la nueva Jerusalén, deslumbrante de claridad.

En Esmirna nos han obligado a una cuarentena de diez días. Bien es cierto que la hemos pasado en un jardín delicioso, con toda la panorámica de este inmenso golfo, que se asemeja a la rada de Toulon. Nos alojamos en tiendas de campaña que nos alquilaron.

El onceavo día, el de nuestra liberación, tuvimos todo el tiempo para recorrer las calles de Esmirna, y sentí no poder ir a visitar *Bournabat*, donde están las casas de campo de los hombres de negocios, a unas diez leguas. Fue, lo que se dice, una jornada estupenda.

Esmirna es casi europea. Visto el bazar, es igual que todos los de Oriente, la ciudadela y el puente de las caravanas alzado sobre el antiguo Mélès, el que dio su apodo a Homero[1], pero aún mejor es visitar la calle de las Rosas, en donde se entrevén en las ventanas y sobre las

[1] Una tradición hace nacer a Homero en la ribera de ese pequeño río de Anatolia, de ahí el sobrenombre de Mélésigène.(GR)

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

puertas los trazos furtivos de los jóvenes griegos, -que jamás se esconden hasta haberse dejado ver, como la ninfa de Virgilio[1].

Regresamos al paquebote después de escuchar una ópera de Donizetti en el teatro italiano.

Hemos necesitado un día entero para llegar a los Dardanelos, dejando a la izquierda[2] la ribera en donde estuvo Troya – y Ténédos, y tantos otros lugares célebres que sólo trazan una brumosa línea en el horizonte.

Después del estrecho, que semeja un ancho río, empleamos todo un día en el mar de Mármara, y, al día siguiente, al alba, gozamos con el deslumbrante espectáculo del puerto de Constantinopla; seguramente el más bello del mundo.

El Cairo. Grabado de Pannemaker. 1860
http://www.antique-prints.de/ (25-09-2014)

[1] *Bucólicas*, III, 65. (GR)
[2] Error. Es a la derecha.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6